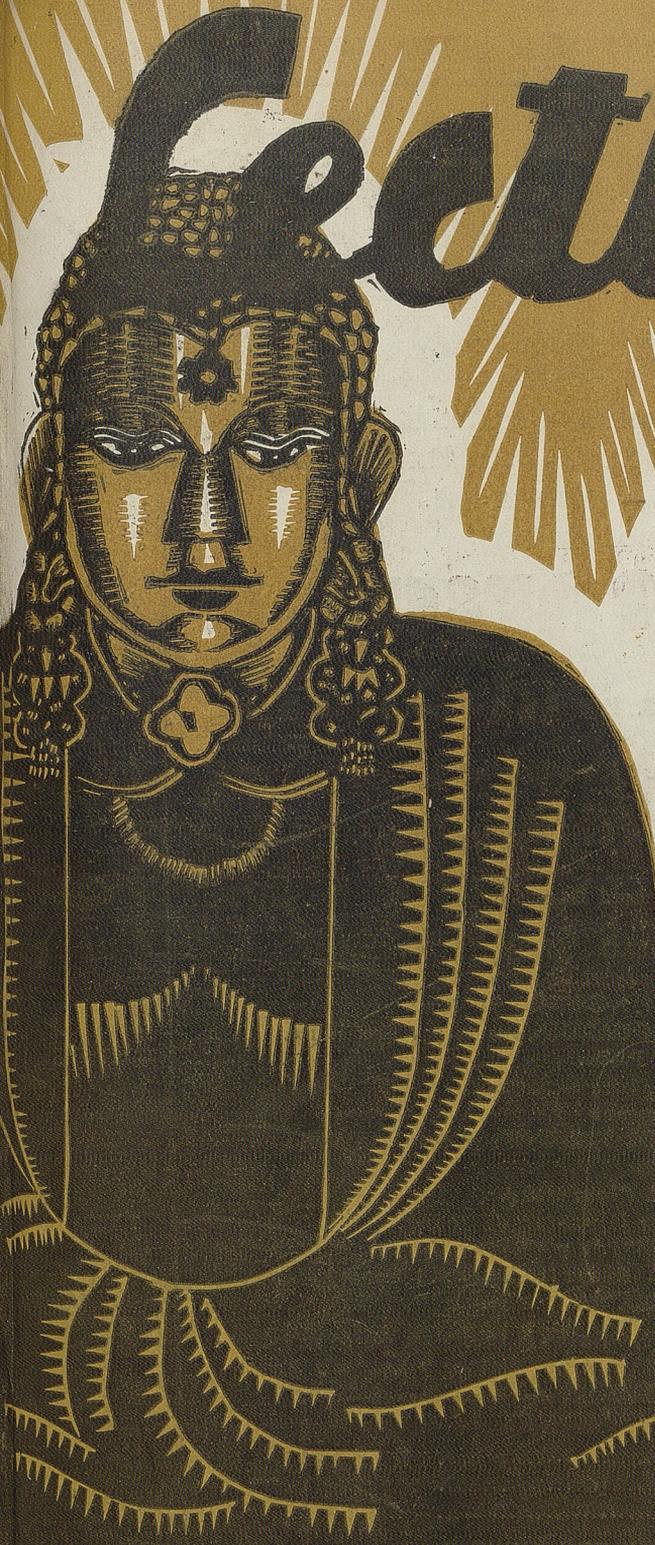


Festivas

BIBLIOTECA NACIONAL
L



N° 22
2

A ALVIAL

Lecturas

N.º 22

REVISTA LITERARIA QUINCENAL

DIRECCION Y ADMINISTRACION. — AGUSTINAS 107 D.

OFICINA 449. — CASILLA 4042.

SANTIAGO, (CHILE)

SUMARIO

- 1** REQUIEM POR GUIRALDES. Por Ramón Gómez de la Serna
- 2** EL DESFILE, cuento por Heinz Liepmann.
- 3** FERNANDO SANTIVAN, por Luis Enrique Délano.

BETHMOORA, cuento por Lord Dunsany.

4 TEMAS, por Mortimer Gray.

AUTORES DE ESTE NUMERO

MAQUIAVELO, por Emil Ludwig.

EL PRIMER DICTADOR DE NUESTRO TIEMPO.

LOS 99 SOLDADOS DE LA GUARDIA, cuento por Bret Harte.

DIGNIMONT, por Julio E. Payro.

MAXIMILIANO, Ópera Histórica de Milhaud.

EL 17, cuento por Moisés Moreno.

¿QUIEN FUE ARNALDO DE VILLANOVA?, por Juan Marín

PEKIN, por Jorge Max Rohde.

VIDA DE MIGUEL ANGEL (Conclusión).

PARERGA, por José Ortega y Gasset.

UBICACION DEL HUMORISTA, por Ricardo Tudela.

TENGO 14 AÑOS, por A. Roubé Jansky (Continuación)

LOS LIBROS, VIDA LITERARIA.

Todas las ilustraciones, retratos, viñetas e iniciales de este número han sido grabadas en lino-leum por Aníbal y Lautaro Alvia!

SUSCRIPCIONES

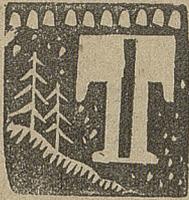
Número suelto	\$ 2.—
8 números.....	15.—
12 números	22.—
24 números.....	40.—

Todo envío de dinero a EDITORIAL LECTURAS"

Santiago, 1.º de Octubre de 1933.

RÉQUIEM POR GÜIRALDES

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA



ENIA Güiraldes cetrinidad y cara alargada de un Góngora de por allá. Había agrura en su rostro, en vez de ese aire redondeado y adolescente de otros jóvenes amanecedores de la Argentina.

Güiraldes se presentaba ya en sus primeros retratos como recién apeado del potro cargado de cuerdas, como si su jinete fuese a sondear el mar.

Su estética se escapa a una clasificación, y por eso queda fuera de todo grupo. Oigamos cómo la resuelve:

“No creo en la poesía realizada según una definición. La poesía es aquello hacia lo cual tiende el poeta. Esta vaguedad me parece preferible a todo sistema. Apunto, abreviando, una parábola de Ramakrishna:

“Un devoto tenía dos hijos, a quienes puso bajo la tutela de un maestro espiritual, a fin de que se instruyeran en el conocimiento de Brama. Vueltos los dos hijos al hogar, el padre, deseoso de saber lo que habían aprendido, los interrogó por orden de edad. El mayor hizo una sabia y erudita disertación; el menor cayó en éxtasis: “Tú sabes lo que es Brama”, dijo el viejo devoto al último de sus hijos”.

Patrón de su rancho, define cómo se le presentaron de sorprendente los días de su santo; y conste que llamo días de santo esos que se presentan más lucidos y tremulantes que los otros días.

El **cencerro de cristal** fué la joya conseguida, en el submarino, por la cuerda vuelta en el arzón de Güiraldes.

Nos llegó en aquella fecha, y gracias a aquel libro percibimos un eco transoceánico, con balbuceos de la garganta del mar, con percusiones de laringe que, desarraigada del cuello, tiene algo de fauna abisal.

Güiraldes contribuía a la poesía de su tiempo, pero él era más espeso, más de tierra adentro, más retrepado en sí mismo.

En **Xaimaca** tomamos un tren andino, con cristales palpitantes de rocío y luces



GÜIRALDES.—La poesía es aquello hacia lo cual tiende el poeta.

de la nueva mañana, que se mete a descansar en el tren, echándose sobre los divanes del Pulman todo el lúcido espíritu del paisaje.

En aquel viaje con retales de friolencia, que hacen que ennovien los viajeros, como en reacción contra el cendal gélido de las alturas, disfrutamos de la primera excursión en coches modernos por las alturas americanas, embufandados de novedad y sonriendo al ver en las estaciones indígenas con rostros de momia, envueltos en telas con rayas maravillosas, tal como si el Egipto se levantase en otro sitio a nuestro paso.

El Pulman de la obra de Güiraldes ascendía siempre sobre el tobogán cruzado de montaña rusa, que eran las leguas escarpadas, mientras un noviazgo de ricos se iba combinando con el viaje.

Nosotros mirábamos y veíamos por las ventanillas, y el noviazgo no nos distraía de la luz sobre los helechos. La serpiente del tren, que andaba sobre curvas de pie, absorbía alcoholes de madrugada.

Telégrafo y casitas de madera, hechas de listones, se situaban a nuestro paso, y

todos los viajeros parecían cómicos de cinematógrafo que no acababan de elegir sitio para la película. De aquello nos quedó la emoción de haber subido en un elevador loco de millas.

Después Güiraldes, en apartamiento de la ciudad, compuso **Don Segundo Sombra**, con su nombre imponente y su azabache-co antifaz de barbas colgado del rostro pálido.

Esa otra Rusia de la Pampa estaba medida en la novela.

En sus páginas, renegridas de decirs y de diálogo, se veía asomar la Pampa con su rostro de toro campeón; ese toro pleno de arrobos y que presenta la cabeza llena de medallas, en somnolencia y brumosidad de búfalo, con algo de esa crespura de amanecer detrás de siglos y marañas que caracteriza a los búfalos.

Güiraldes iba más campante en ese libro, sobre caballo ya muy hecho y que enseña las venas de la velocidad en las nalgas.

Se le veía sobre un mar vacuno, vadeado a caballo, buscando una pulpería, esa estación sin trenes, esa estación de caballos, en que se dan y se reciben las bote-

llas a través de una verja, dando a suponer eso la fiereza de los hombres que salen de grandes soledades y traen la valentía desafonada de los amplios horizontes.

Güiraldes pintó esos hombres extraños, que son sombras de un querer explorador y misionero, que son conmovedores en sus paradas, pero no se demoran mucho en ellas, y que cuando realizan su acto más pacífico y compadecido es cuando dejan beber a su caballo en el río, soltándole las riendas a toda voluntad, quedando montados como en giba de camellos, por su condescendencia y su abnegación ante la sed.

Quedará esa novela de Güiraldes como un formidable tipo fiero, incapaz de traición, clásico de sus plumadas, caballeroso de sus ideas.

La muerte, en venganza de los lazos que él trazó en el aire para atrapar imágenes, atravesando su cuerda las llanuras, más con la valentía del telégrafo que del lazo, le tiró una lazada de bandido, y le ha ahogado apretando su garganta y llevándosele al sitio de las descripciones sobrecogedoras, como a predilecto que entretenga su largo asueto.

¿QUIERE USTED CONOCER EL FONDO DE LOS

Problemas Internacionales

CON CRITERIO MODERNO,

EL MAXIMUM DE SERIEDAD,

SIN PERJUICIO ALGUNO Y

EN EL MENOR TIEMPO POSIBLE?

Lea Ud. "La SEMANA INTERNACIONAL"

Revista de todas las personas cultas, conocida en el mundo entero.

DIRECTOR: Juan Bardiña.

GERENTE: Eleuterio Antolí

CALLE EDWARDS 654. — CASILLA 3167. — TELEF. 6776. — VALPARAISO

SUSCRIPCION:

ANUAL	\$ 20.00
SEMESTRAL	11.00

Pueden remesar el valor por medio de letra o estampillas de correo a casilla 3167, como también por giro postal, a VALPARAISO 3.

EN VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS Y LIBRERIAS IMPORTANTES DEL PAIS.

AUTORES DE ESTE NUMERO

HEINZ LIEPMANN. — El autor del bellísimo cuento antiguerrero, que Alfredo Cahn ha traducido especialmente para "Lecturas", nació en Alemania en 1905. Tiene, por lo tanto, 28 años, la edad entusiasta, la edad creadora. Sus actividades literarias datan de 1927, en que estrenó un drama histórico, "Colón", muy elogiado por la crítica. Al año siguiente publicó una novela "Noches de un niño viejo", de amplia resonancia en Alemania. Ahora escribe cuentos. Nuestros lectores comprenderán, después de conocer "El desfile", dónde reside su fuerza creadora, dónde su vuelo literario y cuál es la magia de su estilo.

Otra cosa notable para él: Ha merecido las persecuciones del tirano Adolfo Hitler.

LORD DUNSANY. — Véase "Lecturas", N.º 3.

EMIL LUDWIG.—Véase "Lecturas", número....

RICARDO TUDELA.—Véase "Lecturas", N.º 18.

CORPUS BARGA. — Véase "Lecturas", N.º 19.

MOISES MORENO. — Es el autor del cuento nacional de este número. Para describirlo directamente, sería preciso utilizar una de las frases más vulgares: es un "bohémico incorregible". Pero éste lo es. Este llegó en mangas de camisa, un día, a entregarnos el cuento psicológico, "El 17", que nuestros lectores conocerán y, se-

guramente, admirarán. Había perdido el vestón la noche anterior en un bar.

Moreno, hijo de Valparaíso, pertenece a ese grupo tan magnífico que nos ha regalado el puerto: Jacobo Danke, Carlos Barella, Pablo Garrido, Victoriano Lillo, Oreste Plath, Camilo Mori, Luis Roberto Boza, Julio Walton, los hermanos Alvial, Zoilo Escobar. Sus primeras intenciones han girado alrededor de la poesía. AHORA ABORDA EL CUENTO con naturalidad; utiliza elementos que ha aprendido de escritores extranjeros. Analiza, monologa, intrispecciona. Juzgádele.

ROSAMEL DEL VALLE.—¿Qué decir de este joven autor, que hoy llena lo principal de nuestra crónica literaria? Sus antecedentes son escasos. Dos libros. Dos libros que nunca podrán ser comprendidos, porque son dos libros novísimos, fuera del alcance de la mayoría de nuestra crítica: "Mirador" y "País blanco y negro". Ambos han sido, naturalmente, tenazmente apaleados.

Rosamel del Valle puede decir, además, que cuenta con una labor de divulgación notable, muy sincera, muy digna. Desde sus revistas "Ariel" y "Panorama" luchó sin descanso por enseñar, por extender ante los ojos profanos esa red sutil y complicada que él llama "la poesía nueva".

Un poco alejado del ambiente literario, nos alegra que sea "Lecturas" la revista donde quiere reiniciar su combate constante.

Una Opinión Sobre "Lecturas"

Un político y periodista, deportado por el Gobierno en Puerto Aysen, ha escrito en el diario de esa ciudad el siguiente comentario acerca de nuestra revista, comentario que indica comprensión e inteligencia:

"LA REVISTA "LECTURAS"

Ahora que el libro se despopulariza por su elevado precio y por la falta de tiempo para leerlo, la revista adquiere cada vez más importancia. Además, publicada ésta periódicamente, su material es siempre novedoso y al día, pues recoge en sus líneas todas las nerviosidades de la época, en su aspecto inmediato, antes que las deforme la crítica o el análisis no siempre desinteresado que las desmenuza y adereza a sabor.

Es así la revista una especie de fotografía del acontecimiento diario, que lleva a todas partes el latido de la vida mundial.

"Lecturas" llena este objeto en la forma más elevada, porque selecciona de ese latido la nota noble del arte, la ciencia, la filosofía y todas las manifestaciones espirituales y materiales del progreso humano en marcha.

Desde su número 19 adopta una nueva estructura, que amplía e intensifica su rol, pudiendo asegurarse que quien frecuenta sus páginas experimentará un sano agrado a la vez que una visión clara del panorama literario y artístico del mundo y de la vida civilizada, manteniéndose así ligado a la cultura universal, cosa más necesaria mientras más lejos se vive de los centros cultos."

3

Persecuciones a Einstein

Hasta nuestros ojos han llegado muchas veces caricaturas que representan a un miserable enano abalanzándose sobre la cabeza de un recio gigante: simbolizan a Hitler persiguiendo a Einstein. Qué nombres tan distintos, qué cerebros tan diversos. El uno obsesionado por la bruta idea sin razón, el otro abrazado a la ciencia pura y a la estricta lógica. El uno dueño de las bayonetas, del feroz poder temporal; el otro disponiendo sin límites del poder espiritual. Pero la fuerza vence a la lógica; eso está demostrándose desde el principio del mundo. Para comprobarlo, sólo es preciso citar el ejemplo de todos los tiranos y todas las víctimas, el ejemplo de las lanzas de Herodes hiriendo las dulces carnes de Jesús.

Y esto hay que decirlo a propósito de las recientes noticias del cable, que muestran a Einstein, el genio judío más inmenso de la hora actual, escondiéndose de los enviados de Hitler, el tirano más horroroso de nuestros tiempos.

Ya Alfredo Cahn, en un admirable artículo, ha hecho saber a nuestros lectores cómo Hitler persigue a los intelectuales, por temor de que su ciencia y su filosofía despierten a las masas y éstas se vuelvan contra su icono de hoy. Ya conocemos los casos de Ludwig, Remarque, Heinrich Mann, von Unruh y Einstein... Pero no importa, no hay cuidado; es justo que algún día se aposente en la tierra y principalmente en Alemania, el imperio de la lógica. Entonces veremos la planta del gigante Einstein aplastando al minúsculo roedor Hitler.

4

La Conferencia Panamericana

Blaine dejó iniciada la costumbre de que cada 6 años se reúnan los representantes de los países americanos, para estudiar los problemas relacionados con el Derecho Internacional y con la Economía Política.

Hasta hoy se han efectuado seis reuniones. La última, celebrada en La Habana, ha sido la de mayor renombre. En vez de Mr. Charles Evans Hughes, fué Gustavo Guerrero, representante de El Salvador, quien la presidió. Este hombre fué el primero en protestar por la intervención yanqui en Nicaragua. Naturalmente su discurso causó estupor. Todos los representantes latinoamericanos, en medio de un amargo silencio, vieron alejarse a la delegación salvadoreña antes que la Conferencia se clausurara.

Las Cancillerías están de nuevo preocupadas en la designación de sus delegados a la próxima Conferencia Panamericana, que se reunirá en Montevideo. Los espíritus lógicos saben de antemano que habrá grandes banquetes, mucho dinero derrochado en esta hora de angustiosa crisis, y que la Conferencia, como las anteriores, no producirá ningún resultado práctico para los países latinoamericanos, que en vano ansían un mejor entendimiento en el problema aduanero y en sus litigios limítrofes. Los espíritus lógicos saben que los Estados Unidos hablarán de la "política del buen vecino", que el Presidente de la Unión Panamericana, Mr. Leo S. Rowe, pronunciará una enérgica arenga defendiendo los intereses de nuestras Repúblicas. Pero saben también que eso no será sino una mera fórmula del imperialismo demócrata de Mr. Roosevelt.

M. A. R.

4 Temas

1

Herriot, el Cable y Rusia

El cable había emprendido una formidable campaña contra la Rusia Soviética. Tras de las noticias más espeluznantes sobre complots y divisiones en el Partido Comunista, vinieron otras destinadas a impresionar directamente a la multitud: en Rusia el hambre era algo terrible: millones de personas morían de hambre al mes en Rusia. En Rusia la gente se comía a los niños vivos.

Y como de todo hay en el mundo, no faltan gentes que han llegado a creer que en Leningrado se toma una guagua, se le pone sal y pimienta y en seguida se la devora viva, presa por presa...

Herriot, de vuelta en Francia de un viaje a Rusia, ha dicho que esto es mentira, que no hay tal hambruna, y ha afirmado que Francia debe acercarse más y más a Rusia. Estas palabras, en boca, por ejemplo, de Barbusse o de Romain Rolland, ninguna importancia habrían tenido. Se sabe que ellos, rebeldes desde antiguo, están con Rusia, con el movimiento libertador de las masas proletarias, que iniciara Marx con su claro cerebro y continuara Lenin con su brazo poderoso. Pero quien ha dicho esto es Herriot, un hombre que está con el viejo régimen, que hasta no hace mucho era el jefe del Gobierno francés y que ha mirado a Rusia con mirada burguesa.

Bueno, ya lo sabemos: en Rusia nadie se come a los niños vivos...

2

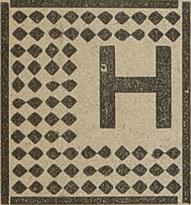
Alfonso Reyes

Pasó con su presencia cálida entre nosotros, con su palabra maravillosa, donde hierven los países, los hombres y las ideas, con su cuerpo pequeño de poeta y de diplomático. Dos veces reunió en torno suyo a los intelectuales y les brindó su charla constelada de cosas extraordinarias. En una de ellas evocó el Anáhuac cruzado por la planta leve de los aztecas y más tarde por la ruda bota de los conquistadores. Y en la otra delineó la figura de Fernández de la Peña, fraile, español, filósofo y precursor de la aviación. En ambas conferencias, Alfonso Reyes dió vida nueva a trozos estupendos de su pluma de intelectual.

Un escritor nuestro, de América, típico representante del gran pueblo mexicano. Un poeta de calidad mundial. Un hábil diplomático y un charlador incomparable, que coge el hilo de una conversación y no lo suelta ya, para bien de nuestros oídos entusiasmados.

BETHMOORA

CUENTO POR LORD DUNSANY



AY en la noche de Londres una tenue frescura, como si alguna brisa desmanada hubiérase apartado de sus camaradas en los altos de Kentish y penetrado a hurtadillas en la ciudad. El suelo está hú-

medo y lúcido. En nuestros oídos, que han llegado a una singular acuidad a esta tardía hora, incide el golpeteo de remotas pisadas. El taconeó crece cada vez más y llena la noche entera. Y pasa una negra figura encapotada y se pierde de nuevo en la obscuridad. Uno que ha bailado se retira a su casa. En alguna parte, un baile ha terminado y cerrado sus puertas. Se han extinguido sus luces amarillas, callan sus músicos, los bailarines han salido al aire de la noche, y ha dicho el Tiempo: "Que acabe y vaya a colocarse entre las cosas que yo he apartado".

Las sombras comienzan a destacarse de sus amplios lugares de recogimiento. No menos calladamente que las sombras, leves y muertas, caminan hacia sus casas los clandestinos gatos; de esta manera, aun en Londres tenemos remotos presentimientos de la llegada del alba, a la cual las aves y los animales y las estrellas cantan clamorosos en los despejados campos.

No puedo decir en qué momento percibo que la misma noche ha sido irremisiblemente abatida. Se me revela de súbito en la cansada palidez de los faroles que están aún silenciosas y nocturnas las calles, no porque haya fuerza alguna en la noche, sino porque los hombres no se han levantado todavía de su sueño para desafiarla. Así he visto exhaustos y desaliñados guardias aún armados de antiguos mosquetes a las puertas de los palacios, aunque los reinos del monarca que guardan se han encogido en una provincia única que ningún enemigo se ha inquietado en asolar.

Y ahora se manifiesta en el semblante de los faroles, estos humildes sirvientes de la noche, que ya las cimas de los montes ingleses han visto la aurora, que las

crestas de Dover se ofrecen blancas a la mañana, que se ha levantado la niebla del mar y va a verterse tierra adentro.

Y ya unos hombres, con unas mangueras, han venido y están desbrozando las calles.

Ved ahora a la noche muerta.

¡Qué recuerdos, qué fantasías se atropellan en nuestra mente! Una noche acaba de ser arrebatada de Londres por la mano hostil del tiempo. Un millón de cosas vulgares, envueltas por unas horas en el misterio, como mendigos vestidos de púrpura y sentados en tronos imponentes. Cuatro millones de seres dormidos, soñando tal vez. ¿En qué mundos han entrado? ¿A quién han visto? Pero mis pensamientos están muy lejos, en la soledad de Bethmoora, cuyas puertas laten en el silencio, golpean y crujen en el viento, pero nadie las oye. Son de cobre verde, muy bellas, pero nadie las ve. El viento del desierto vierte arena en sus goznes, pero nadie llega a suavizarlos. Ningún centinela vigila las almenadas murallas de Bethmoora; ningún enemigo las asalta. No hay luces en sus casas ni pisadas en sus calles; está muerta y sola más allá de los montes de Hap; y yo quisiera ver de nuevo a Bethmoora, pero no me atrevo.

Hace muchos años, según me han dicho, que Bethmoora está desolada.

De su desolación se habla en las tabernas donde se juntan los marineros, y ciertos viajeros me lo han contado.

Yo tenía la esperanza de haber visto otra vez Bethmoora. Muchos años han pasado, me dijeron, desde que se hizo la última vendimia de las viñas que yo conocí, donde ahora es todo desierto. Era un radiante día, y los moradores de la ciudad danzaban en las viñas, y en todas partes sonaba el *kalipak*. Los arbustos florecidos de púrpura cuajábanse de yemas, y la nieve refulgía en la montaña de Hap.

Fuera de las puertas prensaban las uvas en las tinajas para hacer el *syrabub*. Había sido una gran vendimia.

En los breves jardines de junto la linde del desierto sonaba el *tambaug* y el



Las sombras comienzan a destacarse de sus amplios lugares de recogimiento

ittibuck, y el melodioso tañido del zootívar.

Todo era regocijo y canto y danza porque se había recogido la vendimia y habría larga provisión de syrabub para la invernada, y aun sobraría para cambiar por turquesas y esmeraldas a los mercados que bajan de Oxuhahn. Así se regocijaban durante todo el día con su vendimia en la angosta franja de tierra cultivada que se alarga entre Bethmoora y el desierto tendido bajo el cielo del Sur. Y cuando empezaba a desfallecer el calor del día, y se acercaba el sol a las nieves de las montañas de Hap, las notas del

zootívar todavía saltaban claras y alegres de los jardines, y los brillantes vestidos de los bailarines giraban entre las flores. Durante todo aquel día vióse a tres hombres, jinetes en sendas mulas, que cruzaban la falda de las montañas de Hap. En uno y otro sentido, según las revueltas del camino, veíase mover los tres puntitos negros sobre la nieve. Primero fueron divisados muy de mañana en el collado de Peol Jagganot, y parecían venir de Utnar Véhi. Caminaron todo el día. Y al atardecer, poco antes que se encendieran las luces y palidieceran los colores, llegaron a las puertas de cobre de Bethmoora.

Traían duelas, como los mensajeros de aquellas tierras, y sus trajes parecieron ensombrecerse cuando los rodearon los danzarines con sus ropajes color verde y lila. Los europeos que se hallaban presentes y oyeron el mensaje ignoraban la lengua, y sólo pudieron entender el nombre de Utnar Véhi. Pero era conciso y cundió rápidamente de boca en boca, y al punto la gente prendió fuego a las viñas y empezó a huir de Bethmoora, dirigiéndose los más al Norte y algunos hacia Oriente. Salieron precipitadamente de sus bellas casas blancas y cruzaron en tropel la puerta de cobre; cesaron de pronto los trémolos del *tambang* y del *tittibuck* y el tañido del *zootivar*, y el tintineo del *kali-pak* extinguióse un momento después. Los tres extraños emisarios volvieron grupas al instante de dar su mensaje. Era la hora en que debía haber aparecido una luz en alguna alta torre, y una después de otra hubieran vertido las ventanas a la obscuridad la luz que espanta a los leones, y hubiéranse cerrado las puertas de cobre. Mas no se vieron aquella noche luces en las ventanas, ni volvieron a verse ninguna otra noche, y las puertas de cobre quedaron abiertas para no cerrarse más, y levantóse el rumor del rojo incendio que abrasaba los viñedos y las pisadas del tropel que huía en silencio. No se oía gritar, ni otro ruido que el de la huida resuelta y apresurada. Huían las gentes veloz y calladamente, como huye la manada de animales salvajes cuando surge a su lado de pronto el hombre. Era como si hubiese sobrevenido algo que se temiera desde muchas generaciones, algo de que sólo pudiera escaparse por la fuga instantánea, que no deja tiempo a la indecisión.

El miedo sobrecogió a los europeos, que huyeron también. Lo que el mensaje fuera, nunca lo he sabido.

Creer muchos que fué un mensaje de Thuba Mleen, el misterioso emperador de aquellas tierras, que nunca fué visto por nacido, avisando que Bethmoora tenía que ser abandonada. Otros dicen que el men-

saje fué un aviso de los dioses, aunque se ignora si de dioses amigos o adversos.

Y otros sostienen que la plaga asolaba entonces una línea de ciudades en Utnar Véhi, siguiendo el viento Suroeste, que durante muchas semanas había soplado sobre ellas en dirección a Bethmoora.

Otros cuentan que los tres viajeros padecían el terrible *gnousar*, y que hasta las mulas lo iban destilando, y suponen que habían llegado a la ciudad empujados por el hambre; mas no dan razón para tan terrible crimen.

Pero creen los más que fué un mensaje del mismo desierto, que es dueño de toda la tierra por el Sur, comunicado con su grito peculiar a aquellos tres que conocían su voz; hombres que habían estado en la arena inhospitalaria sin tiendas por la noche, que habían carecido de agua por el día; hombres que habían estado allí donde gruñe el desierto, y habían llegado a conocer sus necesidades y su malevolencia.

Dicen que el desierto deseaba a Bethmoora, que ansiaba entrar por sus hermosas calles y enviar sobre sus templos y sus casas sus torbellinos envueltos en arena. Porque odia el ruido y la vista del hombre en su viejo corazón malvado, y quiere tener a Bethmoora silenciosa y quieta, y sólo atenta al fatal amor que él murmura a sus puertas.

Si yo hubiera sabido cuál fué el mensaje que trajeron los tres hombres en las mulas y dijeron al llegar a las puertas de cobre, creo que hubiera vuelto a ver Bethmoora. Porque me invade un gran anhelo aquí, en Londres, de ver una vez más la hermosa y blanca ciudad; y, sin embargo, temo, porque ignoro el peligro que habría de afrontar, si habría de caer bajo el furor de terribles dioses desconocidos, o padecer alguna enfermedad lenta e indescriptible, o la maldición del desierto, o el tormento en alguna pequeña cámara secreta del emperador Thuba Mleen, o algo que los mensajeros no habían dicho, tal vez más espantoso aún.



MAQUIAVELO

Por EMIL LUDWIG



El monje florentino precursor de Lutero, seco, con facciones de asceta fanático, nariz ganchuda y boca grande, apasionada y elocuente, predica la penitencia desde el púlpito de San Marcos. Ya está excomulgado y pronto le quemarán vivo: tal es la decisión del más disoluto de todos los Papas. Entre los hombres que le escuchan—sólo a hombres puede dirigirse ya, pues las mujeres han dejado de asistir a la catedral—hay uno menudo de cuerpo, moreno y elegante, de cabeza pequeña, nariz corta y aquilina, y una boca cuyos labios están siempre notablemente apretados. Escucha con atención, sonríe y guarda silencio. Luego, se dirige a su casa, se sienta y escribe una carta a un amigo de Roma:

“No puedo comprender la influencia de este hombre. Un profeta desarmado: nada más. ¡Haz el favor de explicarme cómo ha podido conseguir tal poder sobre el pueblo!”

Así Maquiavelo, el anticristo, se levanta ante Savonarola, el predicador de la penitencia. Ambos eran enemigos de una Iglesia que se había corrompido; el uno porque, como poder temporal, se había espiritualizado demasiado, y el otro porque, como poder espiritual, se había hecho demasiado mundano. Un gran escéptico había escuchado el sermón de un gran sentimental; le había escuchado sin emocionarse y se había alejado. No sabía que aquel mismo pueblo de Florencia que hoy recibía al monje con gritos de gozo y que cuatro semanas después le llevaría al tormento, le conduciría también a él, a Maquiavelo, al mismo sitio diez años más tarde, aunque por el momento no le aclamase.



Por aquella época Maquiavelo, que apenas tenía treinta años de edad, era ya Secretario de Estado de la República de Florencia. Ciudadano libre de esta República, de la que los Médicis habían sido expulsa-

dos cuando él tenía veinticinco años, y aunque, como hijo de familia patricia venida a menos, había sido educado en la escuela de Lorenzo, su sentido innato de la realidad le enseñó desde joven a nadar con la corriente. No había dedicado mucho tiempo a la literatura ni prestado gran atención a las artes. Era exclusivamente un activo pensador y un político especulativo, que en aquellos tiempos revueltos—tiempos en los cuales los más jóvenes eran a veces elevados a las dignidades más altas—había sido ya enviado con misiones importantes a tierras extranjeras y, luego, dedicado al servicio del Estado. Y, sin embargo, le dominaba menos la ambición que el deseo de saber, y pensaba menos en el éxito momentáneo que en profundizar los secretos de la naturaleza humana, en particular la de los gobernantes. En las cartas escritas en su juventud, encontramos ya el espíritu platónico que, como una sombra, amplía su sentido práctico. Se descubre en él el interés de quien considera la especie humana desde el punto de vista del naturalista, más bien que la ardiente voluntad de un hombre de acción; la irónica renunciación de un misántropo, antes que el entusiasmo fecundo de un jefe de Estado.

En esta disposición de ánimo fué enviado Maquiavelo, a los treinta y tres años de edad, como emisario a la Romagna para inducir a su Duque reinante, César Borgia, en su mismo campamento, a que renunciase a sus amenazas contra Florencia y conseguir de él una alianza. Se encontró ante un joven de veinticuatro años, de poética belleza y tan loco como frío de corazón; hijo de un Papa reinante, soldado y patrón de las artes, seductor de mujeres y protector de los pobres, espadachín, embustero y fanfarrón. Personificaba la enorme vitalidad producto de aquella época exuberante, pues estamos ahora en el año 1502.

Aquellos dos hombres, en lugar de luchar y amenazarse, se hicieron pronto buenos amigos. César retuvo a Maquiavelo algunas semanas, como huésped, en su campamento. Los dos las aprovecharon. Borgia, al parecer sólo un poderoso capi-

tán de bandidos, reconoció al instante el espíritu que tuvo la visión de una Italia unida, y comprendió que podría aprender mucho de aquel instruido y frío diplomático. También, sin duda, se sentía halagado por la idea de celebrar interesantes diálogos en medio de batallas y conspiraciones.

Y, sin embargo, las ventajas de Maquiavelo fueron mayores. Por primera vez vió, materialmente, cómo un hombre joven, desafiando la muerte, podía conseguirlo todo de sus seguidores, su pueblo y sus enemigos, mientras no se sintiera molestado por escrúpulo alguno. El escéptico amoral que había soñado con el político, halla a un príncipe a quien no enfrena ni siquiera el deseo de parecerlo; un hombre sin patria, sin familia y sin sentimientos; la voluntad de poder personificada, y los términos en que expresa sus pensamientos, corresponden a esta figura. El, que había pasado su juventud entera escribiendo, tiene ante sí a un joven que desea pasar su vida a caballo o tendido en un diván, excluyendo de ella todo lo demás.

Borgia, el hijo de un Papa, recorre su camino de conquistador. Hoy descubre

una conspiración y castiga a sus elementos; mañana desenmascara al Duque de Orsini disfrazado de correo; se apodera, robándolos, de Tratados, los copia y los traiciona; ofrece como presentes lindas jóvenes a los emisarios extranjeros. El florentino está asombrado; todas las noches escribe un informe para su Canciller: "Este hombre es tan animoso—así dice un párrafo en el primer informe—que las empresas más grande le parecen insignificantes. Le impulsa su deseo de fama y poder y no conoce peligro ni fatiga. Llega a un lugar antes de que sus habitantes se hayan enterado de su salida del otro. Sus seguidores están todos dispuestos a morir por él. Tiene los mejores soldados, de manera que siempre es victorioso, terrible y asistido por la fortuna".

Al mismo tiempo, en cartas particulares que respiran todo el apresuramiento y la emoción de la vida indómita en aquel campamento, pide a su amigo un tomo de Plutarco. Y así, la mente de Maquiavelo, impregnada de su filosofía del Estado, levanta los principios de su sistema del espectáculo de Borgia y su simultáneo estudio de Plutarco. Durante aquellas semanas con César Borgia, se despertó en su cerebro la idea que elevaría la política a una ciencia y condensaría esta ciencia en un manual. Desea columbrar los motivos de la conducta humana, y los ve manifestarse con fuerza en la persona de un poderoso, y mientras hace grandes progresos en esta materia, las intenciones del Duque en pro o en contra de Florencia siguen siendo un secreto para él. Mientras tanto, la joven con quien Maquiavelo se acaba de casar, dejándola en seguida con la promesa de un regreso inmediato, va al palacio del Gobierno todos los días a preguntar si ha escrito o a pedir dinero, pues se ha marchado sin dejarle nada y aun habiendo contraído algunas deudas sobre su escaso salario anual de cien florines oro, para poder presentarse dignamente. Un año después de esto el padre de Borgia, el Papa Alejandro, muere envenenado y el hijo pierde todo su poder. Maquiavelo, entonces emisario en Roma, le encuentra allí prisionero, y en todos los informes que envía a su Gobierno, en los cuales en otro tiempo no encontraba palabras suficientes para alabar a César, se refiere a él con frialdad y pronto deja de mencionarle en absoluto.

Maquiavelo escribe entonces en verso la historia de Florencia durante los diez años precedentes, una historia llena de hábil malicia y dirigida contra sus enemigos po-

GINGER ALE
C.C.U.

CIA CERVECERIAS UNIDAS

líticos. Al mismo tiempo, ya como Canciller, ya como emisario, se entrega a muchos y diferentes trabajos. Pero nada le fascina tanto como el deseo de organizar una milicia. La ruina de Italia, declara, son sus ejércitos de mercenarios. El joven Estado suizo es su ideal. Viaja por el país durante meses, reclutando, alistando y reuniendo armas. Pronto tiene un ejército de quinientos ciudadanos. Pero, ¿quién podrá ser capitán de esta nueva tropa? Sólo Michelotto, el famoso asesino y verdugo de los Borgia. Este individuo le parece capaz de inspirar a sus reclutas suficiente temor, y es obvio que prefiere la experiencia y la destreza a la moralidad.

Se revela en él mucho del espíritu moderno por como le interesan los progresos técnicos como auxiliares de la política. Es un devoto apasionado del plan de separar del mar a Pisa, el antiguo enemigo, desviando el curso del Arno. El mismo organiza los trabajos preliminares y hace abrir dos canales. Aunque el proyecto es por fin abandonado, no puede dejar de pensarse en ciertos planes que cuatrocientos años más tarde pone Inglaterra en práctica en el Sudán, dedicando los últimos adelantos de la ciencia a la regulación del Arno egipcio, debilitando así a sus habitantes. Su visión del futuro le revela muchas observaciones e ideas que son aún ciertas o que vuelven hoy a ser significativas. “Los italianos no entienden nada de la guerra”, le dijo un cardenal francés. “Y los franceses nada del Estado”, le replicó él, “pues, de otra manera, no permitirían que la Iglesia alcanzase tanto poder. Cuatrocientos años después, este país se veía obligado a divorciarse de la Iglesia. Escribe lo siguiente desde Alemania, durante una estancia en la corte imperial: “No se puede dudar del poder de Alemania, pues tiene un sobrante de gente y de armas. Sus soldados no le cuestan nada, puesto que son sus mismos súbditos. Los domingos hacen ejercicios los jóvenes con picas y mosquetes. Todos son frugales; comen y se visten como los espartanos; pan, carne y una estufa encendida les basta. El país vive de sí mismo y no está obligado a comprar en otros países; por el contrario, vende sus propias mercancías en el extranjero y así disfrutan con su ruda vida y van a la guerra porque deben ir y por la crecida paga”.

Así, el italiano, lejos de la prosperidad floreciente de su país, escribe con envi-

día informes desde la lejana Alemania sobre el poder alemán, su eficiencia y parsimonia, lo mismo que otros diplomáticos italianos envían informaciones similares desde Berlín, pasados cuatrocientos años.

Con los mismos ojos penetrantes ve las debilidades alemanas. Escribiendo desde el campamento real del rey Carlos, señala “el poder creciente de Francia como resultado de su administración central, consecuencia de la unión de las provincias y la subyugación de los barones. El resultado es poder político en el interior, poder militar en el exterior, ambos superiores al poder efectivo del país, precisamente lo contrario de lo que se observa en Alemania”. ¿Qué mejor comparación que ésta se puede hacer hoy de la estructura política de los dos países? Y ve con claridad, al mismo tiempo, los peligros de una casta militar, pudiendo otra vez establecerse una comparación entre la nueva Prusia y la vieja Italia, de la que él escribe: “Siempre me ha parecido un error y una desgracia que se separe la vida civil de la militar y que se haga un oficio de esta última. Así el soldado se vuelve violento, corrompido y enemigo del ciudadano”.

Nada más exacto podríamos decir en el siglo XX de Estados federados, como, por ejemplo, los Estados Unidos, que lo que Maquiavelo escribía y aconsejaba en el siglo XVI: “Los Estados federados no se extienden con facilidad pero conservan con energía lo que han adquirido y no van a la guerra con ligereza. Una república dividida no puede tomar consejo de sí misma con rapidez suficiente y, en sus ambiciones, no domina el deseo de extenderse, puesto que los frutos de la expansión tendrían que ser divididos entre muchos. Los catorce Estados suizos son un caso. Aquí sigue siendo aún el mejor el procedimiento romano de adquirir aliados, o territorios”.

Su vida como activo estadista se interrumpió de súbito. Los Médicis, después de dieciocho años de destierro, volvieron a Florencia. Giuliano Médicis adoptó un aire muy burgués, algo de lo que hoy ocurre entre algunos miembros de la nobleza. Vistiendo la larga toga de Canciller de la ciudad, paseaba por las calles sin ayudantes, habiendo sacrificado su barba al espíritu democrático de la época. Pero los Médicis, que habían vuelto al poder por la ayuda de las armas extranjeras y no

por la fuerza de su espíritu o de su espada, estaban destinados a disfrutar de él poco tiempo. Maquiavelo trató de aliarse con los que ahora mandaban, pero en vano. Se le conocía como demasiado republicano para conseguir poder alguno ni aún en aquella república de príncipes. A la edad de cuarenta y tres años se le despojó de todas sus dignidades. Poco tiempo después fué sometido a interrogatorio, sospechando que conspiraba, encerrado en una prisión y llevado al tormento, es decir, fué arrastrado seis veces para hacerle confesar lo que no había hecho, y después, puesto en libertad.

Su vida se hundió hasta el más bajo nivel. Débil, asombrado y temeroso, dirige varios sonetos suaves y cínicos a los Médicis, ofreciéndoles sus servicios. Describe los piojos que hay en su prisión, "grandes y gordos como cabezas de clavos", y se jacta de su conocimiento de los asuntos del Estado. Por fortuna, sus peticiones son infructuosas. Pobre, abandonado, ocioso y con la carga de una mujer y cinco hijos, se ve obligado a retirarse a una casita situada a algunas millas de la ciudad.

Los años que siguieron le dieron la fama, y al mundo, la esencia verdadera de su vida. Escribe ahora dos libros que le immortalizan y hacen al mundo recordar su vida y su muerte siglos después. Alternan la composición de estos dos libros con escritos violentos, al estilo de Boccaccio, y turbulentas cartas que dirige a sus antiguos amigos, a diplomáticos con quienes discute ahora sobre cuestiones amorosas y cosas públicas mucho más que sobre la situación de Italia.

"He pasado el mes de setiembre cazando alondras. Me levanto con la aurora, me voy al bosque y me entretengo dos horas con los leñadores, que, generalmente, tienen alguna queja que exponer; después me siento a la sombra de mi emparrado, junto al brocal del pozo, acompañado por el Dante o Petrarca, o por Tibulo u Ovidio, cuyas aventuras me recuerdan mis propios amores. Luego, a la taberna a preguntar noticias, a oír opiniones y a estu-

diar los gustos y aficiones de los hombres. Llega la hora de comer y devoramos lo que con nuestros miserables medios conseguimos; otra vez a la taberna, donde encuentro al patrón, al carnicero, al molinero y a dos panaderos, con quienes pase muchas horas. Jugamos a los dados y regañamos por un céntimo con voces que se pueden oír desde una milla de distancia.

"Y me doy a todos los diablos y maldigo mi suerte, aunque me complace que me maltrate así, porque imagino que acabará avergonzándose de sí misma. Por la noche me retiro a mi habitación. En el umbral me despojo de mis sucias ropas de labriego para vestir mi toga de consejero, y así entro en los salones de pasadas grandezas, reconfortándome con el alimento que me ofrecen, pues yo he nacido en ellos; les pregunto el secreto de sus grandes hazañas y nunca me niegan su respuesta. Hago esto durante cuatro horas, sin tedio y sin cuidado, sin temer ni la pobreza ni la muerte, pues hago que mi corazón se aleje de ellas. Y puesto que, según el Dante, no hay ciencia posible sin la experiencia, he escrito el resultado de estas antiguas relaciones y compuesto un pequeño trabajo; en él trato de los Príncipes".

En estas circunstancias y con tan melancólicos sentimientos de renunciación, en este aislamiento, en tan sentimental estado de ánimo, nació el libro más frío y más nítido que se haya escrito jamás sobre el Estado. Es, como fué concebido diez años antes, una síntesis idealizada de prototipos antiguos y acontecimientos modernos. Borgia no está considerado, en ningún sentido, como un ideal; es sólo el ejemplo de uno de los medios que un estadista puede emplear para llegar a su meta.

El libro está, naturalmente, basado en la idea de que el hombre es necio y perverso y, lo que es más, que siempre ha sido igual; que el círculo de sus pasiones es limitado y muy uniforme. La religión, por consiguiente, no es repudiada, sino simplemente excluida de los negocios del Estado; es, además, contraria a los sentimientos de nuestro autor: "El cristianismo ha glorificado a los más humildes y contemplativos, no a los hombres de acción; los antiguos paganos glorificaban

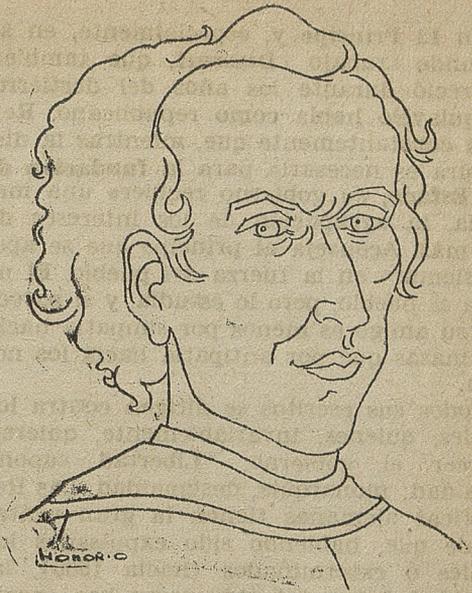


la grandeza de pensamiento, la fuerza corporal y todo lo que hacia al hombre animoso. Y así el mundo ha caído en manos de los villanos, que gobiernan sencillamente porque los hombres, con la esperanza de entrar en el Paraíso, prefieren sufrir los agravios a vengarlos”.

En este libro, *El Príncipe*, no se establece filosofía del Estado, ni literatura, ni dogma político. Es la realidad calva y desnuda lo que revela; las cosas tal como son. Se combate a la Iglesia como poder temporal. La Edad Media veía la mano de Dios en todas las cosas, pero aquí, por primera vez, se coordinan hechos sociales. Por primera vez se manifiesta con claridad, que la estupidez o la habilidad de los príncipes, ministros y generales, o el genio y la experiencia de los estadistas, decide el destino de las naciones.

Todos los medios, dice Maquiavelo, son buenos para la consecución de un fin político y para asegurar un poder creciente. Rómulo se vió obligado a matar a su hermano antes de fundar Roma, porque un Estado sólo puede fundarlo un hombre. Todas las medidas necesarias para el mantenimiento del orden son permisibles. “Una crueldad razonable, si podemos expresarnos así, es la perpetrada de una vez en beneficio de la propia seguridad; una crueldad estúpida es la que nos vemos obligados a prolongar. Es necesario calcular de antemano las crueldades que serán necesarias, ejecutarlas simultáneamente y, luego, dar al pueblo una sensación de seguridad; de otra manera, se ve uno obligado a mantener siempre la espada desenvainada. Los beneficios, sin embargo, deben distribuirse gradualmente para que el efecto dure más tiempo. La crueldad de César Borgia conservó la Romaña junta, unida y en paz, y fué así mucho más humano que los florentinos, que, no queriendo ser considerados crueles, permitieron la ruina de Pistoya por las luchas de los partidos. El ideal sería ser amado y temido al mismo tiempo, y esto es posible sin ser odiado, si uno se abstiene, en todos los casos, de embargar la propiedad de sus súbditos, de tocar a sus mujeres y de verter sangre sin causa. Pues la gente digiere antes la muerte de un padre que la pérdida de su dinero”.

Todos estos pensamientos los han conocido los poderosos de la tierra desde el principio de la Historia, pero se han conservado en secreto y negado desde los principios del cristianismo, aunque, por



MAQUIAVELO.—Todos los medios son buenos para conseguir un fin político.

otra parte, se han puesto en práctica constantemente. Maquiavelo nunca incitó al asesinato y a la falsía; fué, sencillamente, el primer hombre que dijo que el cristianismo no podía evitar estos males, sino sólo velarlos.

“Seguramente es recomendable el cumplimiento de la palabra dada—escribe,—pero ha habido príncipes que engañaron a la humanidad y fueron capaces de realizar grandes hechos. Un gobernante debe ser hombre y bestia al mismo tiempo, vulpeja y león. Y no puede ni debe cumplir su palabra cuando su palabra se vuelve contra él... Me atrevo a sostener que es altamente desventajoso ser siempre sincero; es útil, por otra parte, parecer piadoso, fiel, humano y devoto. Nada es más necesario que la apariencia de la virtud; los hombres juzgan más con los ojos que con el entendimiento. Todos tienen los ojos abiertos, pero hay pocos que tengan el sentido necesario. Todos ven lo que uno muestra; pocos aciertan lo que uno es”.

En todas estas ideas, más tarde objeto de tan apasionadas controversias, no hay nada que cada estadista u hombre de mundo no haya pensado cien veces; pero antes de Maquiavelo y, generalmente, también después, nadie se ha atrevido a expresarlas.

En *El Príncipe* y, especialmente, en su segundo trabajo *Dioscuri*, que también apareció durante los años del destierro, Maquiavelo habla como republicano. Repite constantemente que, mientras la dictadura es necesaria para la fundación de un Estado, su gobierno requiere una mayoría, la agrupación de los intereses de los más. Aconseja al príncipe que se apoye siempre en la fuerza del pueblo. El no ama al pueblo, pero lo estudia, y si parece ser su amigo es menos por simpatía hacia las masas que por antipatía hacia los nobles.

Todos sus escritos se dirigen contra los nobles, quienes, invariablemente, quieren ejercer el gobierno. "Libertad supone igualdad; monarquía, desigualdad. Las Repúblicas alemanas tienen la gran ventaja de que, habiendo sido expulsados los nobles o exterminados (hacia 1500), la igualdad fué mantenida como base necesaria de la libertad". Da el mismo grito que daría un aldeano en una algarabía popular: "No seáis escrupulosos con la sangre noble! ¡Todos los hombres son de la misma descendencia y creados igual por

Dios! ¡Desnudadlos y todos seréis iguales! Que se pongan ellos vuestros vestidos y vosotros los suyos, y vosotros pareceréis nobles y ellos plebeyos, pues lo único que establece la diferencia es el dinero o la pobreza".

Al mismo tiempo que estos trabajos, no impresos en la época, sino repartidos en numerosas copias, el desterrado estadista escribió una serie de comedias obscenas, entre las cuales *Mandrágora* es la que representa al *Príncipe* como sátiro. Describe el adulterio sancionado por la Iglesia; y al niño, solemnemente bendecido por ella. Los críticos literarios que gustan de tener a cada autor catalogado en categorías profesionales específicas, se han preguntado por qué este hombre escribiría tales obras. El poeta político parece haberse anticipado a ellos, al decir en el prólogo: "Sea este su perdón; él buscará en esta comedia el consuelo de su suerte cruel. Se vuelva a donde se vuelva, no hay placer para sus ojos, y si no consigue el premio de una mayor habilidad, la culpa no es suya, sino de aquellos que merman su fama".

Aun en su edad madura se ocupaba Maquiavelo mucho de mujeres y sostenía sobre ellas una correspondencia burlesca

EDITORIAL DOCUMENTOS

CUADERNOS DE LA ECONOMIA MUNDIAL

CUADERNOS DE LITERATURA PROLETARIA

CUADERNOS LIBRES

Nuestro propósito ha sido y es difundir las doctrinas económicas de la época, servir a una nueva cultura, fundada en las necesidades del trabajo y de la justicia social, y ayudar a la formación del Estado moderno, técnicamente organizado y coordinador de las energías colectivas.

En nuestros "cuadernos" se han discutido y se discutirán libremente las doctrinas sindicalistas, marxistas, socialistas individualistas. Su discusión es científica y no partidista.

Valorizar el país, dar una cultura al país, he ahí, en resumen, nuestro objetivo.

Próxima publicación: Paul Vaillant Couturier, **JUAN SIN PAN**. Apasionante narración del período de la Gran Guerra.

HAGA SUS PEDIDOS A LA

LIBRERIA "WALTON"

TEATINOS 172.—CASILLA 3585.—TELEFONO 88389. — SANTIAGO DE CHILE.

con amigos que ocupaban elevados puestos y que sentían como él. Cuando a los cincuenta años, se volvió a aproximar a los Médicis, trató de ganarse la influencia de León X y se le fueron confiando gradualmente algunas comisiones de poca importancia; luego, la recopilación de la historia de Florencia y conferencias a la gente joven. Pronto, sin embargo, temiendo nuevas acusaciones, se retiró otra vez al campo y escribió sobre el arte de la guerra; cuando quería descansar, componía más comedias ligeras.

Después, un nuevo Papa, una nueva constelación, vuelve a traer súbitamente al servicio del Estado, y con toda autoridad, al hombre de cincuenta años. Estamos ahora en el año 1524; la antigua guerra entre el Papa y el Emperador Clemente y Carlos, ha vuelto a estallar. Florencia está otra vez en peligro entre los dos. Maquiavello va como embajador a Roma; luego, con la energía de un joven, se ocupa en las fortificaciones de su ciudad natal y preside la Junta de Defensa. Miguel Ángel hace el plano de las fortificaciones y por primera y única vez, el estadista se encuentra con el artista de su generación. Otra vez vuelve a poseerle la fiebre de la actividad; otra vez su estrella parece levantarse con el peligro para su patria.

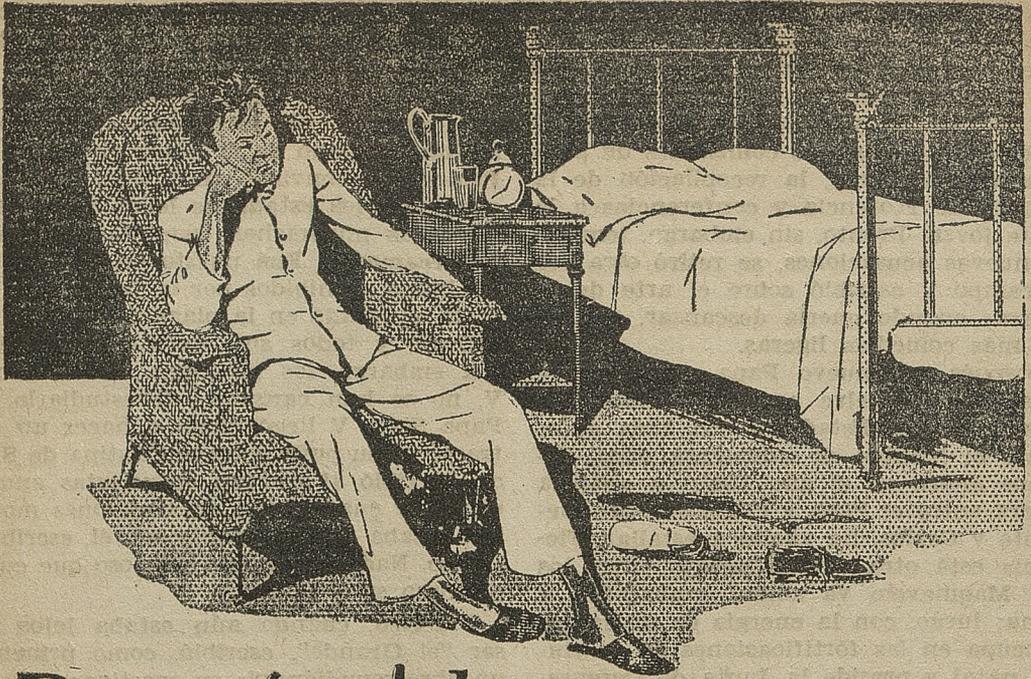
Roma cae ante las tropas del Emperador; hay saqueo, armisticio, nuevo levantamiento en Florencia, expulsión de los Médicis y república otra vez. Cuando, quince días después de la revolución, hay que elegir un nuevo Canciller y él, después de doce años de servicio como Canciller y Secretario de Estado de la República, y diez años de sufrir por su causa, espera ser reelegido, sus compatriotas se dicen unos a otros: "¿Maquiavello? ¿No ha estado trabajando estos últimos años con los Médicis?.. Y un hombre nuevo es elegido. Este era un golpe que ni aun la vitalidad del archi-escéptico podía soportar; muere doce días después de la elección. Se dijo que en sus últimas horas soñó que veía un grupo de desgraciados que decía: "Nosotros somos los santos del Paraíso". Luego, se le aparecieron hombres de la antigüedad, discutiendo gravemente, que le dijeron: "Nosotros vivimos en el Infierno". Cuando Dios le preguntó qué escogía, contestó que prefería ocuparse de política con inteligencias superiores, que aburrirse en el Paraíso con aquellos desgraciados.

La anécdota es, sin duda, una fábula; no hay documentos que prueben que Maquiavello se ocupase de política en el Infierno con mentalidades superiores, aunque, ciertamente, inteligencias superiores se han ocupado de él desde entonces. Su **Príncipe** se convirtió en el libro prohibido que todos los estadistas leían en secreto, como las muchachas leen **Mandrágora** o el **Decamerón**. Fué puesto en la lista de los libros prohibidos por la Iglesia; su retrato, quemado en la plaza pública de Ingolstadt, y todos sus escritos, mutilados. Sin embargo, los príncipes, desde Carlos V, no se han cansado de estudiarlo. El Papa Sixto V llegó hasta a hacer un extracto de su puño y letra. Cristina de Suecia escribió al margen entusiastas anotaciones, y cuando (no en cuestiones morales) estaba en desacuerdo con él, escribía: "Falso. Nada hay más ventajoso que cumplir uno su palabra".

Federico, cuando aún estaba lejos de ser "el Grande", escribió, como príncipe, un libro repudiándolo en cuestiones éticas, el cual definió, aun el piadoso Robert v. Mohl, como "una completa equivocación, un ensayo de estudiante sobre una materia mal concebida". Más tarde, su carrera de conquistador se ajustó a las reglas políticas de Maquiavello, mientras que los principios que podían haber justificado sus críticas del italiano, llegaron a él con las canas. Si Napoleón le conocía o no, no puede probarse; ciertamente, no lo necesitaba. Metternich, el más astuto de todos los pecadores diplomáticos de su tiempo, trató con desprecio al libro por cuyos principios vivía, y escribió sobre una unidad de la política y de la moral que le hubiera costado la carrera si la hubiese puesto en práctica como ministro. Nietzsche, primero y único, estableció como filósofo lo que el otro como estadista había escrito cuatrocientos años antes, y al hacerlo así se acreditó como el pensador más elevado desde los tiempos de Goethe.

Aunque no se siga estrictamente a Nietzsche, y se vea a Borgia como un tipo muy lejano del estadista ideal, y no se considere **El Príncipe** como un himno a la fuerza, se maravilla uno ante la tempestad levantada por este libro altamente realista.

Esencialmente, lo que hizo Maquiavello fué derribar una barrera que los gobernantes de todas las épocas dejaban en pie para salvar las apariencias, aunque saltasen por encima.



Después del gusto... viene el susto...

HASTA el más puritano de los hombres se ve obligado socialmente, de vez en cuando, a asistir a fiestas,—a una despedida de soltero, a desear “buen viaje”, a un matrimonio, a celebrar un ascenso, etc. Y por mucha fuerza de voluntad que tenga, muy a su pesar tiene que beber. Una copita, otra copita y otra copita... Cuando menos piensa se encuentra rebosando una alegría inusitada...

Pero... al día siguiente, ¿qué cansancio, qué abatimiento, qué “susto”?

qué dolor de cabeza! Si tiene a mano *Cafiaspirina*, la bondadosa amiga que no falla nunca, ¿por qué desesperarse? Dos tabletas con un vaso de agua producirán efectos maravillosos: le quitarán el dolor de cabeza y el malestar, y le devolverán las fuerzas y el bienestar.

Como es absolutamente inofensiva, la *Cafiaspirina* puede tomarse en cualquier momento. Es excelente también para neuralgias, resfriados, jaquecas, reumatismo, dolores de muelas y oído, etc.

CAFIASPIRINA

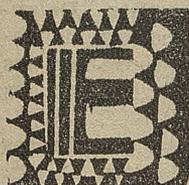
el producto  de confianza

CAFIASPIRINA: 0.5 g. Aspirina (ácido acetil salicílico por procedimiento especial "Bayer")
0.05 g. Cafeína y 0.139 g. Almidón.

EL DESFILE

POR HEINZ LIEPMANN

(Traducción especial para "Lecturas", por ALFREDO CAHN)



L padre no había recibido hasta ese momento la orden de presentación, y aunque debía saber que no lo llamarían, se mostraba, en aquel tiempo, nervioso. Cuando caminaba por el pasillo y el cartero hizo deslizar una carta por debajo de la puerta, se quedaba parado con la espalda contra la puerta; se sentía tocado y no se atrevía a dar la vuelta. Recién cuando se arrastraba el perro, lo llamaba su hijito, se cerraba alguna puerta en la casa, estridentaba un timbre o se interrumpía una risa, se sentía de nuevo capaz de moverse. Dispuesto a todo, giraba la cabeza sobre el hombro y encontraba... una carta cualquiera. Sus manos estaban mojadas, tenía que sentarse, estaba cada vez completamente agotado.

Para Martín esas primeras semanas de la guerra resultaron tumultuosas y magníficas, pero cuando luego las recordaba, mes tras mes, dejáronle una impresión comparable al escalofrío que producen cosas lejanas y antipáticas. Su padre trató una vez de hablarle sobre la guerra, pero Martín estaba caldeado y despreocupado. Tenía catorce años y la guerra no era para él más que una novela de pieles rojas espeluznante, formidablemente excitante. Cada tantos días lo llamaban, junto con sus camaradas, al aula mayor del colegio. El director, un anciano huesudo, miope, que tosía constantemente, vocingleraba unas palabras, se cantaba un himno y luego seguía un mediodía de asueto. Así se celebraban las victorias, cuarenta mil prisioneros, doce mil muertos.

—¡Doce mil muertos! —gritaba el niño haciendo irrupción, jubiloso y joven, en su hogar—. ¡Asueto!

El perro, Brujo, con animalito pequeño, de color marrón, con blandas crejas y mirada confidente, lo saludaba alegremente. La madre sonreía, pálida; el padre se le

vantaba y salía de la habitación.

Pasó un año. La gente se había acostumbrado a la guerra, la sentía como una nube pesada, como si lloviera incesantemente, sin compasión. Pero, en realidad, los veranos eran calurosos y secos y los inviernos fríos, oscuros, y muchos de los voluntarios regresaron tranquilos. Sucedió entonces, en el verano de 1916, que llegó la orden de presentación; el padre mismo la recibió de manos del mensajero; le dió una propina, cosa que jamás hacía. El mensajero le dió las gracias, pero no bajó la escalera.

—¿Por qué no se va usted? —preguntó el padre.

El mensajero sonrió, desconcertado, y de pronto volvió a sacar la moneda del bolsillo, y tendiéndosela al padre, le dijo:

—Preferiría no tomarla.

—¡Téngala, téngala! —murmuró el padre.

—No, por favor, no —contestó el mensajero, miedoso, y de repente agregó: Yo no tengo la culpa, señor.

El padre lo miró de hito en hito y tomó la moneda. Cerró la puerta y atravesó despacio el pasillo. Cuando puso la mano sobre la manija de la puerta del comedor, la miró largamente. Estaba gastada de sus propias, de las manos de su mujer y del muchacho.

Se recostó contra la pared del pasillo oscuro y creyó que tendría que morir de dolor.

A la noche, después de cenar, lo dijo.

Tenía cuarenta y tantos años; el entusiasmo había pasado en todas partes, nadie quería seguir, pero era necesario hacerlo. A la mañana del día subsiguiente se presentó.

Por lo pronto fué instruído, y generalmente volvía muy tarde a casa; una vez regresó a mediodía, ocasionando a la madre un gran sobresalto. Estaba en la cocina con la espalda contra la pared y planchaba, cuando se repente entró; en el primer momento de aturdimiento creyó

que ya estaba muerto y que se presentaba su ánima. El se rió de ella y la apretó quedamente contra su cuerpo; su risa tenía el tono mitad burlón y mitad tierno de antes; ella se sintió apaciblemente cobijada.

El le dijo:

—Mañana habrá desfile.

Pero ella no escuchó, lo abrazó fuertemente, se separó y una y otra vez lo tomó en sus manos, escondió su cabeza debajo de sus brazos y susurró como todos los días:

—¿Ya sabes cuándo?

—Oh, aun falta mucho, mucho, querida.

—¿De verdad? ¿Es la pura verdad?

—Sí, sí. ¿No ves que aun no estamos completamente instruídos?

Al día siguiente la mujer y el hijo fueron a presenciar el desfile. Llevaron al perro consigo. El desfile tuvo lugar en una plaza extensa, y toda la ciudad lo supo en seguida. Se había aglomerado un gentío enorme, infinidad de mujeres y niños. Los soldados, con los fusiles al pie, estaban uno junto al otro en un rincón opuesto de la plaza, como si tuviesen frío; asemejaban soldaditos de plomo, tan chiquitos parecían, y, además, porque estaban mudos y no hablaron. En medio de la plaza se hallaba el general, a caballo; a su lado un grupo de unos quince señores

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

que se mantenían firmes: eran oficiales.

Martín y su madre estaban en la primera fila porque habían llegado temprano. Detrás de ellos se agolpaba la gente; sus corazones latían fuertemente. Delante suyo estaban agentes de policía, de anchas espaldas, que a veces apoyaban sus vientres contra la gente, extendían los brazos y ordenaban: ¡Atrás!

De pronto se oye un grito y entonces se nota que los lejanos soldaditos de plomo se movieron. Se mueven en el otro lado de la plaza como gimnastas, adelantándose en fila, pasando frente a los señores del medio de la plaza. Ya alcanzan la primera esquina del cuadrado, doblan hacia la izquierda y ahora pasan por el lado en que se encuentran Martín, su madre y el perro. El perro tiembla y se restriega, caluroso y tímido, contra las piernas del muchacho.

—¿Dónde está el padre? —susurra Martín, emocionado, a la oreja de la madre, y le aprieta la mano porque ahora llegan; la banda ya pasó, pero son cientos y miles los que pasan delante de ellos; buscan y buscan hasta que ambos sudan de miedo, pues no pueden encontrar al que buscan entre las innumerables filas de hombres grises iguales. Ya que están en la primera fila, Martín ve perfectamente; pero no alcanza a distinguir todos los rostros con la rapidez con que pasan delante suyo y se siente horriblemente desamparado; quisiera gritar ¡Alto! para poder ver sus caras, pero una fila sigue irresistiblemente a la otra —clap, clap, una fila; ya sigue la próxima— y todas son iguales: piernas, yelmos y cuerpos; es terrible, así como si volviesen siempre los mismos. Martín piensa: esos son maestros, almaceneros, fogoneros de trenes, alegres mozos de restaurant, y mientras mira a todos esos rostros que se deslizan, se pregunta: ¿Por qué marchan así? Y de pronto se acuerda de lo que van a hacer esos hombres. Repentinamente ve en todos ellos, como nunca, como iluminados por un relámpago, la chispa del asesino. Se siente presa del miedo, temor y desamparo. Es un desierto —piensa.

Flores de Pravia

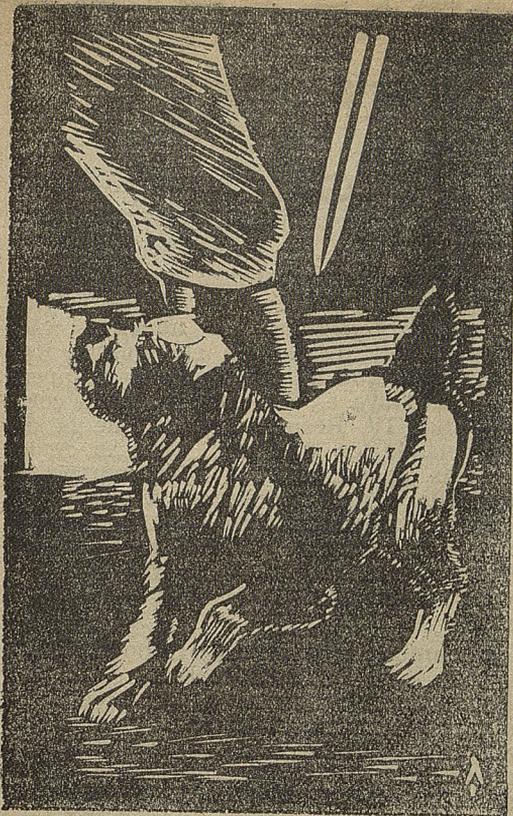
La pasta dentífrica

FLORES DE PRAVIA

limpia y embellece los dientes y perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta «FLORES DE PRAVIA», constituye un placer y una necesidad saludable.

Precio del tubo: \$2



El Suboficial saca la bayoneta y la hinca.....

Los espectadores callan por admiración o por temor y porque sus maridos y padres les parecen tan extraños; les han sido quitados. Aquéllos, cuyos cuerpos concen, son ahora maniquies del Estado. ¡Epa, cómo alzan las piernas!

De repente, en medio de ese silencio desagradable, empieza Brujo a gruñir. Aun no perdió su miedo del todo. El muchacho siente aún su cuerpo cálido apretado contra sus piernas; pero antes de que lograra calmarlo, el perro se metió entre las filas de soldados grises.

Los curiosos quedan perplejos. Los soldados, que marchan al paso de parada, con las piernas estiradas, no se dieron cuenta todavía; sigue llegando una fila detrás de la otra, como las alas de un molino de viento, incesantemente. Ven el animal y ya pasaron. Pasado. Los rostros permanecen inexpresivos, idénticos, como de figuras inmóviles.

Brujo se quedó parado; tiene miedo, como todos, pero de repente alza la cabeza y —todos retienen la respiración—

salta jubilosamente contra uno de aquellos mudos. Martín lo reconoce, es el padre, el bondadoso Dios de la niñez, un oasis en el desierto. ¿Pero, qué? Sigue marchando, no se queda parado, clap, clap, clap. Sus piernas —Martín las conoce porque jugaba tantas veces sobre ellas— se mueven como las hojas de un cortaplumas. Gris, perdido, amargado, pasa como todos los demás delante de la gente. Martín ve que el padre reconoce a Brujo, su mirada fijamente dirigida hacia adelante; empieza a temblar cuando el animalito asalta sus piernas. ¡Pero las piernas! Dios mío, las piernas. Se levantan, arriba, abajo, arriba, sin compasión, inmoviblemente crueles —piensa Martín— y tanto más cruel de parte del padre, por cuanto éste ha de saber que resulta ridículo. Martín siente de pronto la guerra y quisiera morir: es o no es un juego, es una violencia irresistible, lúgubre, grandiosa y ridícula.

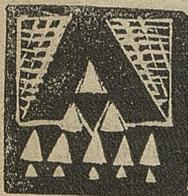
El perro se asusta, está sorprendido porque las botas duras lo han tocado; el murallón de miradas fijas y de olor a sudor no se para, sino marcha; pasará por encima de él; el animal llora, grita. Por una partícula de segundo el niño cree observar un movimiento en el rostro del padre. Amenaza formarse un desorden en las filas. Entonces aparece un suboficial, un héroe. Primero hace "tch, tch", pero consigue solamente que el perro muerta de miedo las botas del padre, dispuesto a no abandonarlo. Y el padre sigue levantando, bajando, levantando las piernas, y arrastra a Brujo. Ahora el suboficial saca la bayoneta y la hinca profundamente en el cuerpo del animal. Martín percibe el ruido, a pesar de los pasos. Entonces el suboficial levanta un poco la bayoneta: un pedazo de acero reluciente y el cuerpo de Brujo convulsionándose. Tira el cadáver, lo sacude a un lado, fuera de las filas en marcha. Y vuelve a envainar la bayoneta. Tiene un rostro serio, sombrío. Cuando hundió su arma en el cuerpo de Brujo, su boca estaba abierta y relucían sus ojos.

Pero ya pasó su fila y la próxima. Martín lo persigue con la vista. Pero el suboficial ya es ahora uno de todos, no alcanza más a distinguirlo. Desde atrás todos son iguales, el suboficial y todos. También el padre.

Martín no lo quería más.

EL PRIMER DICTADOR DE NUESTRO TIEMPO

Por CORPUS BARGA



QUI, nuestro tiempo data desde el fin de la monarquía absoluta, es decir, aproximadamente, desde la Revolución Francesa, que ha sido hasta para los bolcheviques la escuela de las dictaduras. Generalmente se considera la Revolución Francesa como una revolución más política que social; en la cronología revolucionaria considérasela como la revolución política de la burguesía contra la nobleza, que las revoluciones sociales del proletariado contra la burguesía han de ir terminando.

Pero, cronológicamente, fué una revolución antes social que política. Súbita como explosión social, resultó lenta como proceso político. Casi un siglo tardó en cumplirse en la misma Francia el programa de la revolución. Lo inmediato de ella fué la transmutación de las clases sociales francesas, la invasión del elemento hasta entonces inferior del Estado.

La primera invasión napoleónica fué la que Napoleón hizo al frente de su familia simbólica en el interior de Francia. Bonaparte fué primeramente una familia, muchas familias francesas de vida pobre que irrumpieron en una vida rica y fuerte. Las mujeres de la familia Bonaparte, acostumbradas a ir con la cesta a la compra, supieron ser princesas y reinas tan bien como Napoleón supo ser Emperador.

Semejante transformación social de tipo invasor necesita un jefe, la dictadura. Mientras la revolución francesa, socialmente, era una transformación de clases, políticamente no era más que una dictadura. Napoleón sería el primer dictador de nuestro tiempo si no hubiera tenido en España un precursor inmediato. No hay que rendirle a España el homenaje de reconocerlo, porque ya se lo ha rendido un escritor alemán, aunque no parece de Hitler, Hans Roger Madol, en su biografía de "Godoy", que acaba de ser traducida al castellano.

Todavía se celebra en Madrid, precisamente en estos días, la fiesta de San Isi-

dro, que Goya inmortalizó en un paisaje de la Pradera, y que es un eco de la vida cortesana y popular de aquellos años pintorescos y de sainete en que la Reina se retrataba de maja y la duquesa, desnuda. Goya es el Velázquez de la corte de Carlos IV. Resulta curioso que la decadencia de los Borbones, como la de los Austrias, encontrara en España su pintor adecuado e insuperable. Si la maja desnuda no fué la duquesa de Alba, aunque lo sigamos diciendo, la familia de Carlos IV fué la familia de Carlos IV, tal como Goya la pintó: la decadencia de una familia.

En cambio, el triunfo de Godoy fué, ante todo, como el de Napoleón, el triunfo de una familia. Incluso sexualmente. La reina María Luisa se enamoró primero de Luis Godoy, el hermano mayor, el primero que llegó a Madrid procedente de la casa nativa de Badajoz para servir en los guardias de Corps. El triunfo de Manuel Godoy fué tan familiar, que resultó demasiado casero. En esto ya se diferencia de Napoleón, como la España de entonces, y todavía, aunque menos, la de hoy se diferencia de Francia. Lo que en Francia es actitud, compostura, salón, historia, clasicismo, en España es popularismo, espontaneidad, familiaridad, lance, tertulia.

La última biografía de Godoy no pretende ser psicológica; su autor critica tal pretensión propicia al falseamiento, en la moderna literatura biográfica; sin embargo, los hechos que acumula algo atropelladamente, parecen poner en claro de una manera definitiva el carácter de las relaciones entre el Rey, la Reina y el favorito. Carlos IV quería tanto o más que María Luisa a Godoy. Cuando María Luisa, por celos mal reprimidos, por amor propio, frente a Pepita Tudó, se hace enemiga de Godoy, éste la vence.

Carlos IV era físicamente más fuerte y viril que Godoy. Era brutote y demasiado simple. Sólo se ocupaba de caballos y carreras. Se trataba familiarmente con los mozos de cuadra. No trataba íntimamente a más mujer que a María Luisa, pero acudía en Aranjuez al palacio de Godoy para asistir a su "toilette" y le ayudaba a vestirse. La costumbre versallesca de asistir a la "toilette" del Rey se había invertido



Don MANUEL GODOY.—Su triunfo fué como el de Napoleón

en Aranjuez, y era el Rey quien asistía, como otras veces las damas, a la "toilette" de Godoy. El escritor Roger Madoy recoge la sospecha de los escritores franceses de que Godoy era el "mignon" de Carlos IV, en lo cual, superando a Napoleón, se parecía a César.

María Luisa no tuvo por Godoy el amor romántico y exclusivo que todavía le prestan algunos poetas madrileños. Era una italiana mesalinesca y su amor por Godoy no la cegaba hasta el punto de impedirle comprender los atractivos de otros servidores y de otros guardias de Corps. En cuanto a Godoy, sexualmente podría achársele el tipo de Don Juan, descrito por el doctor Marañón. Era un Don Juan, no en el extremo más viril de la escala de los sexos, sino en la zona más cerca de la femineidad.

A Napoleón, sin embargo, cuando hizo que se lo llevaran a Bayona para acabar de utilizarlo en sus planes contra la dinastía de los Borbones, le pareció un "toro", como María Luisa le pareció una "momia descotada". María Luisa, que debía parecer entonces realmente una bruja de Goya, no fué nunca guapa. En la época de su máximo furor por Godoy, la describe cruelmente un embajador francés, aludiendo a sus arrugas, a su mal color y a su falta de dientes. No podía comer en público, llevaba dentaduras postizas que estaban al cuidado de los mejores artifices de la Corte. Humanamente, esta historia de libertinaje y escándalo es demasiado humana y no tiene otro interés que el de la sociedad corrompida y de tránsito en que se produjo y sobre la cual apenas da noticias el señor Roger Madol, quien, cifándose a la figura de Manuel Godoy, su biografiado, apenas alude a otras tan originales de aquella época como la de Goya y la duquesa de Alba.

El señor Roger Madol es de los que defienden políticamente a Godoy. Exalta su espíritu liberal, protector de las artes y las ciencias, enemigo de la Inquisición y dispuesto a seguir la política de ilustración que inauguraron en España los ministros de Carlos III. Aunque el señor Roger Madol no pronuncia la palabra, Godoy aparece en su libro como un "afrancesado". Sin embargo, su política no se rindió siempre a la de Francia. Fué, quizá, el primer político que tuvo la idea de coaligar toda Europa contra la revolución francesa. Dudó luego entre Napoleón e Inglaterra, empujado por las circunstancias más que guiado por algún firme propósito. En fin, fué un juguete de Napoleón, el cual, cuando era nada más que el general Bonaparte, había propuesto al Directorio que se apoyara el hacer a Godoy soberano de Malta.

Pero más que un ejemplo político y una novela picaresca, la vida de Godoy es un drama; un drama no espectacular, intimista. La mitad de su vida vivióla caído, en el destierro. Se sobrevivió tanto como vivió. Esta segunda parte de su vida fué bajando de tono insensiblemente hasta la desolación y el aislamiento de los últimos años, iluminados al final con la llamada inútil de un fuego que se extingue, la tardía rehabilitación que le concedió su nieta Isabel II.

Si los grandes hombres se reconocen en la manera cómo se comportan en la des-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

gracia, Godoy no fué un gran hombre, aunque tampoco un hombre pequeño. Quizá le faltó inteligencia y, por lo tanto, sensibilidad para pesar todo el peso de su destino; lo sorportó casi frívolamente. Mas, con dignidad. En sus memorias, escritas o que le escribieron con el propósito utilitario de que le rehabilitaran en vida, no sólo oculta el carácter de sus intimidades con los reyes, sino que se refiere siempre a ellos con el respeto tradicional de los cortesanos.

Se mantiene así en cierto término medio que acaba dándole el aspecto de un pleiteante, de un pretendiente, en sus instancias pidiendo le fueran devueltos sus bienes y honores.

Una escena de Godoy en el destierro, cuando todavía vivían los reyes, presenta el drama íntimo de su segunda vida matizado con un tinte cómico y cruel, sarcástico. Como personaje histórico, aparece en escena Godoy en su mayor complejidad y con toda su candidez. Sucedió en Roma, cuando estaban allí viviendo en el mismo palacio los reyes destronados, Carlos IV y María Luisa, Godoy con su mujer Pepita Tudó, y alguna otra dama de la familia.

La Corte, la antigua Corte, se había reducido, en efecto, a una buena familia burguesa. No se seguía ya en nada la legendaria etiqueta española. Todas las mañanas se reunía la familia en las habitaciones de Godoy, y los reyes, como las demás personas, tomaban asiento sin ceremonia. Cierta mañana un caballero francés que cayó allí de visita, fué el testigo que contó la escena realmente memorable, digna de ser rememorada por un buen dramaturgo.

Según le contó este caballero francés a Bausset y éste refiere en sus memorias, María Luisa empezó a evocar lo bien que le sentaban a Godoy los uniformes que lucía en la Corte de España. Carlos IV hizo coro a su mujer. Los dos viejos instaron a Godoy para que se pusiera al punto los uniformes y así el visitante pudiera convencerse de que no exageraban. Godoy se resistía como una señorita cursi invitada a tocar el piano; pero las damas trajeron los uniformes y el favorito, delante del visitante y de los Reyes, se los fué poniendo y provocando con cada uno

de ellos la admiración y los elogios de todos.

Desfile patético del pasado, en escena grotesca que contiene todo el espíritu casero de la Corte española, la pequeñez, lo antinapoleón del precursor de Napoleón.

Manuel Godoy fué nada más que un hombre simpático. Y, no obstante, el hombre que despertó tantas simpatías y cariños tan fieles, fué luego el mismo que acabó sin ningún cariño, ni amistad, abandonado de todos. Abandonado de sus hijos, de los que no llevaban su nombre, pero sabían que era su padre, llevaban coronas, ejercían poder y podían fácilmente haberle auxiliado, y de los que llevaban su nombre. Abandonado también sucesivamente de sus mujeres, no ya de su primera mujer, la hermana de Carlos IV, a la que siempre afrentó, y que no tardó en abandonarle ni un minuto después de su caída, cuando las turbas invadieron su palacio de Aranjuez, sino que le abandonó en París la que fué su verdadera—y a la muerte de la anterior—legítima mujer, Pepita Tudó, por quien Godoy se había expuesto en sus tiempos de favorito a perderlo todo, perdiendo la protección de María Luisa.

Godoy se quedó solo en París, sin familiares, sin amigos, viviendo de la pensión—cinco mil francos anuales—que le pasaba Luis Felipe en agradecimiento por las pensiones magníficas que Godoy, primer ministro de España, había concedido a los Borbones emigrados, entre ellos, a la madre de Luis Felipe, en Barcelona.

Godoy era un pensionista de París que acudía todas las tardes al jardín de las Tullerías, donde los guardas y las niñeras le conocían, le dejaban jugar con los niños sin saber que "ce vieux monsieur" había sido un Napoleón.

maría rosa gonzález

retratos

Portal Fernández Concha 960

departamento 228

Los Noventa y Nueve Soldados de la Guardia

UN CUENTO DE BRET HARTE

I

Muestra la condición de los parroquianos del posadero de Provins



VEINTE años después, el gigantesco posadero de Provins hallábase mirando hacia una nube de polvo que se alzaba sobre el camino.

Tal nube de polvo denotaba la aproximación de un viajero. Habían sido muy escasos los viajeros aquella temporada en el camino entre París y Provins.

Alegróse el corazón del posadero. Volviéndose hacia la señora Perigord, su esposa, dijo acariciándose el blanco delantal:

—¡San Dionisio! Date prisa y extiende el mantel. Pon, además, en la mesa una botella de Charlevoix. Este viajero, que cabalga tan apresurado, debe ser, a juzgar por el paso, un monseñor.

En efecto: el viajero, que vestía el uniforme de mosquetero, al llegar a la puerta de la hostería mostraba no haber ahorrado fatiga al caballo. Arrojó las riendas al posadero y saltó al suelo con desenvoltura. Era un joven de veinticuatro años y hablaba con suave acento gascón:

—¡Tengo hambre, pardiez! ¡Deseo comer!

El gigantesco posadero hizo una reverencia y le guió a un pulido aposento, donde mostrábase una mesa cubierta de tentadoras viandas. El mosquetero, sin preámbulos, la emprendió con ellas. Aves, pescados y pasteles desaparecieron de delante de él. Perigord suspiraba como si presenciase una devastación. Una sola vez hizo una pausa el forastero.

—¡Vino!

Perigord trajo vino. El forastero trasegó una docena de botellas. Al cabo levantóse para partir. Volviéndose al posadero, que aguardaba, dijo:



—Cargadlo en cuenta...

—¿A quién? —preguntó Perigord con ansiedad.

—¡A Su Eminencia!

—¡Mazarino! —exclamó el posadero.

—El mismo. Traedme el caballo.

Y el mosquetero, volviendo a montar sobre su animal favorito, partió.

El posadero encaminóse lentamente hacia el interior de la posada. Apenas había llegado al patio, cuando el ruido de cascos le atrajo de nuevo hacia la puerta, donde hallábase a caballo un joven mosquetero de ligera y graciosa figura.

—¡Pardiez, querido Perigord, vengo hambriento! ¿Qué tenéis de comer?

—Caponés, venado, alondras y pichones, Excelencia —replicó el obsequioso posadero, inclinándose hasta el suelo.

—¡Basta!

El joven mosquetero echó pie a tierra y entró en la posada. Sentándose a la mesa bien provista por el cuidadoso Perigord, rápidamente la arrasó con tanta destreza como el llegado anteriormente.

—¡Vino, bravo Perigord! —dijo el joven y arrogante mosquetero tan pronto como pudo hablar.

Perigord trajo tres docenas de Charlevoix. El joven las vació casi de un trago.

—¡Abur, Perigord! —dijo con ligereza, moviendo la mano, cuando, precediendo al admirado posadero, se retiraba lentamente.

—Pero, Alteza... la cuenta —dijo el consternado Perigord.

—¡Ah, la cuenta! Cargadla...

—¿A quién?

—¡A la reina!

—¡Cómo! ¿Madame? (1).

—La misma. ¡Adiós, buen Perigord!

Y el gallardo forastero partió.

Sucedió un intervalo de quietud, durante el cual el posadero contempló afligido a su mujer. De repente le hizo salir el ruido de cascos sobre las piedras, y apareció en la puerta una aristocrática figura.

—¡Ah! —dijo el cortesano con gran amabilidad—. ¡Cómo! ¿No me engañan

mis ojos? No, es el alegre y sensual Perigord. Perigord, escuchad. Estoy hambriento. Estoy decaído. Quisiera comer.

De nuevo el posadero cubrió la mesa de viandas. De nuevo fué arrasada enteramente, como los campos de Egipto cuando la milagrosa lluvia de langostas. El forastero levantó la vista.

—Tráeme otro pollo, Perigord.

—Imposible, Excelencia: la despensa está completamente desnuda.

—Entonces, otra lonja de tocino.

—Imposible, Alteza; ya no hay.

—Bueno; entonces, vino.

El posadero trajo ciento cuarenta y cuatro botellas. El cortesano se las bebió todas.

—Se puede beber cuando no se come —dijo el aristocrático forastero con buen humor.

El posadero se estremeció. Levantóse el huésped para marcharse. Perigord se puso lentamente ante él con la cuenta, a la cual ocultamente había añadido las pérdidas sufridas por él a causa de los forasteros anteriores.

—¡Ah, la cuenta! Cargadla...

—¡Cargadla! ¿A quién?

—Al rey —respondió el huésped.

—¡Cómo! ¿Su Majestad?

—Ciertamente. Adiós, Perigord.

El posadero suspiró tristemente. Después salió y quitó el signo indicador de la posada, y luego dijo a su mujer:

(1) Título que, en la antigua monarquía francesa, se daba a las princesas. — (N. del T.)

LOS LIBROS DE MAS EXITO

CINCO ENSAYOS SOBRE DON JUAN, por Marañón, Maeztu, Azorin, Ingenieros, Pérez de Ayala. Prólogo de Américo Castro.. . . .	\$ 5.00
EL PODER SOCIAL, COSAS DE EUROPA Y OTROS ENSAYOS, por José Ortega y Gasset.. . . .	5.00
MEDITACIONES, por el Dr. Gregorio Marañón...	5.00
FOUCHE. Retrato de un político, por Stefan Zweig (2.a edición)... . .	5.00
DOÑA BARBARA. Gran novela americana de Rómulo Gallegos... . . .	6.00
BEETHOVEN, por Emil Ludwig..	2.50

Pida estos libros y los que desee en las

LIBRERIAS "CULTURA"

1165 HUERFANOS 1165. — CASILLA 4130. — 461 DELICIAS 463. — SANTIAGO

—Yo soy un hombre sencillo y no entiendo de política. Parece, sin embargo, que la comarca se halla perturbada. Entre Su Eminencia el cardenal, Su Majestad el rey y Su Majestad la reina... yo soy un hombre arruinado.

—Espera —dijo la señora Perigord—. Tengo una idea.

—Y es...

—Hazte mosquetero.

II

El combate

Al marchar de Provins el primer mosquetero, continuó a Nangis, donde fué reforzado con treinta y tres partidarios. El segundo mosquetero, llegando a Nangis en aquel mismo momento, se puso a la cabeza de otros treinta y tres. El tercer huésped del posadero de Provins llegó a Nangis a tiempo de reunir otros treinta y tres mosqueteros.

El primer forastero conducía las tropas de Su Eminencia.

El segundo conducía las tropas de la reina.

El tercero conducía las tropas del rey.

Comenzó la lucha, que fué terriblemente rabiosa por espacio de siete horas. El primer mosquetero mató a treinta de las tropas de la reina. El segundo mosquetero mató a treinta de las tropas del rey. El tercer mosquetero mató a treinta de las tropas de Su Eminencia.

Ahora se advertirá que el número de mosqueteros había quedado reducido a cuatro por cada parte.

Naturalmente, los tres principales mosqueteros se acercaron mutuamente.

Y simultáneamente lanzaron un grito:

—¡Aramis!

—¡Athos!

—¡D'Artagnan!

Y cayeron cada uno en brazos de otro.

—Parece que estamos luchando los tres mutuamente, hijos míos —dijo el conde de la Fère lúgubramente.

—Suspendamos esta guerra fratricida —dijo Athos.

—De buena voluntad —exclamaron todos.

—¿Pero cómo dispersar a nuestros partidarios? —preguntó D'Artagnan.

Aramis hizo un guiño. Los otros comprendieron.

—¡Echémoslos abajo!



Los echaron abajo. Aramis mató a tres. D'Artagnan, a tres. Athos, a tres.

Los amigos se abrazaron de nuevo.

—Como en otro tiempo —dijo Aramis.

—¡Qué conmovedor! —exclamó el serio y filosófico conde de la Fère.

El galope de un caballo les hizo suspender los abrazos. Una figura gigantesca se acercaba rápidamente.

—¡El posadero de Provins! —gritaron sacando las espadas.

—¡Perigord, abajo con él! —exclamó D'Artagnan.

—Esperad —dijo Athos.

La figura gigantesca hallábase junto a ellos. Y lanzó un grito:

—¡Athos Aramis, D'Artagnan!

—¡Porthos! —exclamó el estupefacto trío.

—El mismo.

Todos ellos cayeron en brazos uno de otro.

El conde de la Fère alzó lentamente las manos al cielo.

—¡Dios nos protege, hijos míos! Por diferente que sea nuestra opinión respecto de la política, no tenemos más que una opinión respecto de nuestros propios méritos. ¿Dónde podéis hallar un hombre mejor que Aramis?

—¿Que Porthos? —dijo Aramis.
—¿Que D'Artagnan? —dijo Porthos.
—¿Que Athos? —dijo D'Artagnan.

III

Muestra cómo el rey de Francia subió por una escalera de mano

El rey bajó al jardín. Recorriendo cuidadosamente el elevado paseo, llegó a un sitio exactamente debajo de las ventanas de *Madame*. A la izquierda había dos ventanas escondidas bajo el emparrado, y que correspondían a las habitaciones de *La Vallière*.

El rey suspiró.

—Hay unos diecinueve pies de aquí a la ventana —dijo—. Si yo tuviera una escalera de unos diecinueve pies de largo, podría alcanzar a la ventana. Esto es lógico.

De repente tropezó el rey en un objeto.

—¡San Dionisio! —exclamó mirando al suelo.

Era una escalera, precisamente de diecinueve pies de largo.

El rey colocó la escalera contra la pared. Al hacerlo puso el extremo inferior en el abdomen de un hombre escondido tras el muro. El hombre no gritó ni hizo el menor movimiento. Nada sospechó el rey. Ascendió por la escalera; pero la escalera no alcanzaba a la ventana. Luis el Grande no era hombre de gran estatura. Faltaban dos pies para que llegase a la ventana.

—¡Válgame Dios! —exclamó.

De repente la escalera fué levantada dos pies desde abajo. Con esto consiguió el rey saltar por la ventana. En un ángulo de la habitación hallábase en pie una muchacha de cabellos rojos y con una pierna defectuosa, y que temblaba de emoción.

—¡Luisa!

—¡El rey!

—¡Ah, Dios mío, señorita!

—¡Ah, Dios mío, sire! (1).

Pero un leve golpe que sonó en la puerta interrumpió a los amantes. El rey lanzó un grito de rabia; Luisa, un grito de desesperación.

Abrióse la puerta y entró *D'Artagnan*.

—Buenas noches, sire —dijo el mosquetero.

El rey tocó una campanilla. Apareció Porthos en el umbral.

—Buenas noches, sire.

—Detened a *M. D'Artagnan*.

Porthos miró a *D'Artagnan* y permaneció inmóvil.

El rey enrojeció de rabia hasta ponerse casi purpúreo. De nuevo tocó la campanilla. Entró *Athos*.

—Conde, detened a Porthos y a *D'Artagnan*.

El conde de la *Fére* lanzó una mirada a Porthos y a *D'Artagnan* y sonrió con dulzura.

—¡Por vida de...! ¿Dónde está Aramis? —exclamó el rey airadamente.

—Aquí, sire —y entró Aramis.

—Detened a *Athos*, a Porthos y a *D'Artagnan*.

Aramis hizo una reverencia y se cruzó de brazos.

—¡Deteneos vos mismo!

Aramis no se movió.

El rey estremeciéndose y palideció:

—¿No soy rey de Francia?

—Indudablemente, sire; pero nosotros somos también, separadamente, Porthos, Aramis, *D'Artagnan* y *Athos*.

—¡Ah! —dijo el rey.

—Sí, sire.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa, majestad —dijo Aramis acercándosele— que vuestra conducta como hombre casado es grandemente indigna. Soy abate, y reprendo tales indignidades. Los amigos que me acompañan, *D'Artagnan*, *Athos* y Porthos, jóvenes de pensamientos puros, también están atrozmente escandalizados. Observad, sire, cómo se ruborizan.

Athos, Porthos y *D'Artagnan* se ruborizaron.

—¡Ah! —dijo el rey pensativamente—; me dáis una lección. Sois jóvenes celosos y nobles, pero os encuentro un defecto, que es vuestra excesiva modestia. Desde este momento os hago a todos mariscales y duques, exceptuando a Aramis.

—¿Y yo, sire? —dijo Aramis.

—Vos seréis arzobispo.

Los cuatro amigos alzaron la vista y luego se precipitaron cada uno a los brazos de otro. El rey abrazó a Luisa de la *Vallière* siguiendo el ejemplo de ellos. Hubo una pausa. Al fin habló *Athos*:

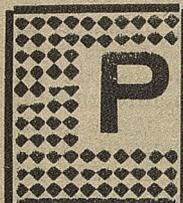
—Hijos míos, jurad que, por lo menos vosotros, respetaréis... al rey de Francia; y acordaos de que "Cuarenta años después" volveremos a encontrarnos.

(1) Señor, tratamiento que, en francés, se da a los emperadores y reyes exclusivamente. — (N. del T.)

arte

DIGNIMONT

Por JULIO E. PAYRO



PODRIAN dividirse las infinitas variedades de dibujantes en dos categorías: los que insisten y los que no insisten. Ello depende, en parte, del temperamento, en parte del público al cual se dirigen: unos trabajan para una humanidad de comprensión lenta, meticulosa; otros, para quienes entienden a medias palabras. Pueden ser grandes unos y otros: Rembrand no insiste, Durero sí; Ingres, Doré, Gavarni agotan minuciosamente el tema, mientras Guys y Daumier sugieren apenas, lo mismo que Goya.

Dignimont, como en verdad todos los principales artistas franceses contemporáneos, Matisse, Dunoyer de Segonzac, Edy Legrand, Daragnes, Hermine David, pertenece a la escuela de los dibujantes nerviosos y espontáneos, que captan con rápida ojeada y rasgo vertiginoso las mil imágenes del mundo, dejando al espectador la deliciosa tarea de completar a su modo, con los detalles sugeridos por su propia imaginación, la imagen esencial que ellos trazaron.

Veintitrés años tenía Dignimont, nacido en 1891, cuando estalló la guerra, y cinco años de anonimato bajo el uniforme separan sus primeras, modestas producciones para "Le Rire" del momento en que ese gran buceador de vidas oscuras, Francis Carco, descubrió su talento en Montmartre y lo lanzó a la luz de la notoriedad. Desde entonces, Dignimont ha hecho brillante carrera como ilustrador, enriqueciendo unos treinta volúmenes con sus dibujos incisivos, finos, intensamente expresivos, de alada realidad.

Dice Elie Faure, en uno de sus profundos ensayos sobre el arte, que hay que cuidarse de confundir el dibujo con la ilustración, el lenguaje más directo con el más indirecto, el que no reconoce intermediario alguno entre el universo y él, y el que trata de hacer sensible un texto, por no se sabe qué misterio de evocación y sugestión, al lector. Agrega que el objetivismo francés es responsable de la insuficiencia de la ilustración francesa con respecto a la anglo-sajona o la germánica, y que en el mundo moderno, todos los pueblos cuyo genio plástico es evidente, los italianos, los españoles, los flamencos, los holandeses, los franceses, los chinos y los hindúes, han dado ilustradores muy mediocres. En cambio, los alemanes, los ingleses, los norteamericanos, los japoneses y los persas, han producido ilustradores maravillosos, mientras que sus artistas creadores son, comparativamente, insuficientes.

Pero Dignimont tiene el mérito de aunar ambas condiciones, pues si por una parte comenta con singular comprensión, por medio de sus imágenes, el texto que se encarga de ilustrar, no deja por ello de ser un dibujante originalísimo y libre, cuyas creaciones tienen, aparte de su valor de comentario, una existencia propia, independiente. Ha logrado el milagroso equilibrio entre el objetivismo del dibujante y el subjetivismo del ilustrador, y ello se debe en parte, desde luego, al hecho de que ilustra principalmente obras de determinado ambiente—el de los bajos fondos—con el cual está asombrosamente identificado. Predominan entre los libros que ha enriquecido con sus dibujos los de Zola, Maupassant, Tristán Bernard, Courteline, Colette y Galtier-Boissière, todos

ellos de carácter más o menos realista, y sus ilustraciones para "L'Assommoir" son consideradas como la obra maestra del artista.

Decía recién que Dignimont pasó cinco años bajo las armas, en pleno período de formación. Nunca se hablará demasiado de la psicología de nuestra generación. Todos los individuos que, adolescentes o formados ya, entraron activamente en el conflicto o vivieron en su atmósfera inmediata, se caracterizan por un ansia de sensaciones y de realizaciones rápidas, por un hambre insaciable de vida, que se manifiesta inconfundiblemente no sólo en la esencia sino en la forma de las obras de arte, espejo de los caracteres de la época.

Por otra parte, la guerra ofreció una sucesión de espectáculos de horror y de estados de ánimo trágicos; todos los que pasaron por ese paroxismo tienen que contemplar con impasibilidad las escenas más simétricas de la vida corriente: no puede haber para ellos, en ningún caso, tragedia semejante a aquella que anida en el fondo tenebroso de sus recuerdos y, por comparación con el espanto de la guerra, considerarán sin emoción los espectáculos del drama sórdido o vicioso que les puede brindar la paz. Impulsados a explotar intensamente todos los momentos de una vida siempre amenazada, espoleados por un "memento mori" que significaba una realidad inmediata, no una eventualidad remota, pues realmente se moría a cada instante, la taberna y el amor venal fueron, sin complejas consideraciones, uno de los medios para combatir la espantosa pesadilla, de modo que sus escabrosas escenas no pueden tener, para ellos, el sentido que les da una humanidad serena y normalizada. Era distinta la atmósfera del cataclismo. El caos de la guerra trajo aparejada la liberación de los instintos, de todos los instintos. Ante el descomunal horror de la guerra, no hubo medias tintas, horrores relativos del vicio o de la bajeza.

Luego, el fuego lo purifica todo, y se concibe que los más refinados, los artistas, salieron del conflicto y de todos sus desbordamientos con un alma pura, con esa ingenuidad exquisita de Dignimont, que convierte en delicadas obras de arte sus imágenes aparentemente escandalos-

sas, caracterizadas por un sentimiento tan abstracto de la belleza de la forma, que no podrían ofender al censor más severo.

Con todo, es curioso que este hombre fino y emotivo que, según lo refiere Raymond Hesse, que lo entrevistó en su taller de la Isla San Luis, en París, vive rodeado de colecciones heterogéneas de juguetes de Nuremberg, de granjas y animales de cartón piedra, de soldados de plomo, figuritas de negros y pieles rojas e imágenes ingenuas de Epinal, se dedique con tanto fervor a dibujar los sórdidos conjuntos que le ofrecen marineros, apaches, tenebrosos y mujeres de mala vida en los lugares que frecuenta habitualmente. Podría atribuirse esta inclinación a la riqueza plástica de un ambiente muy mezclado y pintoresco, desde luego más característico—aunque menos recomendable—que cualquier otro de las grandes ciudades, al deseo de sorprender al natural los extraños contrastes que ofrece una figura de mujer en la promiscuidad plebeya de los bajos fondos y también, quizá, a la necesidad de recoger visiones fuertes, cuadros intensos como los recuerdos de un hombre que salió milagrosamente indemne de una catástrofe. Después de las grandes convulsiones históricas surgen siempre comentaristas gráficos de la vida del hampa, como Guys, Rops, Toulouse-Lautrec. Dignimont figura en esa categoría de dibujantes. Por otra parte, tiene pasión por el desnudo, y así como Gauguin fué a buscarlo en la ingenuidad paradisíaca de Tahití, Dignimont lo busca en la ingenuidad canalla de los puertos y los barrios bajos, con ese odio del modelo académico artificial y "poseur", al cual llega invariablemente el verdadero artista al cabo de unos años de escuela.

Discipulo del gran Roubille, dibujante tan certero como espontáneo, con quien trabajó en la Academia Julien, Dignimont se caracteriza, en cuanto a la técnica de su dibujo, por su línea sensible y firme por la imaginación con que sintetiza una forma por medio de trazos expresivos y ligeros. Al iniciarse en la carrera de ilustrador, se dedicó algún tiempo a la xilografía, y si bien las ilustraciones que hizo con ese procedimiento para "Le Chant de l'Equipage", de Pierre Mac Orlan y "Les Innocents", de Carco, revelan un maestro del género, por su riqueza, su sólida composición y su aguda síntesis, el grabado en madera no logró satisfacer al artista, demasiado libre y vivaz para someterse a una factura que, necesariamente, doblega la espontaneidad aunque requiera otras condiciones. Así, pues, Dignimont optó por el dibujo a pluma y el aguafuerte, que le han dado maravillosos resultados. A menudo sus grabados están

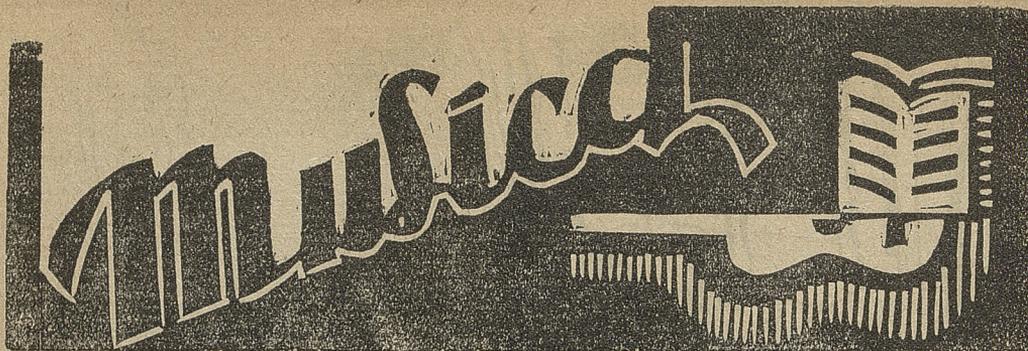
**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.



DIGNIMONT.—Campesinos franceses huyendo de la invasión

realizados con acuarela, por el procedimiento del "pochoir", con tonos finos, brillantes, claros que infunden una gracia infinita a las siluetas, de por sí delicadas, de sus personajes. Otras veces, en una figura trazada con mano liviana, sin insistencia, como al correr de la pluma, pero con una ciencia infalible, algún manchón obscuro viene a acentuar un movimiento

o una expresión. Todos sus modelos están sorprendidos en plena vida y se caracterizan por su profundo verismo. Y sin embargo, hay algo en esos dibujos que está más allá de la vida y la realidad visible. Contemplados por un artista que, ante todo, es un dibujante, asimilados por un alma pura, tienen la vida intensa y abstracta del dibujo: no son seres, sino trans-



UN RETRATO DE DARIO MILHAUD

MAXIMILIANO, Opéra Histórica



DARIO Milhaud se tuerce un pie por lo menos diez veces al año; la fatalidad es inexorable, pero él se resigna con un estoicismo sonriente. Sus amigos deploran la debilidad de sus tobillos, admiran su entereza de carácter y —considerándolo bien— no maldicen una inacción dolorosa, pero que, en ciertos casos, apresura la venida al mundo de una nueva obra maestra.

Sin llegar hasta el extremo de asegurar que cada una de las ochenta obras del genial compositor es el resultado de una “extorsión violenta de sus ligamentos”, no es exageración afirmar que su reposo forzado en Viena tuvo una importancia decisiva para el desarrollo de su “Maximiliano”, ópera que significa más de un año de trabajo.

Jamás estuvo la cuna de un príncipe rodeada de tantas hadas, como lo estuvo “Maximiliano” del concurso de las circunstancias.

A bordo de un navío inglés, Darío Milhaud volvía de Estados Unidos... Para entretener sus horas de ocio, el autor de *La Creación del Mundo* leía con furor obras de ocasión y en desuso. Leyó, especialmente, *El Viaje a México*, itinerario de un oficial belga del cuerpo expedicionario. Y este “encuentro” en alta mar con Maximiliano, lo cautivó profundamente; del desventurado hermano de Francisco José sabía ya de antemano lo que nadie ignora: había visto el cuadro de Manet, en Londres...

Poco a poco, de su lectura se destacó la figura dramática del emperador fusilado; Milhaud ama lo histórico, y, por otra parte, la emperatriz Carlota vivía aún.

“He aquí un magnífico tema para una ópera histórica”, se dijo. Y no volvió a abandonarlo esta idea.

Apenas había vuelto al boulevard de Clichy, cuando se detuvo ante el cartel de un librero.

“Acaban de aparecer —leyó— las Memorias del Conde Corti: Maximiliano y

cripciones plásticas de seres humanos. Este extraordinario poder de abstracción, que nunca lo lleva al grafismo estéril, es la defensa de Dignimont contra el contacto del mundo exterior que podría contaminarlo.

Parece dibujar en sueños, como vive en sueño, más allá del bien y del mal. Apaches, tenebrosos, marineros, legionarios, mujeres de mala vida, todos ellos son para el gran dibujante otras tantas figuri-

tas curiosas y picantes, como los soldados pintarrajeados, los pieles rojas, las gallinitas y los corderos que lo rodean en el taller desde el cual contempla las barcas que surcan el Sena. Son personajes de su ensueño, que en su ensueño se portan bien. Poco importa que, fuera de él, sean otra cosa. Como dice Mac Orlan: “Dignimont contempla la vida como un mercado de chucherías de dimensiones y riquezas excepcionales”.

Carlota. Volvió a revivir en su memoria la extraña aventura del archiduque convertido en emperador; todo el drama mexicano pasó de nuevo ante sus ojos.

Y, sin vacilar, compró las *Memorias*, dos volúmenes de 800 páginas.

Poco más tarde, Milhaud partió a Bélgica. En ese país, donde se le ama y se representan tanto sus obras, el autor de *Las Desgracias de Orfeo* supo la muerte de la emperatriz Carlota.

Carlota de Bélgica, que llegó a ser archiduquesa austriaca, después emperatriz; Carlota, que tanto había deseado un trono, fué a París para implorar a Napoleón III que dejara algunas tropas al otro lado del mar, que consintiera nuevos créditos. ¡Desgraciada emperatriz, que, cansada de mendigar, amenaza, grita “a Napoleón y a Eugenia, que son aventureros, asesinos”; soberana de un día, que se hunde dominada por la locura y sucumbe, por fin, sin recuperar la razón!

En Bélgica los periódicos fueron fecundos en detalles; salían a luz las biografías; fotografías, reproducciones, documentos de toda especie, llenaban las vidrieras.

“Mi tema crecía”, dice Milhaud. “La documentación se iba formando.”

En Viena sucedió lo decisivo. Darío Milhaud estaba donde su editor cuando sobrevino una de sus torceduras.

Y el compositor, que aparentemente contaba un poco con esta oportunidad, se abismó en el contenido de las páginas de las *Memorias del Conde Corti*.

—¿Qué lee usted? —le preguntó su editor.

—Sospecho —respondió Milhaud— que usted lo sabe demasiado bien. Me gustaría hacer una ópera a base de eso...

E indicó las *Memorias*.

—¿Sobre eso? Pero Werfel ha escrito un Juárez y un Maximiliano que se ha representado dos mil veces.

¡Una obra del gran novelista, ensayista y dramaturgo austriaco Francisco Werfel sobre el drama mexicano, esto sí que era interesante!

Ambos autores se dieron cita.

Milhaud no habla alemán, Werfel no habla francés.

Se cruzaron —dice Milhaud— algunos saludos, algunas sonrisas. “Y después me dicen: “La obra no está traducida. Se la van a contar...”

En este instante aparecía en Viena la primera traducción francesa de la obra.



MILHAUD.—Es un amante de lo histórico

Milhaud no habla alemán, Werfel no Hoffmann se encargó del libreto, que sometido escena por escena, al juicio crítico de Werfel, mereció toda su aprobación.

La versión francesa fué examinada, a su vez, por Milhaud.

Armando Lunel, autor de *Las Desgracias de Orfeo*, *Ester de Carpentras*, hizo una adaptación condensada de la obra. Este fué el texto que sirvió a Milhaud para su interpretación musical.

Para Alemania, el Dr. Hoffmann hizo una traducción del texto de Lunel que corresponde a la prosodia, a la inversa de lo que pasó, hace poco, con el *Pierrot lunar* de Schonberg, cuyo texto —de Giraud— traducido al alemán, fué en seguida traducido al francés.

(A la pág. 33)

PENSION de VEJEZ

Muchos años pasaron antes que alguien se preocupara de un modo especial de la suerte que corren millares de seres que—precisamente cuando les corresponde un justo descanso, como fruto del esfuerzo y el trabajo de toda una vida—se debaten en la miseria y en la penumbra del olvido.

Hombres y mujeres derraman en la juventud sus energías y su dinero, olvidándose que la vejez ha de llegar con su cortejo de calamidades.

Pero una Sociedad de PREVISION que con legítimo orgullo exhibe sus 26 años de existencia, obtuvo entre otras enmiendas a sus Estatutos Sociales el AUMENTO DEL CINCUENTA POR CIENTO sobre la renta corriente a TODO pensionado que tenga 60 años o más de edad, beneficio del que están disfrutando más de 100 asociados de

La Cooperativa Vitalicia

Sociedad de Rentas fundada en Valparaíso en 1907.

60,000 suscriptores han ingresado en sus registros desde su fundación, entre los cuales más de 5,000 pensionados han recibido hasta la fecha alrededor de DIEZ MILLONES DE PESOS EN RENTAS.

Una pequeña cantidad mensual economizada, de acuerdo con sus medios y deseos, le dará derecho, después de 10 años de pago,

a una renta para toda la vida

Consúltenos, pida folletos e informes, sin compromiso, en nuestras oficinas, que tendrán sumo agrado en atenderlo.

VALPARAISO
O'Higgins 1281
Teléf. 2347. Casilla 1627

AGENCIAS
locales en todo
el país

SANTIAGO
Agustinas 1460
Teléf. 84748. Casilla 1703

EPIFANIO ARANCIBIA MOLINA, Agente General, Santiago.

Sintonice siempre nuestra RADIO DIFUSORA COOP. VITALICIA

HORAS DE TRASMISION:

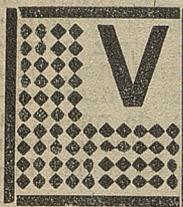
En la mañana de 10 a 12 - Tarde de 2 a 5 P. M. - Noche de 9.30 a 11.30

TELEFONO 63893

SANTIAGO

EL 17

Por MOISES MORENO



VIA acercarse dos grandes círculos; negros, brillosos, terribles. ¿Qué serían? Bajo los espantosos círculos algo como una punta reluciente, afilada y tremenda. Y se acercaba todo eso, que semejaba un par de tijeras, con las puntas unidas, que estuviera colocada a la inversa. ¡Y más abajo! Habría asegurado que era una trampa para cazar lobos. Eran como las puntas blancas, finas, aceradas de los cepos, que se abrían y se cerraban intermitentemente. Cerró los ojos. Ya los ojos cerrados, comenzaron los oídos a atrapar ávidamente, con usura, reflexivamente. Sentía algo como un golpecito continuo, persistente y tenaz. A ratos claro, musical. De pronto algo apagaba todo eso. Era un ruido ronco, que golpeaba sin tino, desorganizándose, perdiéndose, apagándose unas veces; otras reventando claro y largo. El cerebro rebotaba pesadamente, jadeante, luchando por recobrar su agilidad. Abrió los ojos. Nebuloso, blanco era, casi todo. De pronto, como las aguas gaseosas, por segundos, todo fué diluyéndose. Los tonos fueron tomando posición, movimiento y forma. Algo negro y silencioso se movía, quedamente. Se deslizaba sin parecer rozar el suelo ni nada. Y arriba los círculos oscuros y relucientes, la punta afilada y los cepos.

¡Alguien! Y la palabra surgió quizá de dónde y se perdió chocando y dando tumbos por el cerebro. ¡ALGUIEN!... Pero ¿qué era todo esto? ¿Y él? ¿Quién era él?... La figura, "alguien", dejó de moverse y quedó frente a él. En medio de cada uno de los círculos brillantes algo más relucía, moviéndose rápido... Cerró de nuevo los ojos. Otro ruido suave, de dos en dos, arrastrado, percibió... Y el oído recibió claramente: "el 17"...

"El 17"... ¿Qué significaba eso?... Funcionó el cerebro... ¡Ah! ¡Un número! Abrió de nuevo los ojos. Y todo entonces adquirió relieves, seriedad. Como en el lienzo de un cine, todo fué apareciendo claramente. ALGUIEN estaba allí. Un hombre. Los círculos no eran tan grandes; eran lentos... Pero ¿cómo no se le había ocurrido antes?... Pero, ¿quién era ese Alguien? Y él mismo, ¿quién era? Al frente, por un ventanal amplio, la claridad sorprendente del sol... ¡Maravilloso! ¡Sol! ¡Vida! Y las dos sílabas le dieron un abrazo rápido, estrecho y feroz, y apretó los párpados, abismado; extendió las manos ávidas como para atrapar, asir o aferrarse a algo y un zumbido ronco, repentino, pateó en su cerebro; algo como un estallido y... nada. Silencio.

Cuando despertó estaban tres hombres graves, cejijuntos y vestidos de negro, a su lado. Miró hacia donde presumía sentir los pies. Había una monja blanca, en-

(De la pág. 31)

Milhaud escribió la música de Maximiliano en Aix-en-Provence, de junio a octubre de 1930, y lo adaptó a la orquesta en abril de 1931.

Los tres actos y los nueve cuadros de la ópera histórica tienen por fondo decoraciones de Pedro Pruna; la "mise en scene" es de Chéreau. La orquesta será dirigida por el señor Francisco Ruhlmann.

Si Maximiliano desempeña bien su papel, Juárez domina la obra. Pero el indio "vencedor del anciano sobrino de Carlos Quinto" no aparece en escena. Al final

de la ópera, en Querétaro, después de la despedida de Maximiliano, las tropas revolucionarias desfilan, la multitud se reúne, se toca el himno nacional —de Darío Milhaud— concordando con el tema de la obertura. Y es la llegada próxima, inminente, triunfal de Juárez, la que no se ve.

Es una verdadera ópera, con canciones, coros, dúos... Mucha acción y mucho dramatismo.

La música... después de Proteo, La Creación del Mundo, El Hombre y su Dios, ¿qué se puede esperar sino una obra maestra?

juta y con lentes. Algo leve, insignificante. Se le figuró un gatito nuevo, blanco y con antiparras. Y rió. Y los tres hombres negros, automáticos, a un compás, se inclinaron...

"Delirio" emitió una voz que antes, pero mucho antes, quizá qué cantidad de tiempo atrás, se le antojó haber oído a un ventrílocuo pobre de un circo de ultra barrio... ¿Delirio? Esos tres hombres no sabían lo que decían. Pero no era eso lo importante. Lo que le interesaba saber era en qué parte se encontraba. Porque "él" estaba, claro que estaba, en alguna parte. Y habló. Pero, cosa rara. Nadie pareció oírle. Los tres seres negros no demostraron asombro ni nada. El "gatito blanco con lentes" se fué. Hierática, sin transcendencia, y justamente, como los gatos, sin ruido. Uno de los tres hombres le preguntó el nombre y la dirección... Pero, cómo, ¿no lo sabían ellos eso? Algo tan sencillo. El vivía en... ¿Dónde vivía? ¡Ah! Era una calle que llevaba el nombre de algo que se le antojaba valioso... Pero en verdad no recordaba... Aún más... Le parecía recordar haberse cambiado el día antes... ¿Su nombre? Su nombre era... era... Y los puntos suspensivos se alinearon en su cerebro... Pero, qué terrible... ¡No recordaba! Eran buenas las bromas con los demás, pero no con sí mismo... Resultaba antipático no recordar su nombre... Antonio, Diego, Miguel, Alberto, insinuó la voz del ventrílocuo... No. ¡Nada de eso! Y comenzó a taladrar en su memoria... De pronto el terror le cogió las sienas... ¡Dios mío! —pensó—, ¿quién soy yo? ¿Quién? ¿Quién? Y la palabra "quién" se le apareció en el fondo desnudo de la muralla en grandes caracte-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO

teres negros, que después cambiaron al rojo, al verde, al azul, etc. De pronto la "q" se tomó, se abrazó a la "n" y empezaron una danza frenética, atroz y sensual; las demás letras, entusiastas, bailarinas, comenzaron a danzar, a descoyuntarse, a deshacerse, y luego, de nuevo, la pared fué quedando blanca y triste como los escenarios abandonados entre las butacas en línea.

Otro de los tres hombres negros y torvos abrió la boca y exhaló, grave, sentencioso: "Amnesia".

¿Qué significaba eso? Amnesia... Amnesia. Le pareció de pronto palabra japonesa. "Made in Japan" ¡Qué ridículo! Eso lo había leído en alguna parte... Le pareció recordar algo como una alcancía muy complicada, de madera liviana... Pero, realmente, nada tenía que ver la alcancía con esos tres señores inconcebibles que le rodeaban como a un fenómeno, y pronunciaban palabras raras. Eran, seguramente, unos bromistas. El del medio le pareció que tenía un aire burlesco de mono titi. Ese, seguramente, era el culpable de todo... Y, además, ¿quiénes eran ellos? ¿Qué hacían con él allí, en un lugar tan extraño? Ya antes había preguntado y nadie le había hecho caso. Pues, volvería a preguntar. Y gritó sus preguntas. Las dijo a gritos, con alaridos. Pero,

DE LA PLANTACION

CAFÉ

TE

MATE

UNA SOLA ORGANIZACION

AL CONSUMIDOR



Los Depósitos "TRES MONTES"



Y luego empezó a recordar. Los labios de una mujer sonreían

¡cosa rara! Ninguno de los presentes pareció extrañarse de su tono de voz. Eso sí que esta vez le contestaron, por turno, como cuando se adquieren entradas para una función...

—“Doctores”...

—“Hospital”...

—“Enfermo”...

¡Ah! De modo que ellos eran doctores. ¡Qué gente graciosa! El no estaba enfermo. Se sentía muy bien. Pero muy bien. Y se los iba a probar... ¡Qué se creían! Se alzó de la cama ágilmente y se paró en el suelo, al lado del lecho. Ninguno de

los doctores pareció extrañarse. Y entonces, para demostrarles su agilidad de hombre sano, se dió a caminar por la sala a grandes zancadas, como sabía que caminaban las avestruces. ¡Pero qué gente rara! Los tres médicos seguían allí mismo, empecinados, observando la cama y hablando quedadamente entre sí. Y a él no le hacían caso. ¿Quién era el enfermo? ¿El, la cama, o ellos? No dudaba ya de que podían estar locos. Y se iban animando, in crescendo, como esas marchas que tocan las murgas de provincia. Uno de ellos se fué a un armario y comenzó a

manipular como un salvaje entre una serie de frascos; largos, gruesos, encorvados, extraños, terroríficos... Otro dijo: "El caso es grave..." "La debilidad", masculló el otro loco, y agregaba: "hay que obrar rápidamente"... "Puede ser fatal"...

¿A quién se referían esos señores? Y en vista de que no le hacían caso, decidió fugarse. Allí estaba la puerta entreabierta. Se veía un corredor largo, albo, interminable, y a los lados puertas, muchas puertas, con números. Un olor vagabundo a medicamento, a morgue, transitaba aturdiendo. A instantes se veía cruzar a algunos hombres de delantal y gorro blanco sin hacer ruido. Por aquí debe ser —pensó rápidamente— y muy despacio, como un escapado de cárceles, fué abriendo la hoja de la puerta. Dió una mirada hacia atrás y vió que los tres locos negros no se habían movido del lado de la cama. Discutían, al parecer, agriamente, pues uno, el de voz de ventrílocuo, gesticulaba como un señalero de trenes que estuviera ebrio. No se podía encontrar mejor ocasión. Y por la puerta ya abierta se deslizó, callado, riendo interiormente. De pronto vió surgir, quién sabe de dónde, a la monjita, al "gatito blanco con lentes"; venía a su encuentro acompañada de otro personaje extraño. Una especie de jabalí en dos patas y también con lentes. Pero era estúpido. Allí todo el mundo usaba esos adminículos, que antes jamás le habían llamado la atención. ¡Qué caros deberían ser!... Por lo menos... Pero lo interesante era huir. Los nuevos personajes parecían no haberse dado por entendidos de su presencia... ¡Qué ladinos! —pensó— "Hacen como que no me han visto, para cuando esté cerca atráparme descuidado". Y de pronto decidió devolverse... Ya encontraría otra ocasión. Dió media vuelta, tomó un aire ausente, ensayó a silbar algo y, haciéndose el distraído, entró nuevamente a la sala. Pero, ¡cosa extraña! Los tres fantasmas negros ahora se habían tornado blancos. Le causó risa. Y siempre alrededor de la cama. Sigilosamente, contentiendo, apretando la risa que le causaba la broma —porque estaba seguro de que se trataba de una broma— se llegó al lecho y, haciendo como que no les había visto, se acostó de nuevo, decidido a ver hasta dónde llegaban con la jugarreta. Apenas se había acostado, uno de ellos se apoderó de uno de sus brazos; otro extendió algo blanco, blando y húmedo y le frotaron el músculo, a conciencia, como si se tratara de labarle el brazo. El de lentes, muy serio, como cumpliendo un ritual, sin entusiasmo, se acercó a él con

un tubo pequeño, reluciente al sol. ¿Qué cosa irían a hacer con él? De pronto sintió algo como una picadura en el músculo. Y los tres ex hombres negros se retiraron a un rincón, sombríamente. Uno dijo: "se mantendrá una hora"... "Quizá", dudó otro... Y entonces tuvo la seguridad de estar entre locos. Eso ya era peligroso. Debería irse cuanto antes. Lo malo estaba en que no le quitaban la vista de encima. La cosa era seria. Casi espeluznante. Trajeron sillas, que parecían escarabajos de patas retorcidas, amenazadoras, y se instalaron decididos a su lado.

De pronto le fué acometiendo una sensación extraña, agradable. Algo como si le hubiesen echado aire con una bomba, como a las cámaras de los automóviles. La pieza se fué ampliando rápidamente; las paredes parecieron desunirse en sus esquinas. Los tres hombres blancos fueron adquiriendo proporciones gigantescas inverosímiles, cinematográficas. Ya la broma le pareció estúpida. Y de nuevo las paredes se juntaron, la pieza tornó a su estado anterior y los tres fantasmas claros quedaron junto a él... Sintió un mal-estar intenso en el brazo que pronto fué desapareciendo, paulatinamente. Sentía el cerebro liviano, sin fatiga... De nuevo pensó que no había recordado quién era... Y ahora comenzó a recordar... Veía ante sí una calle pequeña, con casitas de dos en dos, de un solo color... Algo como una mujer rubia en una ventana y él mismo en una puerta... Los labios de la mujer rubia se movían y percibió, como algo muy lejano, un nombre: Erik... Ese era su nombre... Pero todo eso era lejano, vacilante; le pareció más bien una postal de esas que se reciben para saludo de año nuevo. Pero, después de todo, eso le pareció superficial. Nada le importaba. Sentía un bienestar inexplicable. Qué amplitud. Fueron desapareciendo los límites. Los músculos parecieron irse adormeciendo y el aire estaba como purificado en absoluto y el sol irradiante, esplendente, le estaba maravillando.

Oyó decir: "muerto"... ¡Qué locos! Eso no se podía referir a él... Cómo se les podía ocurrir semejante cosa... Y de pronto le asaltó la idea de hacerles una broma. Cerró blandamente los párpados para hacerse el dormido... Y estaba así todo tan agradable que el sol parecía ir pasando a través de los párpados. Ya no le dieron deseos de abrir de nuevo los ojos. Se sentía tan bien así... La mujer rubia... La voz era ya más lejana... Erik... Y de pronto tuvo la seguridad de haberse dormido sonriendo...

¿Quién Fué Arnaldo de Villanova?

Por JUAN MARIN



DURANTE aquel gran siglo XIII que—al decir de uno de los más agudos ingenios de hoy—fué el período más brillante de la historia de la inteligencia humana, siglo en el que el espíritu del hombre pareció desplegar sus más gigantescos esfuerzos por empinarse sobre las tinieblas y captar las primeras luces de un amanecer que apenas se anunciaba, floreció uno de los genios más complejos del panorama de las ciencias y de la cultura: Arnaldo de Villanova.

Estudiado por algunos historiadores—Haureau, Champier, Paul Dieppen, etc.—sólo desde hace un tiempo relativamente escaso, este extraño personaje comienza a salir de un injusto olvido y a presentarnos algunos aspectos de su múltiple y polifacético conjunto.

Encarnación casi perfecta del arquetipo de su siglo, Villanova hunde las raíces de su inteligencia en las zonas oscuras de la kabala, y de los libros sagrados, estudia, observa, almacena, eleva sus ojos al cielo y funde como en un crisol, dentro de su privilegiada inteligencia las ciencias del pasado con las ciencias del porvenir.

Nacido en un lugar de Cataluña, cercano a Lérida, el año 1250, comenzó desde muy temprano sus formidables disciplinas de estudioso, demostrando una verdadera sed de conocimientos, que había de hacer de él a poco andar uno de los más brillantes humanistas de su época.

Poseído de febril inquietud viajó al través de los diversos centros científicos y filosóficos de Europa y se inició en todos los secretos del ocultismo, en las prácticas de las ciencias positivas y en las brumosas especulaciones de la teología.

Fué a la Universidad de Montpellier en donde se le conoció con el apodo de “El Catalán”, doctorándose en ciencias teológicas; en Nápoles estudió medicina con Juan Caramida y otros maestros; en Valencia aprendió la lengua de los árabes y conoció a fondo su medicina, su química, el “averroísmo” y los misterios de la magia de los califas.

Difícil y punto menos que imposible es resumir la gama infinita de su sabiduría y ponerla en relación con su vida agitada

de político, diplomático, médico, fraile, escritor, consejero de monarcas y privado de papas.

En sus obras que son numerosísimas y abarcan todos los estratos de la inteligencia humana, luchan las dos poderosas tendencias que hicieron crisis durante el siglo XIII, es decir, la inclinación hacia la metafísica especulativa por una parte y el despuntar de la ciencia experimental por la otra.

No es de extrañar por lo tanto que como dice Finke, “de un lado, Arnaldo permanece en las brumas del arabismo galénico y sigue la tradición, mientras del otro se presenta como un empirista prudente que emplea el material entonces existente con toda la libertad de juicio que los tiempos podían permitir”.

Maestro y amigo predilecto de Raimundo Lulio, aquel gran alquimista calumniado por la historia y enaltecido por la leyenda, cuya verdadera personalidad deberíamos ir a buscar en los tratados de magia y no en los insípidos poemas de Víctor Hugo o de Gaspar Núñez de Arce; Arnaldo buscó también, como él, en el secreto de los laboratorios muchas verdades científicas encubriéndolas bajo el manto dialéctico que usaban los alquimistas para escapar al fanatismo de su tiempo. Aplicó la astrología a la medicina y la química a la terapéutica, debiéndose señalarlo como el verdadero precursor de aquel gigante semi-dios caído que fué Teofrasto Paracelso, quien asestó el primer golpe al corazón de la ciencia aristotélica y de la medicina galénica.

Fué un hijo de su época, cuya vida misma hacía equilibrios entre dos aspectos: el del sabio que junto a las retortas trasmutaba los metales, fabricaba el elixir de larga vida y aún más secretamente, construía un cuerpo humano al cual ensayaba dar vida, y el del mundano frívolo y galante, consejero del Rey Jaime II de Aragón, diplomático de España ante la inquieta corte francesa de Felipe el Hermoso, o en la del Rey Federico de Sicilia o en la de Roberto de Nápoles. Ocultando cuidadosamente sus secretos, este gran hombre que estudiaba en los animales y en las plantas la biología real y seguía el movimiento de los astros y el curso de sus enfermos, era a la vez el dogmático

enciclopédico, el teólogo, el artista, el consejero de varios Papas en las cortes de Roma y de Avignon en periodos de crueles luchas religiosas.

La inquietud y el peligro de la hoguera iban permanentemente pisando las huellas de sus pasos y los episodios dramáticos son innumerables en su vida.

Durante su permanencia, en París, escribió entre otros su "Tratado sobre la venida del Anticristo" en afinidad con las ideas que predicaba aquel abate Joachim de Flore, fundador del "joachismo" que prendió entre las congregaciones religiosas y los fieles como una violenta llamada. Basados en el estudio de los libros de Daniel y de las profecías de la Sibila Eritrea, los adeptos de esta secta anunciaban la próxima venida del Anticristo e instaban a los fieles a prepararse para el duro trance de su llegada mediante la práctica de la pobreza, la sencillez y la virtud. Los altos círculos eclesiásticos franceses y el oficialismo de la iglesia romana condenaban enérgicamente tal movimiento; contra sus adeptos se esgrimió la excomunión y luego toda clase de persecuciones. Las discusiones en los cerrados cenáculos religiosos se hicieron violentas. En una ocasión, en pleno consistorio de Cardenales de París, Arnaldo, levantándose, expresó que "la mayoría de los allí presentes eran productos del Diablo".

Poco tiempo después, terminada su misión diplomática ante el Rey Felipe, el doctor catalán abandonaba París, cuando fué detenido por los oficiales de la Universidad, hecho prisionero y sometido a juicio por herejía. Gracias a las grandes

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

influencias diplomáticas y a la decidida protección del Ministro Guillermo de Nogaret, el estadista de mayor poder político en ese momento, escapó de una segura condena a muerte. De allí fué a Roma para tener una explicación con el Papa Bonifacio VIII—una de las figuras más célebres de la iglesia por su fanatismo de alto vuelo y por su larga y famosa disputa con el monarca francés—y hacerse perdonar la publicación de uno de sus libros. Llegado al Vaticano en medio de la atmósfera de hielo que la corte papal hacía en su torno, luego de unas cuantas entrevistas con el pontífice, Arnaldo apareció transformado en el médico íntimo del Papa, y algunas semanas después llegaba a ser su consejero privado.

—"Pero si este hombre es un sabio en todas las ciencias, exclamaba el pontífice. No sé cómo lo hemos desperdiciado durante tanto tiempo..." Por supuesto que la corte papal pensó que Bonifacio VIII era víctima de un embruje de parte del extraordinario catalán. El hecho cierto es que, gracias a ciertos preparados y fórmulas cabalísticas y a la confección de un "denario"—medallas de metal forjadas de acuerdo con ciertos ritos de magia—la salud del Papa mejoró del todo y en agradecimiento por ello Bonifacio obsequió a Arnaldo un castillo en donde éste se re-

RADIO LETRAS

LA ESTACION QUE SE PERFECCIONA CADA DIA

Trasmisiones de 12 a 12.30 horas y de 20.45 a 23.30

Director Técnico: JUAN RAGGIO

Speaker: LORENZO SOLIVELLES

Estudio: Edificio "La Nación", 9.º Piso - Teléfono 65066 - Santiago

tiró para escribir su "Régimen Sanitatis" dedicado a dicho pontifice.

Vale recordar aquí que Bonifacio VIII fué sospechoso de herejía después de su muerte y precisamente a causa de su amistad con Arnaldo y de los trabajos de investigación filosófica y teológica a que juntos se dedicaron. Y no hay que olvidar tampoco que a este Papa correspondió el triste honor de destruir la Orden de los Templarios y aprisionar mediante traición y en cobarde celada al Gran Maestro de la Orden, Jacques De Meloy, que después de 20 años de encarcelamiento fué quemado vivo en la plazuela de Notre-Dame en París.

Era además Arnaldo un escritor tan elegante y fecundo que rehusó siempre revisar sus manuscritos. Su "Breviario Práctico" es uno de los mejores tratados de medicina de la Edad Media y fuente matriz de muchos otros libros, pero su obra magna la constituyen sus "Parábo-las", serie de 345 aforismos dedicados a Felipe el Hermoso.

En Montpellier—que fué la primera Universidad laica europea y la abuela de todas nuestras universidades—Arnaldo fué profesor de medicina y uno de los más reputados médicos prácticos.

Sus influencias políticas en España y Sicilia no tuvieron límites.

Sus libros suman más de un centenar, pero de ellos sólo una sesentena han sido publicados. El conocido historiador Neuburger ha dicho que "en su obra están representadas todas las inquietudes y todas las corrientes médicas de ese tiempo: hipocratismo, galenismo, algo de los árabes y de los salernitanos", y el profesor Castiglioni de la Universidad de Bolonia agrega que "por encima de todas las doctrinas, alimenta en sus libros un gran amor por la verdad y una gran experiencia de las cosas y de los seres".

Murió después de una larga vida, en Génova el año 1312. Sus últimos años los consagró casi por completo a sus estudios

religiosos. Legó a las ciencias numerosos descubrimientos, sea en el campo de la medicina, sea en el de la química. Uno de sus libros trata de la curación de la esterilidad femenina, otro de la predeterminación de los sexos. Fué además docto en cuestiones sexuales. El jurista Juan Andrea asegura en uno de sus escritos que Arnaldo obtuvo la trasmutación de los metales, especialmente del cobre en oro; es difícil poder comprobar la verdad de tal aserto, pero lo que ha quedado bien en claro es la concepción que él tenía respecto de la unidad de la materia y de que "todos los metales están fundamentalmente compuestos de una sola substancia."

En el testamento filosófico de Raimundo Lulio quedan semi-ocultos bajo las nieblas de una clave de magia unos cuantos de los principios que Arnaldo y el famoso alquimista Geber preconizaron.

De él podría decirse lo que José Martini ha dicho de Raimundo Lulio, o sea "que buscó los secretos de la mecánica de la inteligencia y la clave de las ideas humanas y que representó las tendencias intelectuales más avanzadas de su siglo".

El comentador Elíphas Levi se ha ocupado aunque no extensamente en sus libros del aspecto kabalístico y hermético de la obra de Villanova.

Por nuestra parte nos hemos limitado en este breve artículo a bosquejar algunos aspectos de su extraña personalidad y cooperar así a la obra de sacar del olvido a uno de los filósofos más profundos y de los sabios más serenos y heroicos de la humanidad.

Terminaremos nuestro comentario citando un juicio de Charles V. Langlois que resume sus estudios sobre el ilustre catalán en las siguientes palabras, demasiado elocuentes para no transcribirlas literalmente: "fué uno de aquellos experimentadores que silenciosamente incrementaron el tesoro de los conocimientos positivos en plena edad de oro de la escolástica".

Talleres Gráficos "Gutenberg"

CONFECCION ESMERADA EN TODA CLASE DE IMPRESIONES

Antes de ordenar la confección de una REVISTA, PERIODICO, MEMORIA o FOLLETO, consulte a estos TALLERES

AMUNATEGUI 884-890 —:— TELEFONO 81967 —:—SANTIAGO

Libros interesantes dignos de la intelectualidad

QUE OFRECE

EMPRESA LETRAS

ELIJA :

¡POBRE GENTE!, por Fedor Dostoyevsky... ..	\$ 2.00
VIDAS SIN SECRETO, por Vicki Baum... ..	4.00
CONTRADICCIONES DEL MUNDO MODERNO, por Francis Delaisi... ..	5.00
DURANTE LA RECONQUISTA, por Alberto Blest Gana... ..	16.00
TRAGEDIA EN LOS MARES DEL SUR, por Somerset Maugham... ..	2.00
PAGES D'UN JOURNAL, por Lily Iñiguez... ..	20.00

Y ahora, en párrafo aparte, vamos a decirle cuál es el libro de más éxito de todo el año, el que causará una revolución en las letras, el que gustará más:

Sangre y Petróleo en el Oriente

POR ESSAD-BEY

(el autor de Stalin)

Maravillosa novela autobiográfica que relata la vida en Baku, aquel punto preciso donde el oriente y el occidente se dan la mano. Las aventuras y las desventuras del hijo de un señor de Baku y de una revolucionaria rusa.

Pida éste y todos los libros de nuestro fondo general a

Empresa Letras

En Santiago: HUERFANOS 1041, Casilla 3327. — En Valparaíso: PEDRO MONTT 1722. — Casilla 3805.

Visite nuestra librería central, HUERFANOS 1041, donde encontrará un gran surtido de ediciones nacionales y de libros importados, a precios muy convenientes.

PEKIN

Por JORGE MAX ROHDE



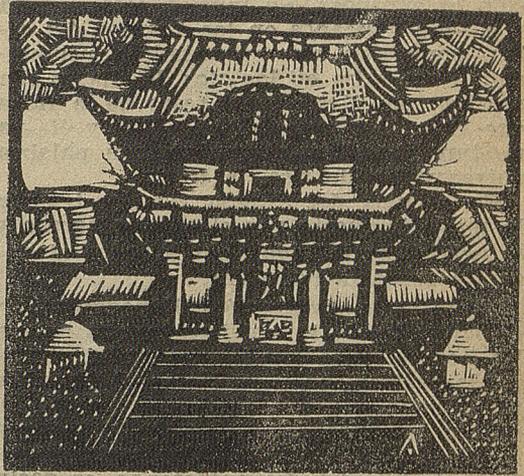
LEVAMOS tres horas de atraso... El tren cruza pesadamente la lechosa claridad de la noche. En las plataformas, centinelas, semidormidos, abandonan, sobre el equipaje de los viajeros, los fusiles y las bayonetas; así cumplen aquellos centinelas con un concepto de defensa, impuesto por el turista occidental, pues los fusiles y las bayonetas alejan virtualmente a los "bandidos chinos", de famosa y acaso metafísica memoria. Confiados, percibimos el panorama interior y exterior.

En el pasillo, contemplan la inglesa y la americana, pertenecientes a la estación invernal, el astroso comerciante chino, cual si en él descubrieran calidades de letrado mandarín. Una voz argentina (en el sentido geográfico) conversa con un sonriente japonés; una voz vanqui, inspirada por el "whisky", mantiene, en el aire abrumado de suciedad, los giros de cierta romanza napolitana; una voz grave ilustra al concurso entre la creciente inspiración del "whisky" y el desventurado ruido del vagón. Añadid la pareja juvenil, olvidada de la historia presente y pretérita, que irisa de gracia la hora que para nosotros—no tan felices—posee obscuridades de plomo. Añadid aún al matrimonio escocés, que manifiesta, al menos en el pergeño, el triunfo de la mujer y la derrota del hombre, y contrasta el concepto que abriga sobre el punto la cultura oriental.

Esta gente, movida por pequeñas y grandes pasiones, se contiene en el pasillo del tren.

En tanto, la ventanilla ofrece el paisaje nocturno. Ondulado por el sonoro vaivén de la máquina, casi secular. La luna envuelve la inmensa planicie, rayada de sementeras y moteada de tumbas. Ráfagas se vuelan por las rendijas de la ventanilla. La niebla azulina ennegrece, allá en el horizonte, sobre murallas almenadas. Nos penetra la atmósfera de esta tierra, sepulcro y granero.

El silencio impera, poco a poco, en los viajeros, aun en los de sensibilidad más basta. No hay duda que dicho fenómeno obedece a cierta causa sobrenatural: las



En concertados pedestales, surgen tazones de oro y plata.

ondas etéreas transmiten mensajes, no de los hombres, sino del misterio.

Nos preguntamos: ¿Es la historia, varias veces milenaria, en su muchedumbre de dinastías imperiales, en sus invasiones de tártaro y manchúes, en sus luchas fratricidas? ¿Es la historia, que orienta al mundo en la brújula, diezma al mundo en la pólvora, instruye al mundo en la imprenta y suaviza al mundo en la tersura de la porcelana? No; señorea en nosotros algo más inefable que la historia, elemento conceptual; señorea en nosotros el alma de la raza, cuyo fluido llega a través de las sementeras y las tumbas, que pueblan el paisaje rural chino, en donde la muerte fecunda a la vida.

El tren corre en un corredor de formidables murallas. El cuadro es de belleza alucinante. La luz lunar, muy difusa, polvorea, con artificio escenográfico, las pétreas bambalinas... Al fondo, el telón, concertado con dos dramas, humano y divino. El tren se detiene en medio del escenario... ¡Estamos en Pekin!

Son las dos de la mañana; sin embargo, la estación bulle de despiertos chinos. Entre sombras parlantes, ganamos una puerta; cruzamos una calleja, cuyo nombre—Rue de la Muraille—se lee en el gas del farol, nos internamos en otra calleja: Rue Marco Polo, y, siempre a pie, llegamos al Hotel des Wagons-Lits.

¿Estamos realmente en Pekín? Contemplad el salón del hotel que nos recoge: en el vértigo de las flautas y los platillos yanquis se arrastran las parejas cosmopolitas del "charleston", vestidas con la misma elegancia de las parejas que bailan en el Berkeley londinense, frecuentado por el príncipe de Gales. La decoración es suntuosa. La música cesa... Ella y él—multiplicados en los ángulos del salón—conversan con encantadora volubilidad; él se mira en los ojos de ella, y ella persigue, en el techo, el resto de la frase que floreció en sus albios. Ella y él—ya no tan juveniles—comentan, con palabra entrecortada de risa, la fiesta...

En el país del dragón celeste, triunfa la moda impuesta por el cinematógrafo y el periódico; la moda que a todos alcanza; la moda democrática.

¿Esto es la civilización? Renegamos, en el supuesto, de la civilización que acerca los horizontes, abate las montañas, ilumina las selvas, no para hacer al hombre más bueno, pues el hombre conserva, como en la época cuaternaria, el instinto carnívoro de la guerra, sino para despojarle de las virtudes autóctonas, es decir, del genio original, y darle luego un traje cortado en las tiendas neoyorquinas. El "color local" se sacrifica en provecho del mercader yanqui, dueño, hoy día, de las lonjas universales.

La enorme curiosidad nos empuja a la calle muv de mañana. Manos y gritos frenéticos obscurecen la puerta del hotel... Elegimos, al azar, el "ricksha", cochecito de dos ruedas arrastrado por un mogol... Pues, en marcha... Recorremos el barrio de las legaciones, enclavado en la ciudad tártara, el cual es una fortaleza de murallas guarnecidas de almenas y cañones. Aquí, la legación británica; allí, la nipona; acá, la rusa; allá, la italiana, que posee una iglesia de estilo jesuítico. Este barrio, Estado sui generis, mantiene un ejército y goza de fueros ejecutivos y judiciales, dentro de la República china.

Recorremos cierta avenida de la ciudad tártara. El aire pasea libremente por la urbe trazada por Gengis-Kan. En las anchas aceras, asombradas de sauces y acacias, transitan carros. En la terrosa calzada transitan los vendedores que portan

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS,
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

canastas colgantes del hombro. En las bocacalles, siempre hay un tablero, cubierto de comestibles en preciosas tazas de porcelana, y al cual acuden, como moscas, los transeúntes.

Recorremos cierta calleja de la ciudad imperial. Al fondo de la calleja, el foso de agua verdinegra aclara en el blanco del balaustre y en la aérea curva del puente. El muro, listado de óleos violáceos, sombrea húmedamente el lugar. Cruzamos una puerta; cruzamos un semi-abandonado jardín de dalias y lilas; cruzamos un largo túnel de lobreguez secular.

He aquí uno de los patios de la ciudad Violeta o Prohibida; en el inmenso patio, circundado por muros rojizos, traza el mármol de tinte marfileño, sobre baldosas, arabescos de balaustres, curvas de puentes, saltos de pedestales. El patio es realmente grandioso. Ganamos la escalinata que aun conserva el "sendero" consagrado al Hijo del Cielo: una faja pétreo, decorada de dragones, por donde se deslizaba el palanquín que conducía al monarca.

Comienza a lloviznar. El hilo del agua mansa, piadosa, zurce los desgarrones de las mayólicas amarillas y los estucos violáceos. Nos recogemos en el pabellón—profanado, desde hace cuatro lustros, por los simples mortales—cuya techumbre reposa en una selva de troncos cubiertos de admirable laca; en medio de la selva se levanta el trono imperial. Desde aquí la perspectiva es de hermosura increíble; contemplamos, a través de las puertas de la Máxima armonía, de la Fuerza espiritual o de la Sidérea paz, numerosos patios, tan desmesurados, en tamaño y en belleza, como el que hemos visto. El Hijo del Cielo, sentado en aquel trono, dominaba, a través de dichas puertas, a la urbe de traza geométrica. Y en tal dominio hubo determinación astral, pues el trono señala el centro de Pekín, y, según los geógrafos, Pekín se halla en el centro de China y China en el centro del mundo, y, según los cosmógrafos, la estrella del Norte reposa del peregrinaje celeste en el centro de la ciudad Violeta, es decir, en donde ahora estamos.

La lluvia teje sonrosadas nieblas en los estucos violáceos, en las mayólicas ama-

EXTREMIMIENTO, FLATULENCIA
ACIDES EN EL ESTÓMAGO
HIDROMAGNESIA
LA MEJOR DE LAS LECHES DE MAGNESIA
ES UN CUIDO, HIDRATADO DE MAGNESIA
LABORATORIO CHILE
SANTIAGO

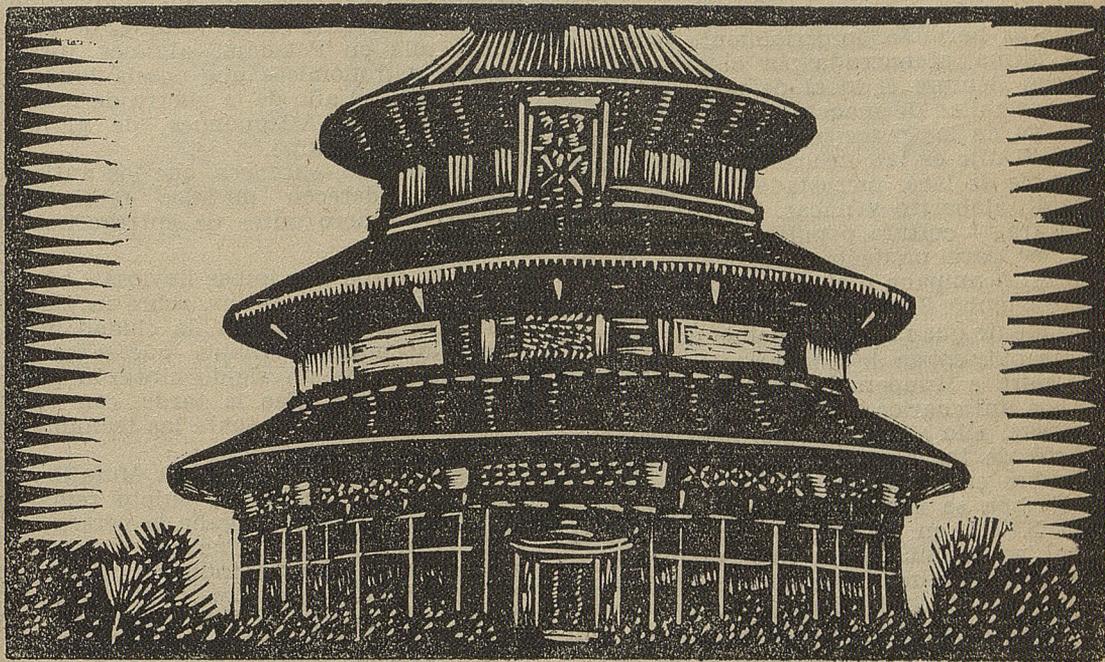
rillas, en los balaustres, en los puentes, en las escalinatas marmóreas. En concertados pedestales, surgen, entre las nieblas, espantosas bestias de hierro, gallardas cigüeñas de bronce, tazones nielados de oro y plata.

Recogemos en esta opaca edad, las mismas imágenes que aquí recogió — hace siete siglos — Marco Polo, cual si la estrella del Norte que fija, en Pekín, el centro de la tierra, trajese en su luz — a despecho de los hombres destructores y tornadizos — la forma y el color de la ciudad Violeta, maravilla de la humana arquitectura.

su rostro trasunta gravedad senil. Los pliegues, que ocultan los ojos, parecen cargados de experiencia.

El mogol nos lleva a la ciudad china. Doblamos la puerta purpúrea, coronada con el castillo del vigia, de muros blancos y techumbres gualdas.

Esta avenida — semejante, en anchura, a los Campos Elíseos de París — divide a la ciudad china. Las casas ostentan cornisas de madera, labradas como encaje, y, generalmente, de color dorado. Cuelgan de las cornisas papeles y géneros, garabateados de letras, las cuales proclaman las virtudes del comercio. Afanosa muchedum-



Un pabellón soberbio de la Ciudad prohibida

El mogol nos lleva al parque Central, situado dentro de las murallas imperiales. Bajo la finísima lluvia destifien los ardientes colores — verde, azafrán, amarillo — de la bandera que agita el abanderrado de cierto colegio. Una familia se desayuna en un quiosco; el padre, vestido con un hábito talar de lustrina cenicienta; la madre, vestida de blusa azul, pantalón negro y tocada con un pañuelo de seda. El padre fuma, perezoso; la madre se incorpora y con la ayuda de dos bastones, pues los pies mutilados, dentro de medias claras y chapines oscuros, incapacitan el paso natural, va en busca del hijo, el cual, encaramado en el muro de la alberca, hunde su cabeza en el agua lóbrega. Mirad, ahora, al hijo: aun no alcanza la edad de la razón; sin embargo,

bre invade las aceras y la calzada. Suena incesantemente la campanilla de los "rickshas"; empero, nuestro cochecito, aquí y allí, embiste desprevenidas espaldas. Claro está que el aire hierve de protestas... Logramos apartarnos de las interjecciones y los puños iracundos. El remolino humano nos asfixia en la almóndea, instalada al aire libre. Las ofertas y las demandas, en chillonas voces, comentan admirablemente el tono subido de las sedas, expuestas, con sus dragones de realce, en mostradores que ganan la calle.

El mogol nos introduce en cierta calleja. Los aleros se comunican por medio de carteles y gallardetes. La calleja, poblada de olores, ropones azulados y gritos destemplados, parece una enroscada, viscosa

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

sierpe. El mogol nos introduce en sórdidas casuchas de anticuarios.

¡Cuántas maravillas atesoran los anticuarios de la calleja, y también los de la calleja vecina, y aun los de la calleja lejana, pues Pekín es la ciudad de los anticuarios! Asombra el buen gusto en las inspiraciones de una fantasía inexhausta: todo es hermoso, imperialmente hermoso. La forma, atenaceada por el espíritu, alcanza siempre el ideal de perfección: ya en las tallas de madera, ya en los marfiles, ya en las porcelanas, ya en los broncees. El dije es tan insuperable como aquel mueble de laca, incrustado de jade, lapislázuli, alabastro y nácar. Se piensa en la cultura — cultura popular — que fué menester para producir la deliciosa ataujía de esta campana o el estupendo relieve de este biombo. Se piensa en nuestro engraido Occidente que mira por encima del hombro a un país capaz de brindar tales muestras de pura e insuperable belleza.

Los anticuarios nos dirigen miradas recelosas; ello se comprende, pues los "bárbaros de tez blanca" gozan de muy mal nombre en China.

Europa se fija especialmente, en el siglo XVIII, en el Celeste Imperio, en el cual se vislumbra un arte prodigioso y un suelo óptimo en simiente. Y Europa agasaja al Hijo del Cielo... Los museos pekinéses conservan regalos de la casa real de Francia y de Inglaterra, a los cuales el Hijo del Cielo, montado en el dragón, respondía con alguna porcelana que perturbaba de admiración codiciosa a los príncipes cristianos.

Inglaterra — en la primera mitad del siglo XIX — burlando la pragmática de la ciudad Violeta, trafica con el opio. El gobierno chino confisca, en cierta ocasión, dicha droga, ya consignada al gobierno inglés. El negocio se despeja por medio de las armas. En la "guerra del opio" la fortuna sonríe a Inglaterra, la cual recobra dicha droga y, además, se cobra la tierra, de Hong-Kong.

Inglaterra — a mediados del siglo XIX — aliada a Francia, decide imponer un castigo, siempre hay una causa, al Celeste Imperio. Lord Elgin y el barón Gros, jefes de los ejércitos justicieros, logran saquear a Pekín y destruir el palacio de Verano, cuyas colecciones enriquecen, hoy día, los museos de París y Londres y aun — por

un extraño designio — nuestro museo de Luján, donde figura un juego de sala perteneciente a aquel palacio.

China — a fines del siglo XIX — se alza, en defensa de su tradición y sus derechos conculcados, contra los "bárbaros de tez blanca". Varias potencias imponen, de nuevo, silencio, por medio de las armas, al clamor nacionalista de este pueblo. En el año 1900 las calles de Pekín manan sangre. Oriente y Occidente se vinculan en el horror carnicero de la muerte. Oriente, claro es, no restaña, sus heridas; Occidente se consuela con los magníficos trofeos conquistados en la urbana batalla. (Baste un ejemplo: recordamos haber visto en los jardines de Sans-Souci, allá en Potsdam, algunos instrumentos astronómicos que poseía hasta el año 1900 — el año de la guerra de marras — el Instituto Astronómico, de gloriosa memoria, de Pekín).

¿Qué mucho, entonces, que los anticuarios nos enderecen miradas recelosas y exijan el dinero antes de entregarnos la mercancía?

Cae la tarde con nubes lluviosas, esmaltadas suavemente de luz, sobre la ciudad china, la ciudad tártara, la ciudad imperial y la ciudad prohibida, que se contienen, dentro de un rígido cinturón almenado, en Pekín. Cae la tarde, con vagarosa, íntima dulzura, sobre las techumbres rojas y gualdas.

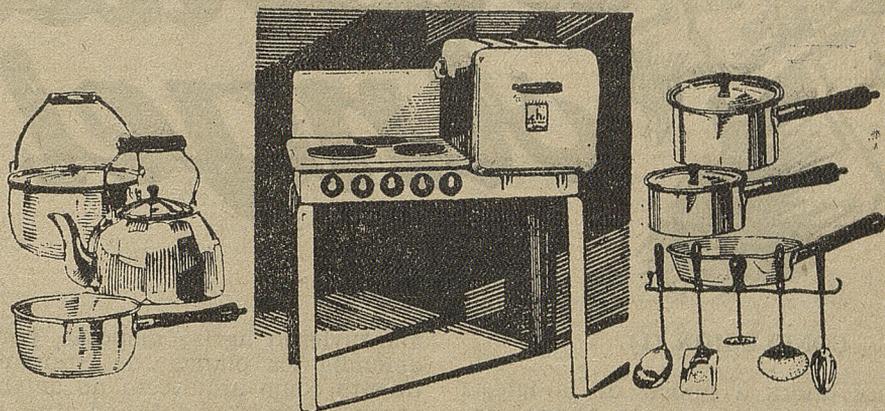
Vagamos por la Rue de la Muraille. El barrio de las legaciones, sujeto remanso en un mar humano, engaña la percepción, pues el aire húmedo trae, de vez en vez, el clamor de la urbe indígena, y, de vez en vez, cerca de nosotros, vibra el clarín de la guardia que maniobra en el recinto de la embajada americana.

En aquel clamor y en este clarín se recoge la historia de Oriente y de Occidente; pero la historia compuesta por los hombres.

Hay otra historia que escapa al albedrío de la raza blanca y amarilla; hay otra historia, cuyos anales arrancan del misterio de la vida y no concluyen en la muerte, porque un misterio mayor los dilata en anales metafísicos; hay otra historia que cruza, al caer la tarde, por los muros predestinados de Pekín: la del espíritu, universal e indivisible.

DOMINE SUS DOLORES
CON UNA TABLETA DE
DOMINAL
BASE: ALIODO ACETILSALICILADO Y CAFEINA
LABORATORIO CHILE-SANTIAGO

La Mejor Oferta del Año



La Cocina Eléctrica Nacional

SE LE ENTREGA INSTALADA Y FUNCIONANDO, CON
UNA BATERIA DE ALUMINIO Y FACILIDADES DE PAGO. TENDRA LAS
VENTAJAS INSUPERABLES DE

ECONOMIA

LIMPIEZA

RAPIDEZ

DE SU BUEN SERVICIO LE RESPONDE LA

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.

SANTIAGO, VALPARAISO, QUILPUE, LIMACHE, QUILLOTA, SAN
FELIPE, LOS ANDES, SAN BERNARDO, SAN ANTONIO, VALDIVIA



VIDA de Miguel Ángel

CONCLUSION (1)

Y vamos ahora a hablar de la iglesia de San Pedro, obra a la que Miguel Ángel, lleno de fe y de unción religiosa, se dedicó con la invencible energía que tanto le caracterizaba.

Encargado por Pablo III, y reiterado por su sucesor Julio III, el artista florentino aceptó la colosal empresa de edificar la magnífica construcción generosamente, sin percibir retribución alguna y a pesar de que nunca se había dedicado a la arquitectura.

Aquel privilegiado hombre iba, pues, a demostrar, como muy contados genios de la esplendorosa época, que para él, en arte, los inconvenientes no existían o eran escollos ante los cuales su inspiración, deteniéndose, se elevaba potente y hermosa, como la ola.

Poeta, pintor, escultor, ingeniero, demostró cumplidamente, en diferentes ocasiones, ser un arquitecto genial. Su famosa cúpula de San Pedro es el testimonio más honroso.

Pero, lo mismo que para el decorado de la Capilla Sixtina, ¡cuántas luchas, cuántas contrariedades hubo de soportar! Ciertamente, su naturaleza era fogosa e indócil; mas ¿y la maldad, y la envidia de los que por mil medios mezquinos le combatieron?

Ya hemos hablado de San Gallo, rival tan rastrero como Bramante. El autor de la iglesia de la Paulina, y Miguel Ángel

mantuvieron agrias disputas, porque éste defendía los planos de Bramante, cuyo talento como arquitecto no dejaba de reconocer. Por añadidura, en otras ocasiones se hallaron también en desacuerdo, como, por ejemplo, en las fortificaciones del Borgo, obra en la que, por encargo del Papa Pablo III, intervinieron ambos artistas. Miguel Ángel, cuyos planos fueron aceptados, anuló los de San Gallo, con lo cual el rencor de éste aumentó lamentablemente.

Cuando San Gallo falleció, Miguel Ángel, que continuaba los trabajos de San Pedro—especialmente la cúpula, obra concebida por él, porque el resto del grandioso edificio se ejecutó, como ya se ha dicho, con arreglo a los planos de Bramante,—descubrió una importante malversación de fondos, realizada en la época de San Gallo. Con su franqueza habitual lo delató, cosa que le produjo no pocos disgustos, porque los cómplices de tal delito (contratistas, abastecedores, etc.), coaligados contra el escultor, le hicieron víctima de miserables alumnias.

De tal modo le persiguieron con sus ataques insidiosos, encubiertos primeramente, en voz alta y sin recato después, que hasta la gente llegó a dudar de la buena fe de Miguel Ángel.

En efecto, decíase—propalado por los enemigos—que Miguel Ángel, gran escultor, no sabía una palabra de arquitectura, y que su proyecto no podía ser más disparatado.

“A fines de 1550—refiere Vasari,—cuando regresé a Roma, la cábala San-Gallescá (así llama el arquitecto de la Galería de los Oficios a los enemigos de su maestro

(1) Esta biografía empezó a publicarse en el N.º 19.

Miguel Angel) renovó sus complots contra el escultor, determinando a Julio III a convocar una Asamblea en San Pedro, en la que se reunirían los conservadores y admiradores de esta iglesia, los cuales debían probar claramente a Su Santidad que por torpezas de Buonarotti se había agrietado dicho edificio.

“Estos pobres hombres le acusaban de no haber abierto más que tres ventanas para las tres capillas, porque no se suponían cómo iba a construir la cúpula, y habían convencido al viejo cardenal Salviati y a Marcelo Corvino, que después fué Papa (Marcelo II), de que el interior del templo carecería, casi por completo, de luz.

“Reunida la Asamblea, el Papa explicó a Miguel Angel el objeto de la convocatoria, o sea las quejas de los denunciantes.

—Me gustaría ver y oír a esos señores.

—Aquí estamos—repuso el cardenal Marcelo.

—Pues bien, Monseñor—le contestó Miguel Angel,—encima de esas tres ventanas habrá otras tres en la cúpula.

—¡Pero de eso no me habíais hablado nunca!—interrumpió el cardenal.

“Miguel Angel le replicó vivamente, sin poderse dominar:

—Yo no estoy obligado a decir a Su Eminencia ni a nadie lo que debo o pienso hacer. Vuestro oficio es el de procurar los fondos y librarse de los granujas; en cuanto a la construcción, eso es de cuenta mía exclusivamente.

“Y luego, volviéndose hacia el Papa, le dijo:

—Ved, Santo Padre, lo que voy ganando. Si las molestias y contrariedades que tolero no son de ninguna utilidad para mi alma, bien pierdo mi tiempo y mi trabajo.

“Su Santidad, que le quería mucho, contestó, poniéndole las manos en los hombros:

—No dudéis de que, en efecto, hacéis mucho por vuestra alma y vuestro cuerpo.”

Terminada la reunión, en la que Miguel Angel salió triunfante, el Papa le prodigó mil atenciones, encargándole varios trabajos y protegiéndole eficazmente contra las asechanzas de sus enemigos y rivales.

Durante algunos años la lucha enconada, infatigable, continuó. Describir los mil disgustos sería trabajo—aquí impertinente—de muchas páginas. Lo esencial es que a los ochenta años bien cumplidos Miguel Angel terminaba San Pedro, la más atrevida y hermosa obra arquitectónica, en la que el genio florentino tuvo muy en cuenta los admirables trabajos

ya realizados por su contendiene Bramante y por Brunelleschi.

En el considerable período de tiempo invertido, Miguel Angel realizó también otros trabajos, como la Porta Pia, la reconstrucción del Capitolio, San Giovanni dei Fiorentini y la conversión de la gran sala de las termas de Diocleciano en un templo magnífico consagrado a Santa María de los Angeles.

También ejecutó varias esculturas que dejó sin concluir. Una de ellas, admirable a juzgar por lo que afirma Vasari, la destruyó casi completamente, porque la mala calidad del mármol no le permitía trabajar a su gusto...

La piedra y la gota, que desde mucho tiempo antes le aquejaban, agravaron su dilatada senectud. Cuéntase que a los ochenta y cinco años iba a vigilar, montado a caballo, las obras de la gran basílica.

Luego le faltó la vista. Ya no escribía ni cartas ni versos. Sus amigos leales, sus discípulos, acudían a verle, escuchando con respeto y ternura al ilustre anciano.

A mediados de febrero le atacó la fiebre, y, aunque se resistió cuanto pudo, por fin guardó cama. El día 18 de dicho mes (1569) murió, conservando hasta el último instante toda su maravillosa lucidez, su amplio y privilegiado entendimiento.

Miguel Angel dejó, al morir, ocho mil escudos y tres estatuas sin concluir: San Pedro, La Piedad y Jesucristo con la cruz a cuestas.

El cadáver, por disposición del Papa (Pío IV), iba a ser enterrado en San Pedro; pero, cumpliendo los deseos de Miguel Angel, fué trasladado a Florencia, secretamente por cierto, porque los romanos se negaban a que los restos de tan sublime hombre salieran de la Ciudad Eterna.

En la iglesia de Santa María della Croce, no lejos del monumento del Dante, yace el gran artista de El juicio final. Ochenta y ocho años tenía cuando lanzó en Roma su último, robusto suspiro.

Es imposible, no ya estudiar, sino ni siquiera enumerar las obras, los rasgos más salientes de un talento tan complejo, de un hombre tan excepcional, que vivió cerca de un siglo.

Desigual, brusco en su arte como en su temperamento, enorme, solemne, gran-

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
C.A. CONSUMIDORES DE GAS
510, DOMINGO 1061, SANTIAGO

dioso, Miguel Angel asombra, subyuga, avasalla. Los frescos de la Capilla Sixtina y el Juicio final son obras colosales, pirámides incommovibles en la historia del arte. Y deploramos, ahora que se presenta ocasión, los retoques y modificaciones, no todos afortunados, de que el Juicio final ha sido víctima en diferentes ocasiones. Cierto es, por otra parte, que la rudeza de Miguel Angel pintó desnudos tal vez harlo "naturalistas", de los que—ironía curiosa—hubo de sonrojarse hipócritamente el vicioso "Aretino..."

"Miguel Angel—dice Vasari—estaba dotado de una imaginación tan sublime, que muy a menudo no podía expresar con las manos sus grandes y terribles pensamientos.

"Por este motivo dejó sin concluir infinidad de obras, y poco tiempo antes de su muerte quemó un montón de dibujos, bocetos y cartones que hubieran permitido conocer los medios a que recurría para llegar a la perfección.

"Se vé que repetía, que recomenzaba una cabeza nueve, diez y doce veces, antes de encontrar la expresión que quería darle y acostumbraba a decir que "había que tener el compás en la vista y no en la mano".

Además, nunca hizo un retrato, exceptuando el de su íntimo amigo Tomaso dei Cavallieri, pintado en un cartón, y el del desventurado Biagio. "Le inspiraba horror copiar una persona viva—añade Vasari.—a no ser que estuviese dotada de una hermosura incomparable."

Pocos ejemplos hay como el de Miguel Angel, de artistas consagrados a su arte. Y no era un misántropo. Cuando se refugiaba en su cuarto para trabajar, no estaba solo. Célibe y hurafío, tenía, sin embargo, una amada ideal, pura, nobilísima...

Preguntóle en cierta ocasión un sacerdote:

—Miguel Angel, ¿por qué no os casáis? Así habiérais tenido hijos, a quienes habríais legado vuestras obras maestras.

Y el escultor, sonriendo con sonrisa de iluminado, repuso:

—Tengo una mujer que me basta y me sobra, una mujer que me ha perseguido siempre: es mi arte; mis obras son mis hijos.

Dejó numerosos discípulos, y su influencia ha sido honda, enorme. Muchos, empero, exageraron la admirable "terribilidad" del genio, incurriendo en la extravagancia, en la retórica gárrula, huera y artificiosa.

Miguel Angel no fué nunca un colorista. El mismo no se recataba, en su tienda con el incomparable Rafael, para

proclamarlo. Su Juicio final, su techo de la Sixtina revelan—y en ello están conformes todos los críticos—que era un dibujante-pintor formidable. ¡Qué estudios anatómicos los suyos!...

Y, como escultor, es grandioso. Comunicó al mármol tembores, calideces, acentos rotundos y escalofriantes de cosa viva. Bajo su cincel, la materia cobraba una vida pasmosa. Dícese que al terminar Moisés, Miguel Angel, sorprendido de que aquella figura tan llena de vida no rompiera a hablar, le dió el último martillazo exclamando:—¡Parla, cane! (¡Habla, perro!)

En las esculturas que dejó sin concluir, se ve lo que el talento de Miguel Angel hacía con un informe bloque de piedra. Aquellos trozos van a hablar, a suspirar, a vivir. Suscitan el respecto de lo que está germinando; ofrecen el divino espectáculo de la creación que surge hermosa, pero gallarda, triunfal, de las sombras alucinantes de la nada...

"Miguel Angel—dice el notable crítico Román Rolland—estalló como una tempestad en el cielo, cargado de nubes, de Florencia. La tempestad se fraguaba desde hacía tiempo, sin duda, por la extraordinaria tensión de la inteligencia y de la sensibilidad italiana, que debía terminar con la convulsión savonarolista.

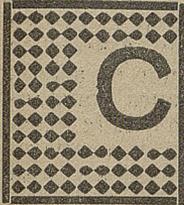
"Pero nada análogo habíase visto hasta entonces. Miguel Angel pasó como un huracán. Y cuando pasó, acabó para lo sucesivo la Florencia espiritual y amable de los Lorenzo de Médicis y de los Botticelli, de los Verrocchio y de los Leonardo. Toda la dulzura de vivir y de soñar, todo el espíritu de observación, toda la poesía aristocrática y mundana, toda el alma elegante y sutil del quattrocento, todo fué harrido de una vez. Y mucho tiempo aún, después de que hubo pasado, el arte continuó envuelto en el torbellino de esta alma desencadenada.

"Ni un solo rincón quedó al abrigo de la tormenta, que invadió todas las artes a la vez. Miguel Angel fascinó la pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía. Les infundió el vértigo de su fuerza y de su idealismo enloquecedor. Nadie le comprendió y todos le imitaron. Cada una de sus grandes obras—el David, el cartón de la Guerra de Pisa, la cúpula de la Sixtina, la capilla de los Médicis, el Juicio final, San Pedro—reinó sobre generaciones de artistas, avasallándolas. De todas estas obras irradiaba una pujanza despótica. Pero esta pujanza emanaba, sobre todo, de su propia personalidad, de aquella vida inmensa que abarcó casi un siglo."

FIN

PARERGA

Por JOSE ORTEGA Y GASSET



COSMOPOLITISMO.— En el paisaje de la postguerra se acusan, entre otros, con creciente claridad dos fenómenos que, al ser enfrontados, facilitan su recíproca definición. Uno de ellos es el internacionalismo representado por la Sociedad de las Naciones, otro es el cosmopolitismo de ciertas minorías intelectuales.

La Sociedad de las Naciones contaba con grandes medios para llegar a constituir un poder real y eficiente en la vida europea. Se la ha dotado con abundantes recursos económicos, se ha hecho amplia propaganda de su institución, encontraba en cada país fuertes partidos políticos organizados que simpatizaban con sus propósitos. Sin embargo, la Sociedad de las Naciones no ha logrado conquistar corporeidad alguna en la existencia histórica. Es un fantasma nato que arrastra un sino espectral. No es una fuerza nueva que intervenga de manera apreciable en el proceso universal. Por lo menos —y esta dimensión relativa del fenómeno es la única que ahora interesa— existe una enorme desproporción entre los medios con que cuenta y la realidad que posee. El internacionalismo que aspiraba a instaurar no ha avanzado un solo paso. Las naciones son hoy más nacionalistas, menos internacionalizadas que en 1919 (1).

En cambio, desde 1920, sin que nadie se lo haya propuesto ni lo haya enunciado como programa, sin acto alguno ni siquiera intención de propaganda, sin aparato ni instrumento de ninguna clase, ha acaecido el hecho de que la gente mejor del gremio intelectual en Europa y América se encuentra, sin saber cómo, reunida en la más estrecha convivencia. No se sabe si lo más sorprendente de este fenómeno es la rapidez o la espontaneidad con que se ha producido.

En cada país hay una o varias docenas de hombres que se sienten más próximos de otros individuos habitantes en otros Estados que del resto de su propia nación.

(1) Cuando Ortega y Gasset escribió este artículo estaba muy lejos la época en que la S. de las N. iba a fracasar en sus gestiones para imponer la paz en el Lejano oriente y en Sudamérica.

Sin premeditarlo, se sorprenden en todo instante atentos a lo que esos espíritus lejanos hacen o dicen. Mas aún, por una extraña telepatía, que procede de la armonía preestablecida entre sus almas, presenten los pensamientos de esas mentes afines.

Desde España hemos podido percibir claramente este suceso. Que un escritor alemán atienda a otros de Inglaterra o de Francia y viceversa pudiera atribuirse a curiosidad sospechosa, o, cuando menos, al natural prestigio que el vencedor tiene para el vencido o para el vencedor la víctima difícil. Pero que los hombres de más fino espíritu residentes en esas grandes naciones se interesen por la labor y las maneras de los que trabajamos en un país políticamente decaído como España, es un síntoma nada equivoco de que, sobre el mundo, comienza el pausado triunfo de la generosidad. En el siglo XIX hubiera sido inverosímil un hecho parecido. Un pensador de un país no se inclinaba a tomar en cuenta más que a los pensadores de los países que tuviesen el mismo o mayor número de soldados y de Bancos que el suyo. Esto significaba que la curiosidad por el extraño no era espontánea ni nacía como una necesidad primaria del hombre de letras o ciencias. Por sí mismo tendía al aislamiento nacional, vivía intelectualmente hacia dentro de su nación, por tanto, cara a la masa no a sus iguales, preocupado u ocupado con sus inferiores, no con sus pares. Faltaba ese impulso inconfundible y originario hacia el equivalente o superior, síntoma exquisito de la exquisita disposición espiritual a que luego me refiero.

Y, en efecto, durante los postreros cincuenta años de la última centuria se hallaba la vida intelectual europea más disociada que lo había estado nunca, desde sus comienzos. Y esta disociación no era simplemente un fortuito atomismo y desparramamiento. Tenía, a su vez, una forma: la nacionalización del tipo de hombre intelectual. Sólo se salvaban completamente de ésta los que cultivaban ciencias o aficiones tan poco frecuentadas, que no podían bastarse a sí mismos los de sólo un país. Así los estudiosos de la alta nueva matemática, un puñado de hombres desperdigados por el planeta, formaban una curiosísima asociación espontánea, tan

estrecha y poco numerosa que adquiriría un aspecto familiar, con la ternura y aire doméstico que van anejos. En las ciencias de experimentación, forzados a tener en cuenta los hechos descubiertos aquí o allá, atendían la producción universal, pero sólo lo estrictamente necesario. Leían las memorias y comunicaciones de los laboratorios, pero no seguían el pensamiento viviente de sus autores, ni les interesaban las personas. En el resto de las ciencias y en casi todas las artes no existía convivencia ninguna y apenas mutuo conocimiento. En 1917 —puedo asegurarlo, sin más error verosímil que alguno pequeñísimo, propio más bien para confirmar la veracidad del dato— no había un solo filósofo en Alemania, entre las figuras predominantes a la fecha, que hubiese leído a Bergson. Yo no conseguí nunca que el gran Hermann Cohen lo leyese, no obstante ser de su misma raza.

La distancia entre tales hechos y la realidad actual es tanta que parece increíble cómo han podido en tan poco tiempo variar tanto las cosas. Hoy conviven más íntimamente ciertos hombres de ciencia alemanes o ingleses con sus congéneres de España o de América que con la masa de su país. Y no son unos hombres cualesquiera. Si se pregunta a la gente media de esos pueblos quiénes son sus cabezas mejores, nombrarán precisamente a esos, los reconocerán como los egregios. Y, sin embargo, a ser sincera, añadirá que no se siente próxima a ellos.

Este es el fenómeno que en ritmo acelerado se está produciendo en donde quiera. **El cosmopolitismo intelectual se afirma sobre la tierra, en significativo contraste con el fracaso del internacionalismo político.** No voy ahora a reflexionar sobre éste: me interesa más insistir sobre la fisonomía de aquél.

Es, por lo pronto, un signo orientador advertir que esos intelectuales cosmopolitas no son todos los intelectuales de cada nación, sino únicamente los mejores de la generación vigente, los que forman hoy las avanzadas creadoras. Son, en suma, la minoría más selecta.

Hay personas a quienes irrita sobremedida que se hable de selección, tal vez porque su fondo insobornable les grita que no serán incluidas en ninguna selección positiva. Es de su interés enturbiar las aguas y que no se vea claro lo que con el nombre de "minoría selecta" pretende designarse.

A las minorías selectas no las elige nadie. Por la sencilla razón de que la pertenencia a ellas no es un premio o una sinecura que se concede a un individuo, sino, todo lo contrario, implica tan sólo una carga mayor y más graves compro-

misos. **El selecto se selecciona a sí mismo al exigirse más que a los demás.** Significa, pues, un privilegio de dolor y de esfuerzo. **Selecto es todo el que desde un nivel de perfección y de exigencias aspira a una altitud mayor de exigencias y perfecciones.** Es un hombre para quien la vida es entrenamiento, palabra que, como he hecho notar en recientes conferencias, traduce exactamente la que en griego se decía **asoetismo**. (El ascetismo, askesis, es el régimen de vida que seguía el atleta, lleno de ejercicios y privaciones constantes para mantenerse en forma. Este vocablo tan puramente deportivo es acaparado luego por los cenobitas y monjes y pasa a significar la dieta del hombre religioso, resuelto a mantenerse en estado de gracia, esto es, en forma para lograr el premio de la beatitud).

No hay cosa que no pueda hacerse de uno de estos tres modos: o peor o igual o mejor que suele hacerse. Y estos tres modos posibles son los que producen de una manera automática la selección entre los hombres. Nuestra índole más íntima nos determina desde luego y fatalmente a decidarnos por uno o por otro. Hay quien no se siente vivir si no es a máxima tensión de sus capacidades. Sólo le sabe el peligro y la dificultad. La existencia no tiene para él sentido si no es ascensión de lo menos a lo más perfecto. De aquí que le repugne el dominio. El temperamento dominador ve todo de arriba abajo: le complace mirar a los inferiores y su afán de ascensión es sólo el deseo de estar encima de los inferiores, por tanto, de lo que está bajo. El temperamento selecto no goza con ningún predominio. Señorear algo es, a la postre, tratar con inferiores, y él necesita, por el contrario, el acicate constante que le impulse hacia arriba, la sucesión de lo supremo. Por lo menos, necesita sentirse entre iguales. Al cabo, el que nos es igual, puesto que no lo dominamos,

THE PERFECT HOFF-MAN SERVICE

LIMPIADOS, COMPOSTURAS, TENDIDOS DE TERNOS Y TRAJES VIRADOS—ZURCIDOS INVISIBLES

Composturas y transformaciones perfectas de sombreros para caballeros

SAN ANTONIO 218 (próximo a Agustinas) TELEF. 80236, Stgo.

está siempre en potencia de superarnos y nos incita, por tanto, al certamen ascensional.

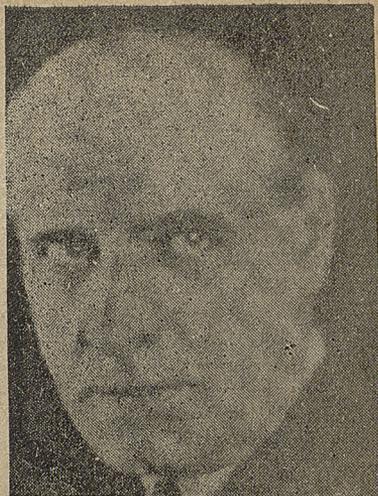
De aquí que los cosmopolitas de la cultura se sientan desligados de la convivencia espiritual con la masa de su nación, e impremeditadamente sientan la necesidad de contacto con los pares o mejores de todo el mundo. Han menester de esa presión, de esa incitación hacia lo alto. Por su parte, la masa, propensa a la inercia, al sospechar ese apetito de fuga zenital, de incansable exigencia hacia lo óptimo, se fatiga, se inquieta, se irrita y prefiere desentenderse de quien no se ocupa de ella ni siquiera para dominarla.

Así acontece que hoy asistimos a una sorprendente desarticulación del cuerpo social: las masas comienzan a vivir por sí, y lo mismo las minorías, sin mutación ni influjo recíproco. En el siglo pasado acaecía lo contrario: la minoría lo era actuando sobre la masa (por ejemplo, la literatura normal era constitutivamente popular y los libros alcanzaban enormes ediciones), y la masa abrazaba a la minoría. Pero esto, como la disociación nacionalista de la inteligencia, como tantas otras cosas de esa centuria, lejos de haber sido lo habitual en la historia, han sido fenómenos anormales y transitorios, exclusivos, o poco menos, de ella. La norma histórica ha sido, más bien, lo contrario. Las minorías, para serlo, para ejercer su misión que, a la postre, va siempre en beneficio de la masa, no han convivido con ésta, se han apartado de ella.

En casi todos los siglos de historia conocida, la estructura social muestra dos estratos, dos orbes superpuestos o yuxtapuestos, en uno de los cuales vive la minoría (según sus normas, hábitos, gustos) y en otro la masa social regida por sus particulares mandamientos. La comunicación no ha solido ser directa y, sobre todo, no ha consistido en que los unos vivan para y hacia los otros.

La fusión de ambos ingredientes sociales sólo acostumbra a producirse en épocas que no crean principios, sino que meramente los propagan y aplican. Así el siglo último fué notoriamente una etapa dominada por la política —que es propagación de normas culturales— y la técnica —que es aplicación de principios científicos.

La nueva solidaridad de los ascetas, el cosmopolitismo de los mejores coincide casualmente con una hora en que los principios de cultura tradicionales han perdido su eficacia, y es, por lo mismo, urgente crear otros nuevos. Pero esta coincidencia es demasiado oportuna para ser fortuita.



JOSE ORTEGA Y GASSET

Representémosnos claramente la coyuntura actual en sus efectos para la actividad de inteligencia. Los principios normativos de todo orden —en ciencia, en arte, en política— han dejado de ser vigentes. ¿Qué quiere decir esto? Cuando un principio goza de vigencia, histórica actúa como una disciplina objetiva, como un cauce sobreindividual donde cada uno se instala, a la vez respetuoso y confiado, encontrando en él un punto de apoyo, una tierra firme. Sincera o ficticiamente, todo el mundo lo acata y procura ajustarse a él. Esto permite una fácil convivencia y colaboración. Mas cuando toda norma se ha desvirtuado, no existe disciplina ninguna sobreindividual, no hay tierra firme sobre que apoyarse cómodamente. Todo se hace problemático. Los espíritus vulgares se sienten liberados de la norma que sintieron siempre como un gravamen penoso y dan suelta a su barbarie nativa e infecunda. Entonces los espíritus selectos se recogen sobre sí mismos y recurren a la única disciplina restante, la que espontáneamente emana de su propia individualidad. No pudiendo ajustarse a una norma exterior que no existe, procuran adecuarse a las exigencias imperativas que en su interior funcionan. Al amparo de ellas, bajo su influjo incitante y correctivo, trabajan en la difícil invención de los nuevos principios, fabrican silenciosamente las futuras constelaciones.

En tal coyuntura carecería de sentido todo intento de propaganda e imposición a los demás de principios aún en gestación. Por eso la minoría selecta corta la comunicación con la gran masa y renuncia a predicar, a ganar prosélitos, a com-

batir vanamente. Necesita todas sus energías para el delicado menester de crear. En lugar de pretender —lo que sería ilusorio— que los temperamentos toscos y triviales acepten la dieta rigurosa que a sí mismos se han impuesto ellos, se vuelven hacia los iguales, hacia los que con idéntica espontaneidad sienten pareja disciplina personal. Este contacto con almas cargadas del mismo o superior potencial dinámico les sirve para confrontar su obra y sostener su tensión. En torno todo es bullanga y vocinglería, como la de los jóvenes círculos literarios en París, o bien la barbarie del periodista que substituye la fineza y exactitud del pensamiento por la cox literaria, el insulto o la excitación de las pasiones multitudinarias contra la obra sutil y veraz. Otras veces no es nada de esto, pero es la liviandad de cabeza, la frivolidad, la pirueta de sinsonte y la paradisiaca ignorancia. De espaldas a todo eso conviven entre sí los mejores, ni siquiera irritados por ello, antes bien, convencidos de que es el frenesí, la afección natural de la masa cuando se han roto las normas. Esperan serenamente, abstraídos en la fruición de la propia labor, y saben que “la foule, quand elle aura, en tous les sens de la fureur, exaspéré sa médiocrité, sans jamais revenir à autre chose qu'à du neant central, hurlera vers le poete, un appel.” (Mallarmé).

Pero esta actitud de los hombres mejores, que a primera vista parece significar un temple orgulloso, nace, por el contrario, de haber descubierto nuevamente los intelectuales el sentido de la humildad. Lo orgulloso era lo antiguo: pretender dirigir a las masas y hacer feliz a la humanidad.

Con esto venimos al rasgo más importante, a la facción más decisiva del nuevo cosmopolitismo de la inteligencia. Se trata, en efecto, de un cambio radical en la idea de la misión que se reconocía a ésta durante los dos últimos siglos. La inteligencia no debe aspirar a mandar, ni siquiera a influir y salvar a los hombres. No es esta la forma en que puede ser más provechosa sobre el planeta. No es adelantándose al primer rango de la sociedad a la manera del político, del guerrero, del sacerdote, como cumplirá mejor su destino, sino al revés, recatándose, obscurciéndose, retirándose a líneas sociales más modestas. La inteligencia, que es la cosa más exquisita del cosmos, es, sin embargo, muy poca cosa para pretender empujar el orbe gigante de la historia. Esta pretensión la aniquila y desvirtúa. Y sólo puede ascender a la plena dignidad de sí misma si llega a comprender su esplendor y su miseria, su virtud y su limitación. Pero esto exige un desarrollo aparte.

Pompas

Fúnebres

BENEFICENCIA PUBLICA

La mejor fabrica en el
ramo.

Urnas finas y metálicas.

Ataúdes de todos precios.

SERVICIOS COMPLETOS FUERA
DE TODA COMPETENCIA.

ABIERTO DIA y NOCHE

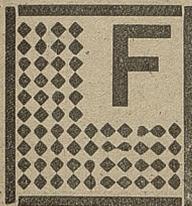
San Antonio N.º 456

Teléfono 89274

Fernando Santiván

LA ADOLESCENCIA LEJANA.—D'HALMAR Y LA COLONIA TOLSTOYANA.—COMIENZOS LITERARIOS.—UN INCENDIO Y MARIANO LATORRE

Una entrevista por LUIS ENRIQUE DELANO



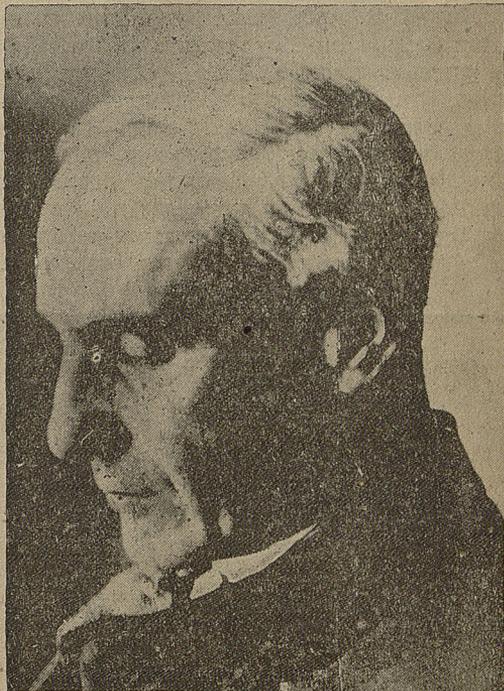
FERNANDO Santiván dijo sus primeras palabras en la vida literaria, en una época que era ya interesante, por las batallas que los escritores debían librar, por el ambiente,

por los personajes que tomaban parte activa en ella, y por el fervor de estos mismos personajes. El Grupo de los 10, la Colonia Tolstoyana, las grandes veladas del Ateneo, la revista "Pluma y Lápiz" y el nacimiento de "Zig-Zag" corresponden a esa época de que hablamos.

Ahora Santiván es un hombre cuya edad no se calcula fácilmente, es un gigantón de ojos azules, con una calva que cada vez se ensancha sobre la cabeza—como esos círculos que nacen en el mar, cuando algo se hunde—y con una sonrisa cordial. Alejado desde hace mucho tiempo de los círculos literarios, entregado—por allá en las orillas del Lago Villarrica—a la tarea de enseñar las primeras letras y los primeros conocimientos a un grupo de chiquillos silvestres, ha vuelto a la capital. Ha vuelto porque no podía menos de hacerlo, porque el hombre que ha desarrollado sus actividades en torno de los diarios, de los libros y de las revistas se queda sintiendo—según dicen, para toda la vida—la nostalgia de ese característico olor de la tinta de imprenta...

La adolescencia lejana

—Me habían expulsado de la Escuela de Artes y Oficios, comienza contando Santiván, y entonces me matriculé en el Instituto Pedagógico. Allí fue cuando comencé a frecuentar la amistad de literatos y artistas. Debo decir que por



FERNANDO SANTIVAN

aquella época estaba muy lejos de pensar que algún día tomaría un lápiz para escribir cuentos y novelas... De día trabajaba en una librería y luego frecuentaba un círculo muy simpático. Por aquellos años, les hablo de los comienzos del siglo, conocí a Augusto Thompson, hoy Augusto D'Halmar, quien influyó sin duda, en forma poderosa, sobre mí. Thompson, a pesar de ser también un joven, estaba consagrado como un escritor de méritos. Había que verlo, por ejemplo, en aquellas memorables veladas del Ateneo, cuando

leía sus cuentos y monólogos. Empezaba siempre con una voz enérgica, que luego iba suavizando, adaptando a lo que leía. Y había en esa voz, y en esos gestos, en la actitud toda de Augusto, tal fuerza de atracción, que la gente verdaderamente se electrizaba. Los aplausos llovían sobre el orador y a la salida de la Universidad, los estudiantes le abrían calle, entusiasmadamente.

Por lo demás, yo siempre he creído que Thompson más que nada era un actor y que se equivocó al dedicarse a las letras y no a las tablas.

Augusto D'Halmar actor

—Sí, lo que les digo no carece de base. Por aquel tiempo, Augusto no era el escritor de hoy, no llegaba aun la época de sus grandes viajes al Perú, a Europa, a la India. Era un joven que vivía con su familia, que adoraba a su abuelita, hasta el punto de no poder separarse de ella. Llegó a Santiago una compañía dramática española, que dirigía un actor más o menos bueno, como escasamente venían a Chile. Por primera vez se representó en-

tonces en Santiago "Tierra Baja". Thompson sintió ante esa obra un entusiasmo indescriptible, como un escalofrío que lo recorriera, y decidió inmediatamente hacerse artista.

A la tarde siguiente se presentó donde el director de la Compañía y le planteó la cuestión enérgicamente.

—Quiero ser actor, señor. Le ruego que me someta a una prueba y que luego me contrate en su compañía.

El director se rascó la cabeza, meditó y pensó que a un muchacho tan enérgico era preciso complacerlo.

—Bueno, recite algo, haga cualquier cosa.

—Bien, señor, dijo Thompson. Voy a recitarle el monólogo del personaje principal de Tierra Baja...

Y se lanzó... Una memoria prodigiosa y una mímica suprema no tardaron en convencer al director. Pero este no podía contratarlo sin autorización de la familia de Augusto, a riesgo de pasar por raptor de niños. Y luego esa autorización que no vino nunca, el hondo cariño de Thompson por su abuelita y por sus hermanas... El actor se frustró.

La Colonia Tolstoyana

Es un tema respecto del cual se ha hablado mucho, con pasión, en nuestro ambiente literario. Ultimamente, en la veda final de la Semana del Libro, Enero Espinoza, que era visitante asiduo de la Colonia, refirió algunas anécdotas muy interesantes. Pero quién puede conocer mejor que nadie la colonia es, sin duda, Santiván, que fué uno de los fundadores y organizadores, uno de los colonos...

—Bien, por aquel tiempo Tolstoy había llenado por entero la mente de Thompson y éste nos propuso, a Julio Ortiz de Zárate y a mí, irnos al campo, llevar una vida rural y primitiva, en contacto con la naturaleza y alejados por entero del bullicio y los convencionalismos de la vida ciudadana. Julio Ortiz y yo aceptamos, con el honrado propósito de vivir en el campo, labrando la tierra, una existencia sencilla. Pero Thompson veía la cosa desde el lado

¿QUIERE SUSCRIBIRSE GRATIS A

Lecturas

Escriba pidiendo detalles a «LECTURAS», Casilla 4042 • Santiago

¿Desea ganar dinero extra?

Jóvenes, estudiantes, empleados, pueden ganar fácilmente \$ 20 ó más pesos al mes, ocupando algunos minutos de sus horas de ocio.

Cualquier hombre o mujer, puede ganar dinero extra.

Escriba pidiendo detalles a CASILLA 4042, Santiago.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1051 - SANTIAGO.

únicamente literario. El primer proyecto fué irnos a un punto de la costa cerca de Arauco, donde unos parientes míos, poderosos terratenientes, me habían cedido algunas hectáreas de terreno, para instalar la colonia... El dinero para el viaje lo obtuvimos de la venta de nuestros colchones y libros. Con unos paquetes a la espalda partimos, pues, una mañana, llenos de ilusiones y de proyectos. Por cierto que el viaje fué accidentado; recorrimos una larga distancia a pie, por entre los campos nocturnos, llenos de soledad y sueño. Casi caímos en manos de unos bandidos. Y luego el desierto, la verdadera soledad, el trabajo por hacer, la falta de contacto con el mundo, obraron decididamente en nosotros, más bien dicho en Augusto. Este empezó a recordar a su abuelita. ¡Oh, mi abuelita, debe sufrir por mí! Y luego tuvo una idea:

—¿Y por qué no vamos a formar la colonia en San Bernardo, donde Manuel Magallanes me ha ofrecido un terreno?

Regresamos a Santiago y fuimos a ver el terreno. Estaba situado no en el campo, sino en plena población. Manuel Magallanes Moore nos entregaba un pedazo de tierra y un ranchito de dos piezas. Allí comenzó nuestra tolstoyana existencia. Una semana nos correspondía a cada uno hacer la comida. Y luego el arado. Como digo, Ortiz de Zárate y yo íbamos llevados por un sano espíritu de labrar la tierra. Había que vernos en la labor, con los bueyes, transpirando... Y Thompson, ¡me entran unos deseos de pegarle! tras de nosotros leyendo el Evangelio en alta voz. ¡Era desesperante!

Luego se nos unió otra gente, atraída por ese aire simpático, de novelaría, que tuvo la Colonia Tolstoyana: el pintor Bakhaus, Pablo Burchard, etc. Además, muy a menudo recibimos la visita de los amigos. Todos los domingos estaban allá Juanario Espinoza, Valentín Brandau, etc.

Pero pasó el verano y llegó el mal tiempo. Por cierto que la Colonia se disolvió. Era difícil el sustento. Nuestro Pontífice no nos permitía siquiera la amistad con las niñas. ¡Si supieran ustedes en qué forma tan brusca y definitiva cortó nuestras relaciones, que comenzaban a insinuarse, con una dulce y simpática vecina!...

Santiván escritor

Mis comienzos literarios datan de los tiempos de la Colonia Tolstoyana. Una vez

se me ocurrió ensayar. Augusto era ya un escritor consagrado. Sus trabajos eran bien pagados en el "Zig-Zag" y gracias a ello la Colonia subsistía. Bien. Escribí un cuentecito insignificante y, venciendo mi modestia, se lo mostré a Thompson. Lo leyó, movió la cabeza y luego dió su definitivo fallo: está bien. El mismo Augusto le leyó el cuento a Magallanes una vez, recuerdo. Con su tono maravilloso, con su voz cálida y su acción de actor, le dió verdadera vida a ese insignificante trozo. Yo mismo casi no reconocí mi cuento y me sentí orgulloso de él.

Recuerdo con qué timidez lo llevé al "Zig-Zag", que dirigía entonces don Joaquín Díaz Garcés. Era un hombre de gran importancia, costaba mucho poder hablar con él. En fin, el cuento se publicó, fué pagado y desde entonces yo empecé a escribir.

Y lo que he escrito Santiván es bien conocido. Inútil hablar de ello. A su espléndida novela "La Hechizada", cuya tercera edición publicará en breve Nascimento, siguieron otras obras, no menos cálidas y hermosas. Las memorias de Santiván, que ha estado publicando Atenea, son un estudio importante sobre toda una época de la literatura chilena. "La montaña hostil" es una novela de este autor que pronto conoceremos. Hay en ella esa vida turbulenta y salvaje de la frontera, tratada por cierto con arte y dador.

Un incendio y Mariano Latorre

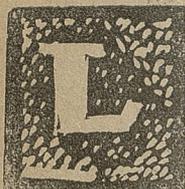
Mucho se ha hablado de las condiciones de observador que caracterizan a Mariano Latorre, el novelista de nuestros campos. De nuestra conversación con Santiván surge una anécdota bastante pintoresca sobre estas condiciones.

—Mariano estaba alojado en mi casa, hace mucho tiempo, en el sur. Una noche, de pronto, me despierta el calor, un calor formidable. Abro los ojos y veo mi casa envuelta en llamas. Salto de la cama y a medio vestir corro a un estero que pasaba a unos treinta metros de ella. Con baldes, como puedo, me doy a la tarea de apagar el incendio. De pronto recuerdo que Mariano está conmigo. ¿No le habrá ocurrido nada?

No, nada le ha pasado. Al venir de uno de mis infinitos viajes al estero lo encuentro, enteramente vestido, mirando el incendio y tomando notas en su libreta de apuntes...

UBICACION DEL HUMORISTA

Por RICARDO TUDELA



A escuela del buen humor no es la del humorista. El buen humor es el pasamano en que se apoyan todos alguna vez para subir la escalera de la existencia cotidiana. Pertenece a todos, como los tranvías o

los bancos de la plaza. El humorismo, en cambio, es una surgencia interior, un acendramiento de la amargura, un hurgarse la entraña y las llagas. El humorista tiene la filosofía despreocupada pero trascendida por un crecimiento de alma; nace de la sensibilidad que, a fuerza de depuración, logra comprender los altibajos del mundo y busca un ajustamiento.

La conciencia humana no puede prescindir de las contradicciones de la naturaleza, porque es ley del entendimiento que deban deformarse las cosas para darles relieve y unidad. De esa manera, contando con las apariencias, el humorista obtiene una visión humana y piadosa de la vida. Como esgrime muchas razones que fortalecen su fondo moral, puede prescindir de la razón; más aún: no tiene necesidad de demostrar sus afirmaciones, puesto que cuenta con la verdad sin creer en ella.

El humorista trabaja sin proponerse trabajar. Esto explica que sepa llorar sin espectáculos grotescos y comprendiendo lo único que le interesa: comprender. De esa manera es el único filósofo que no apela a la filosofía: mueve el alma cuando quiere moverla y destaca el único mundo que le interesa: el de la vida vivida. Quizá por eso carezca de vitalidad creadora, en el sentido auténtico del artista; refiérome a esa jerarquía de vitalidad que emancipa y supera. No importa esa ausencia. Tiene, en cambio, bien desarrollado el latido del hombre concreto, que no es mera gimnasia del ser en el horizonte

de la inteligencia, sino una embriaguez desenfadada de desengaño y esperanza.

El humorista, a fuerza de serlo, puede carecer de buen humor. Cuanto más realidad da a esta paradoja, más intenso es su arte. Tampoco propónese hacer reír ni conquistar simpatías, porque siempre va más allá del hombre: en el contraste del hombre. Así fué en todo tiempo un juego secreto del dolor. No del dolor que pide ulterioridad de excelencia moral al fondo imposible de la vida, sino de aquel que solivianta los muchos seres que duermen en el ser para darles formas nuevas y contrastes invisibles.

Alguna noche nos hemos asomado al balcón. Detrás del viento fresco y de la sombra nocturna hemos recibido el aliento de las estrellas. Ese momento construye una calma y una eternidad. El humorista abre también su balcón que da sobre la noche de la vida, y detrás del viento y de las estrellas que lo llaman percibe la silueta de la vida inconclusa. Sueña también como nosotros, pero deformando o atrapando lo deformado. Entonces da, su medida distinta, a veces inhumana; al darle expresión realiza el conjunto, el pulso arbitrario y hurgador del conjunto.

¿Le gusta "Lecturas"?

NO DEJE NUNCA DE LEERLA.

SUSCRIBASE

Anual 24 números \$ 40.—

Semestral 12 números \$ 22.—

Envíe el valor correspondiente y su dirección completa a «LECTURAS»

Casilla 4042 — Santiago

LOS LIBROS

AFAN DEL CORAZON, por Angel Cruchaga. Cuadernos de Poesía. Empresa Letras

Es con "Afan del Corazón" que penetramos una vez más en el mundo un poco helado y de vivas claridades que viene a ser algo así como la zona central de la poética de Angel Cruchaga. Y es que no es difícil, por lo menos, distinguir la atmósfera en que debe habitar esta poesía y cuyo helado resplandor descubre extraños ritos y amables sabores no del todo ajenos a la dura y viva existencia de un sueño profundo. Porque, y supongamos un punto de partida, a la entrada de esta atmósfera no sería imposible leer:

MUSICA DE HUMO MOVIDA POR UN PAJARO DE ALAS AZULES...

y luego admirar el más helado reino, los más fríos jardines, los más blancos bosques submarinos, fuera de los contornos de un planeta vestido de grandes rayos tan celestes como sólo podría ser el aire del sueño o del mito. Es en el centro de este mundo que la fría paciencia de la mano de Angel Cruchaga traza sus signos casi siempre llevada por el látigo de un gran grito de socorro que puede ser representado por una

LAMPARA QUE VIVE EN LA SOLEDAD COMO DURMIENDO...

y cuya escritura batiente flota entre ciertos llamados y la corona no siempre accesible del futuro. Y es que esta escritura rodeada de dulces resplandores viene desde una ácida obscuridad, desde una zona de monstruosas raíces no del todo celestes. De lo contrario, ¿qué contacto, qué vida poética posible de existir? Porque la poesía de "Afan del Corazón" no deja de entrar también en el aire de "Las Noches" de Young: "Mi alma y mis sentidos están en las tinieblas". O bien: "No contamos las horas sino después que están perdidas. Luego, la sabiduría del hombre es dar al tiempo una voz". De esta dulce desesperación han nacido torrentes, o flores. Poco importa. Pero el secreto de tan du-

ro pulso ha hecho entrar al hombre a los más oscuros pozos, al dominio de los más lejanos pueblos mentales y, desde luego, casi le ha sido posible sentir el extraño aire en que debe habitar la poesía.

De la misma manera como admiramos en Pablo Neruda, entre otras cosas, la exacta expresión del amor físico en el sueño, no podemos sino penetrar en el

mundo de color pálido de Angel Cruchaga, mundo donde los árboles, las estrellas, los peces, los soles, los cuerpos, etc., extienden de pronto su dominio y llenan la tierra con la imagen de la más bella asfixia:

SOBRE TUS BRAZOS CANTAN CONMOVIDOS LOS PAJAROS Y LA MUERTE DETIENE EL AFAN DE SU MARIPOSA.



Castrol MR

de Aceites de

PALMA y OLIVA *Lejillimos*

FABRICADO POR LA

CIA. INDUSTRIAL · SANTIAGO

CARRASCAL 3353 TELEF 82379. CAS. 957.
VALDARAISO CONCEDION

FABRICANTES de ACEITES VEGETALES

**NO PARTE LA CARA
NI LAS MANOS.**

Ningún aire menos atormentado y rumoroso que este afán de traducir un suceso tan poco al alcance de la mano y de tan extraña existencia entre los espacios del sentimiento y el plano de alguna manera dulce u opaco de la expresión poética. Que no se nos obligue a escoger entre las espinas de suave cuerpo que deben representar al amor y la llama de pesada lengua con que parece vestirse el poema, a veces, alimentado por la admirable obscuridad del ser:

...CENIDA COMO MI CORAZON, COMO MIS MANOS, COMO EL GRITO DE LA HOGUERA QUE ESTIRA SU FLOR PARA MORIR HACIA EL CIELO...

Y SU ACIUTUD DE COGER SIEMPRE JAZMINES DEL OTRO MUNDO...

Y AHORA QUE LA TIERRA MUEVE SU TREBOL EN EL ESPACIO...

ENTRE EL AMBIENTE DE PIEDRA DE LOS IDOLOSLA DONDE UN ECLIPSE LENTO SE DESMORONA. SE ME CAE LA NOCHE COMO UNA ESCALMA AZUL.

En uno o en el otro plano la poesía de Angel Cruchaga alcanza cierta difícil realización y cierto dominio de los elementos, aunque lo externo permanece en su sentido más de lo necesario. Por otra parte, la voz de este poeta ha logrado traducir en su mayor posibilidad los contornos del plano de donde viene, es decir, ha conseguido ubicar la imagen de la atmósfera entre la que trabaja su animismo y entre la que camina como en sueños el fervor de su obscura soledad terrestre. En verdad, la poesía debe ser una pequeña mano flotante. O no ser.

ROSAMEL DEL VALLE.

DE ISRAEL A CRISTO, poema por María Raquel Adler.

En la carrera vertiginosa de la Humanidad; en esta lid constante en que el hombre lucha contra el hombre; en la desorientación manifiesta de las ideas y del verdadero sentido de la Vida, en que el hombre-máquina, forjado por la necesidad del medio ambiente, ha debido acallar su yo interior, ha debido relegar su espíritu a un segundo término, dando paso a las realidades materiales de su existencia, surge este libro, pleno de sentimientos místicos y Divino Amor, como un rayo de luz en la noche tormentosa de nuestra Vida.

Es un libro místico, de un misticismo suave y sangrante a la vez. De un misticismo unido en el aceite aromado del Huerto de los Olivos y empapado en la sangre que se vertió en la Cruz.

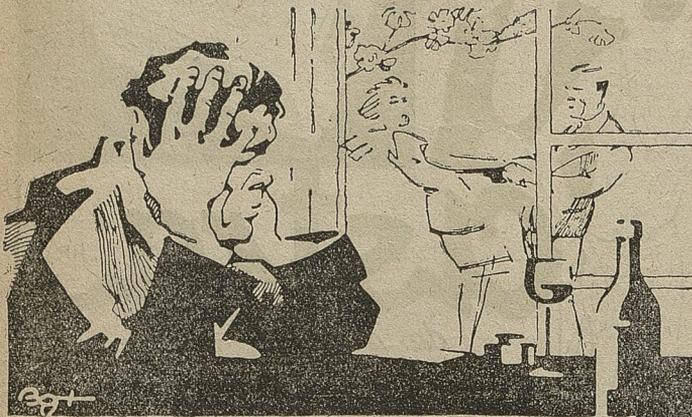
Bellezamente escrito, con esa belleza nacida en la emoción, en el sentimiento, esta Biblia Moderna, como lo llamáramos con justa razón, ha venido a acercar hacia nuestras almas, sedientas de plenitud, de elevación espiritual, la fuente inagotable de infinita bondad, donde han escanciado, desde hace veinte siglos, tantos seres predestinados.

En sus páginas blancas, con esa blancura inmaculada de su doctrina, ha dejado grabados, como una estela luminosa, el canto dulce o atormentado; la mueca caricaturesca de Judas Iscariote, y el amanecer, pleno de humildad, de redención y amor, que tuvo el despertar del alma de la Peca-dora Magdalena.

Y tiene una doble virtud este poemario de María Raquel Adler: además de la hondura de pensamiento, sus poemas están impregnados de fe; de esa fe alentadora y constructiva que es como un manantial de aguas claras en la aridez del desierto; de esa fe que hizo balbucear a nuestros labios la primera oración de niños y que algunos han logrado conservar a pesar de todas las vicisitudes, a pesar de la travesía árdua y atormentada, como el anuncio de otra vida futura y esplendorosa. De esa fe que es promesa y esperanza, que es confianza y optimismo, de esa fe que es una segunda madre para nuestro espíritu y que, acaso, no nos consuelen jamás de perder.

Bienaventurados los que, como María Raquel Adler, pueden creer; de ellos será la Gloria Eterna.

GLADYS THEIN.



¡¡¡No los envidies!!!

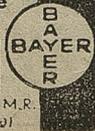
Si te quejas, padeces y no puedes trabajar... tuya es la culpa. Ahí tienes las TABLETAS DE HELMITOL.

Cualquier dolor es en la vida un gran impedimento; pero las dolencias causadas por las enfermedades de la orina, son terribles. — Nada hay tan insoportable y doloroso como los males abrasadores y punzantes de las vías urinarias.

Para su alivio y curación tenemos las TABLETAS DE HELMITOL, las cuales, gracias a su fuerza desinfectante en las vías urinarias y riñones, regularizan las funciones de esos órganos, volviendo al enfermo a poder orinar normalmente y sin molestias.

No debéis esperar hasta que los dolores se presenten, sino de vez en cuando, por medio de la cura de Helmitol, limpiar las vías urinarias.

Tabletas de **Helmitol**



M. R. a base de anhidrometilencitrato de hexametilentetraminal

VIDA LITERARIA

NERUDA EN ARGENTINA

Publicamos a continuación un comentario aparecido en el diario "La Palabra" de Mendoza, escrito por nuestro corresponsal en esa ciudad, Ricardo Tudela, a propósito de la llegada a ella de Pablo Neruda:

AL MARGEN DE LA LLEGADA DE PABLO NERUDA

Significado estético de su obra

Con el nerviosismo lacónico del cable nos hemos enterado de que llega a Mendoza el prestigioso poeta chileno Pablo Neruda. Viene a través de la entraña de la cordillera buscando la entraña espiritual de la Argentina. De esa manera es sangre del espíritu y sangre de Chile.

Pablo Neruda es uno de los poetas más altos de la vecina República. Goza de una esclarecida reputación por sus libros y la profunda inquietud creadora que moviliza su vida. Siguiendo las huellas azules de sus sueños ha cruzado países distantes y mares exóticos. Padece la misteriosa enfermedad de los fantasmas interiores, sin los cuales nunca hubo alma grande ni corazón dispuesto a empresas redentoras.

Neruda se inició con un libro claro y limpio como las costas de su tierra: "Crepúsculo". Esa obra contiene, aparte de hallazgos de alta nobleza poética, los fermentos vitales de sus futuras creaciones; es un recuerdo y una visión añorada de la realidad y del dolor inevitables. Juguetea en sus páginas un zig-zag constante de emoción, contenido en su afán andariego por la dulzura solariega de la música. Por eso es un libro índice, merced al cual podemos identificar la filiación del destino lírico del artista.

Vinieron después otros libros, en los cuales traduce abiertamente su intensidad de artista puro; tiene para cada uno la pureza lograda, ceñida, sin culpa ulterior ni rumbo tendencioso. Esto explica que consiga adjudicarse su título máximo de renovador de la lírica nueva de Hispano-América. Revoluciona todos los modos y concreta un número insuperable de posibilidades y comarcas artísticas. "Anillos", poemas en prosa que escribió en compañía de su talen-

toso amigo Tomás Lago, apresura esa inquietud y moldea los mejores contornos. Después de esa obra tiene ya su propio camino, el gozo y la crucifixión del camino. Es así como nace a la vida del arte "La tentativa del hombre infinito", que establece valores insustituibles dentro de la lírica chilena y traza el recuadro de lo que significa como poeta puro y repleto de signos. Los versos de esos poemas son almas que se desentienden por momentos de su identidad emocional

para desarticular todos los augurios el subconsciente.

Le sigue una obra cabal: "Veinte poemas de amor y una canción desesperada". En ella descubre su mundo y su instinto y los cubre de señales furtivas y de soledades pobladas. Es el libro del retorcimiento y del gozo doliente, mezcla de desesperación y de perplejidad. Dice cosas profundas, pero la verdadera profundidad no está tanto en las palabras sino en la sugerencia que interlinea las sospechas. A raíz

TRABAJANDO TODO EL DIA



*no obstante su cutis
es tan hermoso como el de una dama
de alta sociedad.*

El secreto consiste en dos palabras

CERA MERCOLIZADA

Esta extraordinaria substancia actúa en forma insensible, absorbiendo toda la cutícula exterior de la piel, desgas-tada y marchita, y haciendo que a la superficie venga a resplandecer el hermoso y lozano cutis que toda mujer posee debajo de la tez vieja.

CERA MERCOLIZADA

en todas las buenas farmacias.

de esta canción Neruda fué imitado por una verdadera legión de poetas del continente.

Hace apenas un par de meses que Neruda publicó su obra definitiva: "Residencia en la tierra". Esos poemas vierten un acento universal de angustia alucinada, desde cuyo fondo sobrepasa toda superación a impulsos de su embriaguez lírica. Es el libro del sueño despierto, fantasmal, inquietante, porque el artista desnuda los mundos distintos y los coloca en la realidad hiperfísica del sueño. Eso en cuanto al con-

tenido. En la forma se afina diestramente en un tejido de vigor y transparencia; es el gozo verbal que por momentos parece un vidrio por su atmósfera inmaterial, dejando las imágenes en su propia vida y como contrapeso del drama del alma. "Residencia en la tierra" representa el mayor crecimiento lírico de Neruda y acusa la amplitud de un destino acabado: por eso mismo es tal vez para almas que poseen una suma interior de sobrerealidades inexplicables.

Hay que subrayar la presencia

de Pablo Neruda en Mendoza. Creemos que no se le dejará proseguir su viaje sin captar la honrada espiritual de su arte privilegiado. Tiene el dón de transmitir sus versos en modos exóticos, desdoblado un anverso universal y un reverso de chilenidad. Evoca su poesía a la manera griega, pero sin aquella huecura que fué la enfermedad de la lírica clásica. Recita con una máscara antigua y buscando el secreto patético que hierve en el fondo trágico y plural de su poesía.

RICARDO TUDELA.

Mendoza, 1933.



EXPOSICION DEL LIBRO CHILENO EN BUENOS AIRES

Nos escribe desde Mendoza nuestro corresponsal literario don Ricardo Tudela, para informarnos acerca de la próxima Exposición del Libro Chileno que se celebrará en Buenos Aires y que ya están organizando Tudela y Neruda.

Tudela pide, por nuestro intermedio, a todos los escritores chilenos que le envíen sus libros y fotografías, a fin de contar con un buen material para este torneo, que tendrá como consecuencia un apreciable conocimiento de nuestra literatura en la Argentina.

Los libros y retratos deberán ser enviados, o bien directamente a Tudela, Belgrano 869, Mendoza, o bien a la Dirección de esta revista, casilla 4042, Santiago.

Tabletas de Adalina

*El producto de actualidad de la casa Bayer
¿Por qué? Por su acción infalible
contra el mal principal de nuestra época de apresuramiento, la nerviosidad. Sus grandes ventajas: dosis pequeñas (7 a 2 tabletas), efecto rápido, proporcionan bienhechora calma de larga duración.
De venta en todas las farmacias.*

Adalina: M. R. — Base: Bromodiacetilurea.

VOCES DE MAESTROS

Ciertos norteamericanos han tenido la habilidad de hacernos admirar hasta su manera de revolver en la boca el chewing gum. Nuestros presuntos elegantes se desviven por intercalar en la conversación inútiles palabras inglesas; sólo aspiran hoy a tener pies enormes y a calzarnos con zapatos de suela indómita, escondiendo el pequeño pie nativo, signo en todas las civilizaciones de superioridad. Si los yanquis nacieran con un solo ojo, muchos se esforzarían en nuestras repúblicas por ser tuertos. Hasta vamos aprendiendo a hablar por la nariz, "enfáticamente", como se dice en Nueva York.

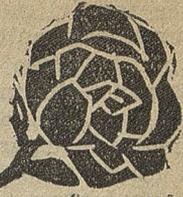
MANUEL UGARTE.

Creo que los eventos en la naturaleza son gobernados por una ley mucho más

estricta y más competente de lo que ahora sospechamos al decir que un evento es CAUSA de otro. Aquí nuestro concepto se confina a un acontecimiento dentro de una sección del tiempo: lo disectamos del proceso entero. Nuestro burdo modo actual de aplicar el principio causal es enteramente superficial. Estamos en el caso del niño que juzga un poema por la rima sin saber cosa alguna de la norma rítmica. O bien, como el joven aprendiz de piano que relaciona una nota a la que la precede o sigue inmediatamente. Hasta cierto punto esto puede estar muy bien cuando se las ve unido con composiciones muy simples o primitivas; pero el caso será diferente cuando se trate de la interpretación de una fuga de Bach.

ALBERTO EINSTEIN.

Una Novela



Tengo 14 años

Por A. ROUBE JANSKY

Traductor: LUIS ENRIQUE DELANO

Continuación (1)

—¡Ah! ¡Por eso no se preocupe usted!

—Es buen mozo, es mucho mejor que Sacha Belof.

—¿El hombre de Groucha?... Cómo se le ocurre... y, después de todo, tengo bastante enamorado. Anda ahora a poner la mesa. Tengo un hambre devoradora. Ahora comemos todos juntos. Así lo ordené. El servicio es más fácil y sola no podría tragar nada.

Ya a las diez, es de noche. Hace fresco en la galería donde está puesta la mesa. Las mariposas revolotean alrededor de la lámpara — amarillas, grises, blancas, oscuras —, se queman las alas y caen.

Verka conversa, Stepan le contesta. Parece estar alegre; los escucho mientras Groucha, en la obscuridad, nos sirve y se sienta silenciosamente.

En el patio, Bourda, amarrado a la perrera, sacude su cadena y come con gran ruido su comida.

La ciudad está silenciosa.

(1) Esta novela empezó a publicarse en el Número 19.

Todo está tranquilo. Sin embargo, la muerte escoge a sus víctimas. Aquí todos parecemos muy felices, sin preocupaciones.

Terminando de comer, fui con Verka a curar la pierna de Babouchka. Nos habló de Stepan, que fué ayer a presentarse ante ella... ¡Oh, milagro! ¡Le ha gustado! Le encuentra gentil, bien educado y, al parecer, serio y trabajador.

—Groucha debe estar feliz de que haya vuelto, nos ha dicho.

—¡Si ella supiera!

Verka le ha contado todos los chismes de la ciudad acerca del cólera, y mi abuela se ha aprovechado para darnos miles de consejos y recomendaciones.

—Es necesario tomar alcohol y comer ajo.

Nos indicó un remedio a su manera y ordenó que se preparara inmediatamente, a fin de que todo el mundo lo tome.

—Mezclarán aguardiente, romarin, thyn, cebolla cruda, estragon y un poco de nuez raspada, y habrá que tomarse un vasito en cada comida.

Ya se siente mejor, pues empieza a mandar a todo el mundo.

Inmediatamente después, Verka se ha evaporado, como todas las noches.

Stepan se ha instalado sobre una grada, abajo, en la escala, para fumar silenciosamente sus cigarrillos.

A fin de aprovechar la frescura, me he sentado junto a un macetero de laurel.

Un poco más tarde, Groucha termina de lavar la loza y viene a descansar. Sin verme, ha descendido a donde Stepan, pero, no atreviéndose a acercarse a él, se ha sentado en el medio de la escala. Curiosa, los observo. ¿Por qué no se hablan? Después de un largo rato, Stepan la ha llamado, en voz baja y con un tono de dueño:

—¡Groucha, baja un poco!

Ella ha obedecido inmediatamente y se ha sentado cerca de él. Yo comprendía que sufrían y tenía tantos deseos de ayudarles que a todo precio quería ser su confidente, aun sin que ellos lo supieran. Quería aunar mi vida a la de ellos. Quería penetrar sus pensamientos, sus sentimientos más secretos, conocer su desgracia para socorrerlos mejor y para que, en fin, reconciliados, fueran felices gracias a mí.

En todas las novelas de Mme. Tcherskaya, que tanto me han hecho llorar, siempre había una niña de mi edad, intrépida, buena, que arriesgaba su vida, se sacrificaba si era necesario, pero siempre conseguía hacer felices a las inocentes víctimas del destino.

Yo admiraba a esas interesantes heroínas, y he aquí que, por la primera vez en mi vida, me encontraba en una situación parecida. Era exactamente como en “¿Por qué?”. Era necesario que por mi buen corazón triunfara de los obstáculos que separaban a Stepan de Groucha. Estaba dispuesta a soportar las persecuciones y hubiera aceptado con alegría hasta la tortura, para ser después recompensada, como la “Princesa Djawaka”, por las bendiciones generales. Ya veía yo a todo el mundo de rodillas ante mí, pidiéndome perdón por no haberme comprendido.

Tendí el oído y al principio no comprendí lo que murmuraban, hasta que repentinamente Groucha gritó, asustada:

—¡Ya no puedo!

—¿Por qué? — preguntó Stepan.

—Es demasiado tarde, ahora.

—Nunca es demasiado tarde cuando se quiere. Te será fácil deshacerte de él, y si tú me quisieras, como dices, hace tiempo que lo hubieras hecho.

—¿Cómo? — preguntó Groucha, bajando la voz.

—No sé, yo. Entre mujeres, son cosas muy conocidas. Parece que basta con darse un buen golpe, o saltar sobre los talones. En fin... hay yerbas que se toman...

—¡Tú no lo piensas bien, Stepan! Olvidas que ya está próximo a venir.

—¡Pero, imbécil! ¿En qué has pensado hasta ahora?... ¿Te figuras que me verás con él en los brazos?

—¡Oh! ¡Stepan! Tú sabes muy bien que nunca he querido eso. Es Barinia quien me ha aconsejado que lo deje y me ha prometido educarlo ella misma.

—Y yo te digo, Groucha, que con lo que te llena, no te quiere. ¡Ah! Si te deshicieras de él te volvería a tomar quizá.

—Pero ¿qué puede importarte? Puesto que no lo verás nunca y que Barinia lo tomará.

—¡No! ¡No! ¡Conozco la historia! Ya no se podrá vivir. Esta porquería me envenenará, y a ti también, créeme. Haz lo que quieras, arréglatelas; pero que eso no nazca vivo.

Groucha callaba. Yo me contenía para no saltarle a la cara a ese mal hombre.

¡Eso!... El llamaba “eso” a mi tesoro que se movía y vivía en el vientre de Groucha... Había comprendido, quería matarlo... ¡Qué miserable!

Después de un largo silencio, Groucha contestó dulcemente:

—Bien, Stepan, te amo y trataré de hacerlo.

Dios mío, ¿qué van a hacer? ¿Cómo impedir este asesinato? ¿Cómo me felicito de haberles vigilado! Ahora no la dejaré sola ni un momento, y si él quiere darle un golpe, yo estaré ahí, y entonces veremos.

¡Dios mío, ayúdame! ¡Inspírame! Guía a tu pequeña esclava. Toda la vida iré a la iglesia. ¡Quieren matarlo! ¡Un pequeño ser inocente!

Saltando de la cama, pensé inmediatamente en Groucha. Eran las ocho apenas. Me puse un vestido viejo y fui a buscarla. La encontré en el patio, con un gran balde lleno de agua.

Se lo quité de las manos y yo misma lo llevé a la cocina. ¡Dios mío, que pesado estaba!

A todas sus preguntas: “¿Por qué se ha levantado tan temprano? ¿Por qué se to-

ma tanta molestia con mi balde?", le he contestado, besándola:

—Quiero ayudarte, Groucha mía. Parece estar cansada. Necesitas descanso. De aquí en adelante me enseñarás a cocinar. Le daremos la sorpresa a mamá. Ya no te dejo más. Limpiaré las legumbres. Me aburro, ¿sabes? Ya no tengo nada que hacer, nada que leer. Eso me divertirá.

Me miró un poco desconfiada, y me contestó:

—¡Muy pronto se aburrirá! Mucho mejor sería que fuera a acompañar más a menudo a su pobre abuela. Está tan sola. Eso la distraerá.

—Ella está mucho más tranquila sin mí. La conozco; si voy junto a ella, empezará por acordarse de todos nuestros viejos pecados y no terminará nunca. ¿Resultado? Se pondrá muy nerviosa, yo también, y pelearémos. ¡No! Tengo razón. Créeme, los buenos días, las buenas noches y dos cuartos de hora de visita al día... Es suficiente.

Me senté ante la mesa de la cocina y le pedí que me sirviera el té.

—¿No prefiere usted comer en la galería? — me dijo, extrañada.

—No, le contesté; la mañana está fresca y estaré mejor aquí.

Mientras ella arregla el samovar, yo vigilo. Mal despierta todavía, he reflexionado seriamente. Me será imposible vigilarla constantemente. Voy a prevenir a Verka para que ella me ayude. Mientras cuidamos entre las dos a Babouchka, es necesario que Groucha no sea víctima de un accidente. Nos turnaremos.

Terminaba de tomar el desayuno, cuando Verka volvió del mercado curvada bajo el peso de sus canastos llenos de legumbres y frutas. Encima de la mesa puso una gran botella de vodka. Nos refirió los últimos sucesos de la ciudad, nos contó que había dado la receta del remedio de Babouchka contra el cólera a su vieja amiga la verdulera, que le prometió guardar el secreto y preparar sólo para ella. Podemos estar sin cuidado, a estas horas todo el mercado está al corriente.

Puesto que eso debe salvar de la muerte, tanto mejor. Hemos aprobado su idea.

Es increíble lo que la gente come en estos momentos. Sin duda temen morir y quieren aprovechar la hora presente.

Nunca se ha vendido tanto. Las mejores carnes, las más bellas legumbres desaparecen con rapidez asombrosa. Nada es de-

masiado caro. Los vendedores desearían que el cólera durase siempre.

Groucha se ha puesto a preparar el vodka a la manera de Babouchka.

Fuí a hacerme la toilette y llamé a Verka a mi pieza. Ahí, le conté toda la conversación que sorprendí ayer noche, y le pregunté qué hacían las mujeres para deshacerse de un niño antes que nazca.

—¡Oh! ¡Es muy simple, Barichnia! Hay muchos medios. Yo no los conozco todos, pero sé que basta con caerse de una escalera o de una escala, llevar bultos muy pesados, levantar los brazos por encima de la cabeza, tomar baños de pie con mostaza.

—¡Anda inmediatamente! — le dije a Verka.— Anda a ver si no está tomando un baño de mostaza, pero disimula todo aire de vigilancia.

Algunos minutos después volvió temblorosa y muy emocionada.

—¡Barichnia! — me dijo, en voz baja—, vengo de la galería, donde fui a dar una mirada por la ventana de la cocina. Vi a Groucha que estaba poniendo agua a hervir en la marmita. Parecía no hacer nada malo. Repentinamente, al levantar la cabeza, me vió y dió un grito. ¿Por qué?... No había razón para que yo le asustara. Si ella se sobresalta así sólo al verme, es porque medita una acción fea y teme ser sorprendida. No hay duda ninguna.

—¡Idiota! ¿Qué te he pedido? A pesar de ser más vieja que yo, no tienes razonamiento. ¿Por qué has mirado por la ventana de la galería, como un ladrón? ¡Ahora desconfiará de nosotras!

—¡Pero usted me había dicho que la vigilara, disimulándolo!

—¡Disimulando!... ¡Eso no quiere decir que tienes que esconderte! Debías haber entrado, como de costumbre, con un pretexto cualquiera. ¡Ah, pobre hija mía! Debo guiarte como si fueras una niña. Anda luego a servirle el desayuno a Babouchka. En seguida vendrás a reemplazarme en la cocina para poder ir yo a cumplir mis deberes con la vieja. Después harás las piezas. Yo voy a tomar mi turno.

Groucha preparaba un bortsch. Me puse a pelar las legumbres con ella y a estudiar la receta, que copiaré en mi libro de recuerdos íntimos.

Cuando yo muera descubrirán en ese hecho el reflejo de mi corazón. Sacha Belloff verá cómo yo lo amaba, ¡el cobarde! ¡El, que me abandona en medio del cólera, cuando lo necesito tanto! Le probaré

así que lo he olvidado y que lo desprecio. Esa será mi venganza.

Leerán:

“Esta noche he soñado con él. Me besaba, y yo lo besaba mil veces sobre sus mejillas redondas y su linda boca. Lo estrechaba contra mi pecho hasta ahogarlo. Mi corazón me hacía daño y apenas si podía respirar. Le decía: “Qué bien estoy en tus brazos, mi dulce querido”. Pero su fantasma se evaporaba bajo mi presión y me desperté sola en mi cama, la cara bañada en lágrimas.

Para hacer el bortsch a la ucraniana, póngase a hervir, con un poco de sal, un pedazo de pecho de buey, tocino mechado y un ramillete de plantas aromáticas. Añádanse dos grandes cebollas, una cabeza de ajo, muchos tomates frescos, zanahorias, nabos, porrones y bellos huesos con médula. Déjese hervir a fuego lento tres horas y media. Agréguese entonces un bonito repollo cortado en pedazos del grueso de dos dedos, papas enteras y bonitas salchichas. Déjese hervir otros tres cuartos de hora. Sáquense la carne y los huesos, que se sirven aparte, acompañando el caldo con las legumbres. Sobre la mesa se pone un gran jarro de crema fresca, a disposición de cada uno.”

Sobre nuestro recuerdo perfumado encontrará las cebollas y los porrones. Así perecieron, ahogados en el puchero, mis amores con Sacha Beloff.

Durante todo el día, turnándonos, Verka y yo no dejamos sola a Groucha, no dejándola hacer ningún gesto peligroso.

Ha terminado por resignarse y ya no se ha extrañado al vernos tomar las caceras de las repisas, llevar las cargas y subir, en su lugar, en el escabel. Ha debido comprender ahora. Tanto mejor. Sabrá que le impediremos que haga tonterías.

Con esta vigilancia de todo momento, este día tan caluroso ha pasado sin darme cuenta.



En la comida hemos probado el famoso licor contra el cólera.

¡Dios mío, qué horror!

Eso quizá corte la diarrea, pero mejor hace vomitar...

Stepan ha propuesto que tomemos un vaso de vodka puro encima, para pasar el mal gusto.

¡Es mejor! ¡Con este método podremos tragarnos todo el remedio de la abuela!

Encontramos el vodka tan a nuestro gusto, que muy pronto vaciamos la botella.

Naturalmente, estábamos todos muy alegres, y Stepan, que había bebido más que todos, estaba borracho, o poco le faltaba.

Nos ha divertido mucho contándonos cosas de su vida de soldado.

Groucha lo miraba enternecida, con admiración. Por la primera vez desde mucho tiempo, sonreía. En cuanto a Verka y a mí, encantadas de esta buena suerte, no cesábamos de incitarle para que nos virtiera más.

Reíamos como locas, sin pensar en babouchka. Pero he aquí que nos oyó y me llamó.

Fuí a su pieza conteniendo mi alegría. Estaba un poco borracha.

—Es su remedio, babouchka, que nos ha devuelto la salud, le he dicho. Estamos alegres porque nos sentimos mucho más fuertes. ¿Quiere usted un vaso?

Se sintió halagada. Aceptó, y le serví rápidamente para volver a la mesa.

He aquí que Stepan quiso mostrarme cómo cantaban los soldados al andar. Entonó:

“Rossignol, rossignol, mon oiseau
Canari, ri-ri, chante tendrement.
Une, deux! la deveine n'est pas le malheur.
Canari, ri-ri, chante tendrement.”

En esto, Tamara, a quien nadie esperaba, saltó como un lobo blanco, loca de rabia, y mordió con todos sus dientes el pantalón de Stépan más arriba de las botas, cerca de la rodilla.

El, entusiasmado con su demostración militar, continuaba su canción y su paso de parada, sin notar que a cada movimiento balanceaba a la perra, colgada de él.

Y nosotras reíamos, reíamos hasta las lágrimas. Verka se apretaba el estómago y gritaba:

—¡Qué tonto es! ¡Acaba, Stepan! ¡Suficiente! Ya no puedo retenerme más.

A mí ya me dolían las costillas.

Groucha reía también y acompañaba a media voz el canto de su marido.

Un sólido puntapié hizo volver a Tamara donde su ama y Stepan, victorioso del combate, se puso a demostrarnos la carga de la bayoneta. La casa no estaba triste esa noche.

(Continuará)